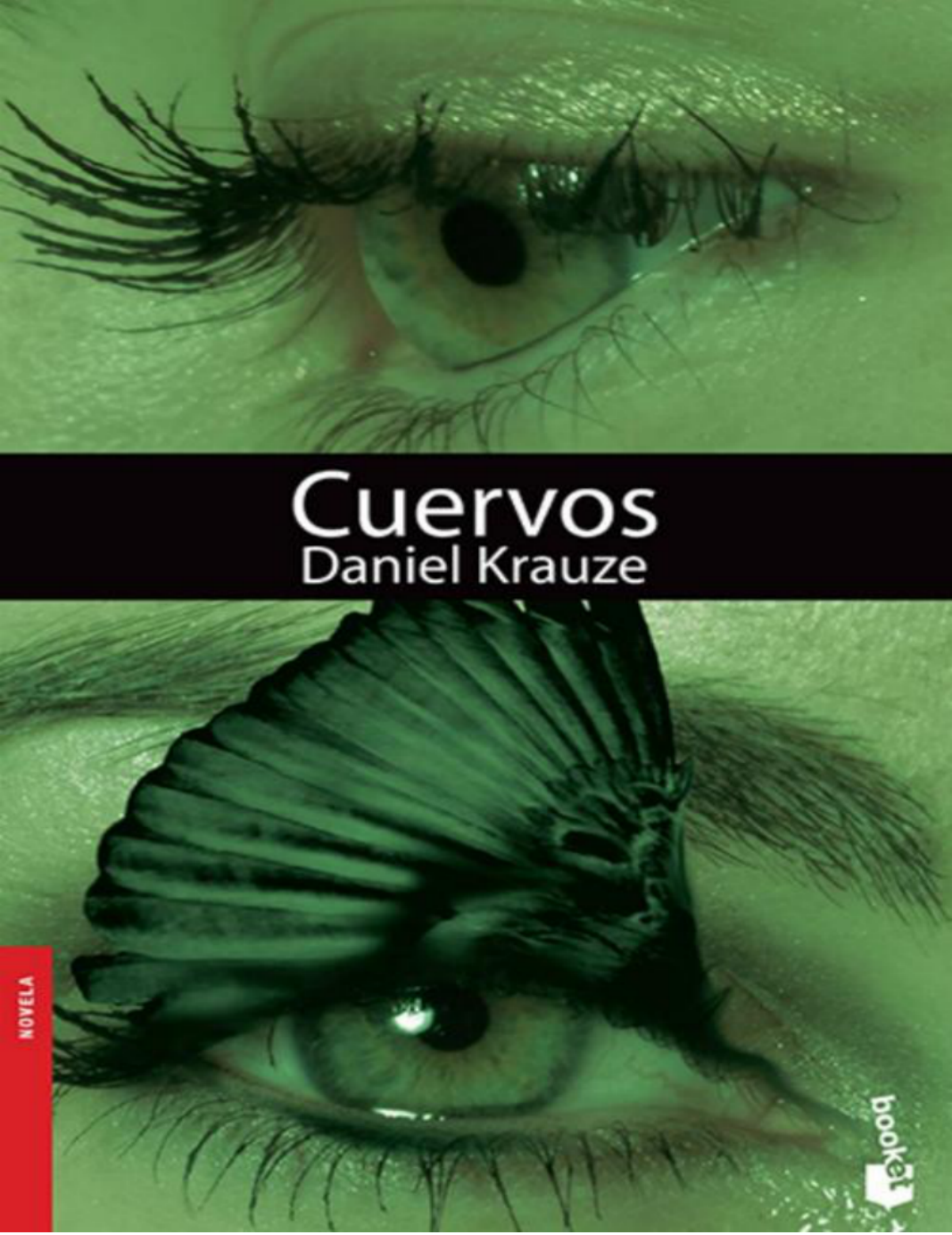
Cuervos
Daniel Krauze
NOVELA
booket

Daniel Krauze

Cuervos

Planeta

Índice

Que mueran los caballos
Los riachuelos de lodo
El nombre
Los mismos ojos
No saben quién soy yo
Conversación
Archivando
Mañana estaré bien
Discurso
Subject: Arroyo
Las horas perdidas
Mi vida entre pornografía se guarda y se olvida porque dice la verdad
Subject: Santiago
De rodillas frente al escusado
El último cadáver
A quien corresponda

Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos

A mi hermano, León.

Say this world is not so shallow
When you can't beg, steal or borrow
Save your breath, your soul is hollow
And it's all too much to swallow

Abandoned Pools

Que mueran los caballos

Con el tiempo, mis sueños se han ido convirtiendo en una especie de noticiero que sólo habla del pasado. Ayer, este pequeño canal interno tuvo su más larga transmisión. Nunca en mi vida había dormido más de diez horas y esta vez, sin motivo aparente, dormí veinte sin interrupción. Al parecer, mi mente quería decirme algo de mi vida; soltar —como si fuera una presa— las amalgamas defectuosas, las huellas olvidadas y los mapas borrosos.

Soñé que caían todos los santos, los patronos, las coronas. Estaba dentro de una catedral vacía, que lentamente iba desmoronándose. Había sangre en el baptisterio (como la orilla mal lavada de un retrete, como si el lugar donde me pusieron nombre se hubiera convertido en un puesto de ejecución). Las cúpulas volaban junto con el techo de la catedral. El cielo aullaba como aúllan las teteras. Poco a poco, las columnas se encendían, como fósforos en cámara lenta. Terminaban derrumbándose a mis pies. Ardían los rescoldos, el humo se tornaba negro y yo intentaba escapar.

Soñé que caminaba desnudo sobre una avenida lluviosa y después abría una puerta y aparecía a la mitad de una cabaña. No había ruido a lo lejos (ni una sola voz, ni el viento para desarmar, de una vez por todas, al silencio). Salí de mi cabaña y mi ojo no captaba ni un solo árbol, ni una casa o edificio; pasto, nada más que pasto. A lo lejos veía que se aproximaba, como hormigas presurosas sobre un montículo, un centenar de caballos. Sentía la vibración en el piso, el suelo trémulo debajo de mis pies, la creciente vibración de la ola equina. No me moví. Los esperé, al pie de mi cabaña, junto a un par de ovejas y un viejo y maltratado perro. No moví un dedo. Los caballos aparecieron en la más

próxima hondonada: venían levantando polvo y pasto, dejando una estela nebulosa, como cuando movemos una luz en la oscuridad y nuestros ojos se tardan en captar el movimiento. Sentí el primer choque unos segundos después (creo que fue su hocico). Lo sentí como el golpe más pesado. Me volteó el rostro, el cuerpo entero. Otro caballo me golpeó en la espalda. Caí en el suelo. Mordí tierra, intentando asirme a lo que fuera, pero entre su galope, los caballos destruían mis manos a patadas. Escuché a varios relinchar, gemir, pisarme con sus pezuñas, arrancar la mandíbula de mi perro de tajo, pisotear a mis ovejas, desperdigar su pelaje por el pasto, despedazar mi cabaña como una serie de lentos balazos. Algunos caballos tropezaban y otros se mantenían de pie, pero ninguno esquivaba la posibilidad de acabar con toda mi realidad ilusoria: si podían pisarme, lo hacían; si podían destripar mi casa un poco más, también lo hacían. Finalmente, en el más absoluto de los extravíos y visiblemente resentido, intenté ponerme de pie, sintiéndome miserable. Las entrañas de mi perro estaban desfondadas en un charco de lodo y sangre. Su rostro yacía al costado de un pedazo de teja, junto a un caballo derribado, con la mandíbula completamente hacia atrás. Volteé hacia el horizonte, esperando que todo terminara pronto (el sol brillaba, sin una sola nube).

El resto de mis sueños no importa, precisamente porque no tienen una historia que contar. Son sólo chispazos, las gotas que quedaron después de un torrente negro. Soñé con un par de monedas grises que caían sobre una cama de hojas. De ellas salía una serpiente que se convertía en un chorro de agua amarillenta. Creí ver el aliento de la tierra; sentir, en espasmos, la aridez que hierve desde las entrañas de un precipicio. El abismo respiraba y me quemaba las pestañas. Después soñé con mi libro: puras hojas en blanco. Hojas en blanco sobre hojas en blanco. Soñé con un parto, al pie de un cuchillo, sobre una escalera, en donde la placenta se desperdigaba por los escalones, como una espesa catarata. La mujer que daba a luz tenía las piernas abiertas y de ella no dejaba de manar el líquido. Su vagina era una boca blanca, con plumas enanas e inútiles. Vi a un hombre, cuyo rostro no recuerdo, y me habló de una deuda. Me corté un dedo, lo envolví sobre las hojas de mi libro y se lo entregué sin pena. También vi una foto. Ahí estábamos todos nosotros. Estabas tú, con la boca chueca y los ojos cansados. Puede que haya sido una foto de cuando éramos niños, pero lo dudo: nos veíamos demasiado jodidos. Yo aparecía a la mitad, de pie. Me reconocí, aunque mi rostro no era el mío. Vi que tenía ojeras. Mis mejillas eran púrpuras y mis labios rozaban una mancha oxidada.

De tanto soñar con el pasado, desperté sintiéndome infinito.

Los riachuelos de lodo

A striking distance...
Why are we so alone
even with company?
MEW

Siempre son las mismas historias. Que Pollo se madreó a un tipo porque le tiró una cuba encima. Que le rompió una botella en la cabeza. Que le escupió a un cadenero en la cara. Santiago ya se las sabe y le aburren. Intenta imaginarse una historia que no le pudiera resultar aburrida, pero no puede. Todas parecen empezar y acabar igual y, dado que es lo único que ha escuchado durante años, su imaginación se ve atrofiada a la hora de que intenta inventar algún suceso nuevo. Santiago sabe que esto que está teniendo con Pollo no es una conversación, porque él no ha abierto la boca. Sólo se sienta al lado de su gordo y cacarizo amigo, al que sólo soporta por sus influencias, y pretende escucharlo mientras su interlocutor se enardece, recordando algo que hizo la semana pasada con algún tipo que lo vio feo en un baño de un antro del que no recuerda el nombre.

—Y ahora, el puto de su papá me quiere demandar, cabrón —le dice Pollo.

Santiago se acomoda en el sillón, sin devolverle la mirada a su amigo. Pollo sigue hablando, fumando y bebiendo, en una serie de movimientos continuos y veloces que parecen extraños viniendo de un tipo tan obeso como él. Santiago lo ve a los ojos y, con un solo ademán, le pide que guarde silencio de una vez por todas. Observa los cuerpos

pasar como si su vista estuviera nublada, mientras se acuerda (lo quiera o no) de los sueños que ha estado teniendo últimamente: sueños en los que mete la mano en una gigantesca cubeta y extrae bolsas de plástico repletas de sangre y vísceras y órganos. El contenido se desparrama en sus manos, como un globo lleno de agua, sin nudo, que con un ligero apretón afloja su esfínter de plástico y suelta sus entrañas. No entiende lo que sueña y no le importa entenderlo. No le dedica tiempo a eso, porque es tirarlo a la basura, y piensa que aunque le queden años y años de vida, no tiene por qué gastar las horas en nimiedades como lo que se le llega a ocurrir mientras duerme.

Harto, decide pararse y dejar a su amigo ahí. Está cansado y no debería de estarlo. Falta mucho tiempo para que acabe la noche y no se puede dar el lujo de estar sentado durante horas escuchando la palabrería de Pollo. Se levanta de su mesa y camina rumbo al baño. Siente que Pollo lo jala de la camisa para seguir platicando, pero a él no le importa. De un manotazo se suelta y le pide que lo deje en paz. Son las dos de la mañana y no piensa quedarse ni un minuto más sentado en la mesa escuchándolo.

Santiago llega al baño y se observa en el espejo. Su rostro suele endurecerse cuando bebe; los ángulos de sus pómulos y su barbilla, que de por sí son pronunciados, se afilan, dándole un aspecto agresivo que contrasta con sus ojos verdes y su pelo rizado y rubio. Toma un poco de agua del lavabo para mojarse el pelo. Se da la vuelta y se acerca con torpeza al mingitorio. Se desabrocha los jeans de un tirón y comienza a orinar, aliviado. Los efectos del alcohol están subiendo rápidamente y tiene que hacer algo para bajarse la borrachera. Baja la mirada y observa sus zapatos, mientras su rostro da vueltas, incapaz de contener el vaivén de su cuello. Le hace falta un pericazo. Santiago palpa las bolsas de su pantalón, cerciorándose de traer suficiente para lo que reste de la noche. Al parecer no le va a hacer falta. Se da la vuelta y se mete en uno de los apartados, mientras un guardia de seguridad se para frente a la puerta, asegurándose de que nadie vaya a entrar. Santiago parte el gramo sobre la tapa del escusado, se hinca e inhala dos veces, sintiendo cómo la coca se mezcla con su saliva, formando un coágulo espeso y ligeramente amargo que le cuesta trabajo tragar.

—¡Santiago!

Alguien lo llama desde afuera. Sólo espera que no sea algún recién conocido que lo esté buscando para darse un pericazo.

—¡Santiago, güey! —es la voz de Arroyo, un buen amigo suyo.

Santiago se limpia la nariz y sorbe un par de veces, sintiendo el galope de la cocaína. La noche parece sonreírle de nuevo. En diez minutos se acercará a alguna jovencita y le pedirá un par de tragos para después convencerla, sin mucho esfuerzo, de que lo siga a su departamento. En una de ésas pedirá una botella de champán, ¿por qué

no, carajo?, eso siempre atrae a las colitas, piensa. Habiéndose cerciorado de estar limpio, Santiago sale del baño y le pide al guardia que se vaya. Arroyo está esperándolo, recargado contra la pared.

—¿Qué pasó güey? —le pregunta Santiago.

—Pues no sé, cabrón. Igual y es pura mamada, pero estaba hace ratito en la barra y se me acercó un güey...

—¿Qué güey?

—Puta madre, no me acuerdo. —replica Arroyo, chasqueando los dedos, intentando acordarse del nombre—, no importa, el hecho es que me dijo que hay unos ojetes que se quieren madrear al Jimmy.

Jimmy, hermano menor de Santiago. Cuatro años menor que él, coco feroz, tipo de pocas neuronas. Santiago ha intentado embridarlo por un par de años, pero no ha podido y, a decir verdad, ha terminado por perder la paciencia. Su hermano no sabe de negocios, ni le interesa saber. Quizás por eso su papá no le ha dado ningún lugar para que él se haga cargo. A diferencia de Jimmy, Santiago obtuvo la gerencia de un par de bares a los 18 años. Ahora, a los 23, maneja cinco en total, tres en la ciudad de México y dos en Acapulco. Su hermano siempre será el segundo al trono, la oveja negra, el pendejo al que hay que estarle recogiendo la mierda.

—¿Ahora quién se lo quiere madrear?

—No sé. este cabrón no me quiso decir nada, güey. Que al parecer tiene pedo contigo también, pero que se van a cargar a tu carnal.

—¿Y qué? ¿Te dijo cuándo o a qué hora? —pregunta Santiago, empezando a enojarse.

—No, no, nada más me dijo que hoy.

Santiago guarda silencio, molesto. Arroyo le rehúye la mirada, sabiendo que le falló.

—¿O sea que no le sacaste un solo dato importante, pendejo?

—Perdón —le responde Arroyo, tras un silencio incómodo.

—A ver, vente, vamos a ver si lo encontramos —sigue Santiago, intentando calmarse.

Santiago sale del baño junto con Arroyo, caminando hacia la primer barra que encuentran. Está repleta de gente. No hay un solo hueco por dónde colarse para seguir caminando.

—Santiago —lo llaman.

Santiago voltea y ve el rostro de un tipo al que no reconoce. En los diez segundos que le toma estrecharle la mano (siempre con reticencia, como si su tacto fuera un regalo que no puede andar desperdigando por todos lados), Santiago intenta encontrarle un nombre a esta cara, pero no puede.

—¿Qué onda? —responde, escueto.

—¿Cómo has estado, carnal? —le pregunta el tipo, sonriente.

—Bien, bien —responde Santiago, sin mirarlo a los ojos.

—Qué chido.

Santiago guarda silencio, esperando a que el sujeto decida irse.

—Pues muy bien, al rato agarramos la peda, ¿no?

—Sí, obvio.

El tipo se va y Santiago voltea. Arroyo ya no está. Debe haberse regresado a la mesa, piensa, mientras intenta hacerse camino para pedir un trago, pero desiste al no poder abrirse paso.

A lo lejos, Santiago ve a una figura conocida, parada en la otra barra. Es Miguel, el Rana, uno de sus mejores amigos, parado junto a un fotógrafo de una revista de sociales (hoy es la inauguración del antro). Santiago esquiva y empuja a un par de personas y decide ir a platicar con Miguel antes de regresar a su mesa, en caso de que haya visto o escuchado algo acerca de la golpiza que, al parecer, alguien pretende ponerle a su hermano.

El camino a la otra barra está atestado y Santiago se empieza a desesperar. Por eso no sale del VIP. Aquí se tiene que andar dando de codazos con uno que otro naquito que filtró su cadena y con mujeres que están muy, muy por debajo de su espectro de interés. Santiago empuja a unas cuantas personas para abrirse paso, mientras se cerciora de que un guardia de seguridad lo esté viendo, en caso de que algún borracho se altere. Entre la gente se encuentra a un tipo de aquellas épocas cuando estudiaba. Se llama David Andreu y Santiago no lo reconoce. Por un instante piensa en extenderle la mano para saludarlo (justo cuando cruzan miradas), pero David se sigue de largo y Santiago, inevitablemente, se siente ofendido. Por un instante piensa en inventar cualquier cosa para madreárselo, pero decide no hacerlo: hoy hay cosas más importantes que tomar en cuenta.

Santiago llega hasta donde está Miguel. Su amigo le da la espalda, mientras pide un trago en la barra. Un par de chicas pasan y los observan. El fotógrafo de sociales les toma una foto y se va, sin pedirle sus nombres (ya se los sabe). Santiago hace caso omiso. Le toca la espalda a Miguel.

—Rana, ¿cuántas veces te he dicho que no tienes que pagar por chupe aquí? —le pregunta.

Miguel voltea, le da un largo sorbo a su cuba, saca un cigarrillo, lo toma entre las yemas de sus dedos, lo enciende y le da un golpe largo, como si fuera un churro de mariguana. Se lo ofrece a Santiago, pero éste se niega: todavía está esperando una respuesta.

—Me gusta más cómo sabe el chupe pagado —responde Miguel.

—Si quieres gastar dinero a lo pendejo, avísame, para que te quiten tus vales de cortesía.

—No estamos de muy buen humor hoy, ¿verdad? —le pregunta Miguel, sonriendo. Pero Santiago se mantiene estático. Claramente hoy no es día para bromas y Miguel se da cuenta de esto, casi de forma

inmediata. Su semblante cambia al notar la seriedad de su amigo.

—¿Sabes algo de lo de Jimmy? —pregunta Santiago.

—Algo, sí. Que se lo quieren madrear, ¿no?

Santiago asiente con la cabeza, gira el rostro y observa a la multitud de reojo.

—¿Tú cómo sabes? —inquiere Miguel.

—Me dijo Arroyo, hace cinco minutos.

—¿Y ese güey cómo sabe?

—Puta madre, yo qué sé, Rana —responde Santiago, llevándose la mano a la frente—. ¿Qué chingados importa cómo se enteró el pendejo de Arroyo?

—Él no estaba cuando a mí me dijeron…

—¿Quién estaba?

—Nadie. Yo y el güey que me dijo.

—No sé, no me acuerdo.

—¿Quién era?

—No sé, no me acuerdo.

Santiago siente que le tiemblan las piernas. Uno más que no le sirve para nada. Es normal no poder confiar en Arroyo, piensa. Es un borracho que rara vez termina la noche de pie y la inteligencia no es lo suyo, pero Miguel es otra cosa. Es el más sobrio de sus amigos, el más serio. Santiago contaba con que él sí se iba a acordar de todos los detalles.

—Bueno, ¿mínimo sabes por qué se lo quieren madrear?

—Creo que sí —responde Miguel, tirando la colilla en el piso, para molestia de Santiago—. Al parecer, el Jimmy anda revendiendo la coca que tú y él consiguen de su *dealer* acá adentro, a tus espaldas. Creo que tu vendedor se lo quiere chingar.

Santiago siempre ha sabido que, a pesar de sus contactos y de sus guardaespaldas, hay personas con las que uno no se mete. En su caso son pocas, pero una de ellas son sus *dealers*. En busca de mejor calidad de cocaína y éxtasis, Santiago y Jimmy le compran droga a una serie de ex militares que la consiguen directamente del proveedor. Nada de chicos adinerados que hacen su quincena vendiendo un par de gramos. No. Los hermanos Hernández compran droga en cantidades industriales, de gran calidad y a muy buen precio.

—¿Y qué? ¿Te dijeron cuándo se lo van a madrear? —pregunta Santiago.

—Creo que hoy. Creo que a ti también te quieren dar en la madre.

—¿Crees, pendejo? ¿Crees? Puta madre... creer es el equivalente a no saber un carajo, ¿estás de acuerdo?

—Ok —responde Miguel, sin titubear, tragándose el enojo de que su amigo le hable así—. Sé que se quieren putear a tu carnal y *creo* que a ti también. Pero, ¿de qué te preocupas, güey? Acá adentro no te van a

tocar.

Santiago no está tan seguro de esto. Lleva meses en los que no se siente a salvo en ningún lugar. Miguel pide cuatro *jaggermeisters*, los paga y se los entregan. Le da uno a su amigo y se los toman de un trago.

—¿Eso era todo? —pregunta Miguel.

—No. Necesito que te acuerdes quién te pasó la información.

—¿Y yo cómo sé que no me van a dar en la madre por decirte?

—Entonces sí sabes...

—Me puedo acordar.

—Dime.

—A ver, otra vez, ¿quién me asegura que no me van a chingar por pasarte la información?

—Yo te cuido —le dice Santiago, intentando esbozar una sonrisa.

—¿Cómo cuidaste a Arroyo el día que lo dejaste tirado en una estación de trenes? ¿O como cuidaste a Quiroz el día que se lo puteó la banda del Gallego? —pregunta Miguel, tragando lo que le parecen como litros de saliva. Santiago escucha la pregunta y se acerca a su amigo, a escasos centímetros de su rostro.

—Mira, pendejo —le espeta—, si me estás cobrando algo al no decirme, más te vale pensarlo dos veces, ¿me entiendes? Quiero creer que yo también soy un cabrón del que uno debe cuidarse.

—¿Quieres *creer* o sabes? —pregunta Miguel, sintiendo un ligero temblor en su mano izquierda.

Santiago toma distancia, enfureciéndose. Por un segundo, Miguel está seguro de que le va a reventar el vaso de *jaggermeister* en la cabeza. Pero no lo hace.

—Ya vete —culmina Santiago y Miguel obedece.

Santiago se queda solo en la barra, mientras observa a Miguel alejarse rumbo a la otra parte del lugar. En el camino, alguien empuja a su amigo y la venganza no se hace esperar: con un par de miradas, Santiago le ordena a los guardias que echen para afuera al sujeto que acaba de agredir a Miguel. Tiene que quedar claro que él es intocable aquí adentro, y dado que sus amigos son un apéndice suyo —parte de lo mismo, reflejos de Santiago—, ellos también son intocables, sin importar que esté molesto con ellos, como ahora, con Miguel. La rutina para darse a respetar es muy sencilla: un par de guardias le piden al sujeto en cuestión que se detenga sin tener que dar ninguna excusa o pretexto, después lo toman de los hombros, lo golpean (a veces adentro, a veces en un cuarto secreto en el tercer piso y otras tantas en la calle) y lo avientan hacia fuera. Esta noche, Santiago hará eso las veces que sea necesario: su hermano no tarda en llegar (se fue a una fiesta) y nadie lo va a tocar. A lo lejos, dos guardias toman al tipo que agredió a Miguel del cabello y lo arrastran hacia fuera, entre gritos y patadas.

La gente alrededor está bailando, riéndose, tomando. Santiago siente cómo le tiemblan las piernas, casi de manera incontrolable. De nuevo lo atacan las imágenes de sus sueños: las vísceras, los intestinos colgando de sus manos, húmedos, como serpientes flácidas y viscosas. Se ve a él mismo observando el fondo de la cubeta, oliendo a tierra, a carnicería. Tiene ganas de volver el estómago. Tiene ganas de otra línea. Tiene ganas de coger. Santiago respira hondo, intenta tranquilizarse con otro *jaggermeister* y un cigarro. Una mano familiar le toca el hombro. Santiago voltea, bruscamente. Es su hermano, Jimmy.

—¿Qué onda güey? Me dijo Arroyo que me andabas buscando —le dice, tomando aire, cansado, ebrio.

—Sí, sí. —Santiago titubea. No sabe si decirle a Jimmy o no sobre lo de Miguel—, bueno, no. No era nada, olvídalo.

—¿Seguro? ¿Qué haces aquí solo? Allá en la mesa hay unas colas de no mames.

—Oye, ¿cómo va el negocio de vender acá dentro? ¿Estás ganando bien? —inquiere Santiago, con rostro de póquer. Piensa que si su hermano sí lo está haciendo, tal vez se le haya olvidado que a Santiago no lo había mantenido al tanto.

—Puta, güey, va a toda madre, ya tengo como 30 compradores regulares, me estoy clavando como diez por noche —le dice Jimmy, emocionado.

—Muy bien, muy bien —responde Santiago, aparentando entusiasmo—, nada más mantenlo por abajo del agua, ¿ok?

—Sí, sí, ¿por qué? ¿Alguien te ha dicho algo? —dice Jimmy, mientras se come la uña del meñique.

—No, no, nada más. Nada más. Vete a la mesa, ahorita te alcanzo.

Jimmy no toma la orden al pie de la letra. Se queda parado al lado de su hermano mayor, que es mucho más alto que él. Ve a un conocido suyo y está a punto de acercársele cuando su hermano lo toma del brazo, apretándolo firmemente.

—Que te vayas a la mesa, cabrón —sentencia Santiago, sin parpadear.

Y con eso Jimmy se da la media vuelta y escapa hacia la mesa. Santiago pide cuatro *jaggermeisters*. En el camino de regreso a su mesa y sus amigos, decide regalarle uno a una rubia que le llamó la atención. Santiago está casi seguro que es una actriz de telenovelas. Se toma el trago con ella y le sugiere un par de cosas, a pesar de que viene acompañada. A ella no parece importarle. Le sigue su juego y se ríe. Después de cinco minutos, Santiago ha asegurado a su compañera de hoy. Luego vendrá a recogerla. Por lo pronto tiene que ir a su mesa, convencer a su hermano de que se quede adentro del lugar y después seguir investigando quién —con certeza— se lo quiere madrear.

Santiago sigue caminando y una vez más se topa con David Andreu.

Su viejo conocido lo observa con una mirada que le resulta indescifrable y que, por lo tanto, le incomoda. Cualquier otro día, Santiago ya estaría arreglándoselas para que le rompan la cara, pero hoy no puede. De una cosa sí está seguro: si lo vuelve a ver acá adentro, lo mata. Nadie va a venir a su antro a ponerle muecas extrañas.

Justo antes de llegar a su mesa, Santiago es detenido por otro sujeto, al que tampoco reconoce.

—¿Qué onda, güey? —le dice este tipo, acercándose a saludarlo. Esta rutina no le es ajena: muchas personas tratan de acercársele y saludarlo en busca de levantar su propio estatus dentro del lugar. Es un hecho: que te vean junto a Santiago Hernández abre y facilita muchos caminos. Hoy, sin embargo, Santiago no tiene tiempo para cortesías.

—Nada, nada...

—¿Cómo has estado?

Santiago intenta resumir su camino, pero el tipo no lo deja pasar, parece que quiere entablar una conversación. Eso jamás le ha funcionado. Él no es un hombre que consiga lo que quiere hablando. Simplemente no le hace falta, ni le ha hecho falta desde que su padre firmó un par de papeles y pasó de ser un restaurantero de clase media al dueño de más de diez antros.

—Bien. ¿y tú? —responde Santiago, titubeante.

—Chido, chido.

Santiago lo observa, midiéndolo. ¿Y qué si fuera él el que se quiere madrear a Jimmy? Podría ser.

—Bueno, pues al rato agarramos la peda, ¿no? —pregunta el sujeto.

—Sí, sí.

Santiago llega a su mesa. Ahí están Arroyo y Quiroz, rodeados de cuatro jovencitas de no más de 18 años, drogados, ebrios. Las niñas se ven firmes, piensa Santiago, se ven bien apretaditas. No obstante, hay algo que no cuadra aquí. Falta Pollo. Su amigo es gordo y perezoso. Rara vez se para de la mesa, a menos que haya algo muy importante que atender. Esto le llama la atención. Santiago le pide a Arroyo que se acerque.

—¿Dónde anda Pollo? —pregunta Santiago.

—Este... déjame preguntar.

Arroyo se acerca a la mesa y le pregunta a Quiroz, que deja de besar a una chica para responder, a regañadientes, lo que le acaban de preguntar.

—Que se fue con una vieja al cuarto de arriba —le responde Arroyo, alzando la voz para que lo pueda escuchar.

La noticia le desagrada a Santiago. Sabe muy bien para qué es el cuarto de arriba (uno de los tres que tiene el lugar y cuyo acceso es restringido) y no le gusta que lo usen sin su permiso. Sólo espera que esta vez Pollo esté con alguna que le haya dado su consentimiento.

—Arroyo —llama Santiago a su amigo—, ¿cuántas putas veces te he dicho que me avises cuando Pollo se lleve gente al cuarto de arriba? ¿Cuántas?

—No sé —responde Arroyo, tartamudeando.

—¿No sabes, pendejo? —pregunta Santiago, condescendiente—. Pues ahí te va una más: cada vez que Pollo se lleve a una niña —sea su novia, una mesera o tu jefa—, me avisas, ¿está bien?

Arroyo asiente con la cabeza y guarda silencio por unos segundos, antes de reanudar su conversación con una de las chicas de la mesa.

Pasan los minutos. Santiago siente cómo le tiemblan las manos. Quizás necesita otra línea u otra cuba, o ambas. Por lo que sea, pero no se siente bien. Jimmy llega a la mesa, de la mano de una de sus amiguitas. Santiago le pide que tome asiento junto a él.

—Te voy a pedir un favor —le susurra a su hermano.

—¿Qué? —pregunta Jimmy, presuroso.

—Por favor no te vayas a salir del antro.

—¿Por qué?

—Nada más hazme ese favor.

—Ok —le responde Jimmy, girando el rostro hacia la pista de baile.

—Carajo, ponme atención.

—Te estoy haciendo caso, güey.

—¿Entonces?

—Sí, sí, no me voy a salir a ningún lugar. ¿Tú crees que al rato pueda subírmela? —pregunta Jimmy, en alusión a su acompañante.

—Creo que Pollo está usando el cuarto —le responde Santiago, mientras a lo lejos se arma una golpiza. Ambos la observan desde su balcón, como quien observa un espectáculo gratuito y ligeramente aburrido.

—Ok. Avísame cuando baje, ¿no? —le pide Jimmy.

—Sí, está bien.

Jimmy se para y camina hacia una de las barras con su amiga. Quiroz lo acompaña. Santiago, de nuevo, se siente solo. Está esperando a que Miguel decida darle la información o, bien, que Arroyo se acuerde. Mientras tanto le pide al mesero que le sirva otra botella de Bacardí. Hay dos tipos que no lo han dejado de ver toda la noche. Santiago nota que han mantenido cierta distancia. No pasan por su mesa, pero tampoco bajan al primer piso: sólo se quedan ahí, viéndolo de reojo, revoloteando como moscas. ¿Y si uno de ellos fuera el que se quiere madrear a su hermano? ¿Y si, en realidad, se lo quisieran madrear a él? ¿Qué pasaría si lo toman desprevenido, sin ayuda de sus guardaespaldas? Santiago no aguanta ser observado, no soporta el escrutinio de la vista porque le resulta un reto abierto, un estudio de su persona que él no pidió. Nada en el mundo le molesta más que darse cuenta de que una chica lo está viendo a la mitad del coito. Él puede

verlas, pero ellas no, y ésas son las reglas. Por lo pronto, tanta mirada lo está incomodando: que vayan a ver a su puta madre, musita, mientras chasquea los dedos pidiéndole a uno de sus guardias que se acerque.

—¿Ves a ese hijo de puta? —le pregunta Santiago, señalando a uno de los muchachos que lo están observando.

—Sí, señor —responde el guardia.

—Muy bien. Pues quiero que lo saques de aquí a punta de vergazos, ¿me entiendes?

—Sí, señor.

El guardia le arroja la luz de su diminuta linterna a otro de los guardias y después señala al sujeto. Ambos se acercan, lo toman de los brazos y lo arrastran por las escaleras, hasta sacarlo del lugar. Él observa todo esto desde arriba, sin sentirse aliviado. Ahora sólo quedan él y Arroyo en la mesa. Decide preguntarle si ha visto al tipo que le soltó la información, pero su amigo se encoge de hombros. No lo ha visto. Ni siquiera lo ha buscado.

Una de las cuatro chicas que están sentadas en su sillón le intenta hacer conversación, pero Santiago no puede ni quiere escucharla. A lo lejos vuelve a ver a David Andreu, pero esta vez no le dirige la mirada.

—Hernández —lo llaman. Santiago voltea y ve a un tipo, al que cree conocer de su primaria.

—¿Cómo estás, güey? —pregunta el tipo.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, bien, aquí.

Santiago dirige su mirada hacia Andreu una vez más. ¿Exactamente de dónde lo conoce?, se pregunta. No encuentra respuesta. Sólo recuerda su rostro y eso ya es un milagro: desde hace un par de años le cuesta trabajo acordarse de ellos. Las drogas no son la causa del paulatino olvido, lo que pasa es que el disco duro en su memoria está demasiado lleno. Son demasiados rostros, demasiadas voces, demasiados cuerpos y demasiados nombres para recordar. Hace mucho perdió la cuenta.

—Está chingón tu nuevo antro, eh —le comenta el tipo, buscando hacer un poco más de conversación.

—Gracias.

—Bueno, pues ahí al rato nos vemos y agarramos la peda, ¿va?

—Órale.

El tipo se va. Del otro lado del lugar, cerca de una barra, Santiago cree ver a Quiroz platicando con David Andreu, aunque puede que no sea ninguno de los dos.

Según su madre, de niño, Santiago no dormía. Era un bebé atípico: silencioso, insomne, inapetente. Desde chico desdeñaba lo que otros

necesitaban. Su madre solía recordarle cómo le mordía los senos, rasgando sus pezones hasta hacerle brotar un sarpullido rojizo y molesto. Siempre fuiste una lata, le decía, jamás me dejabas dormir porque jamás dormías: te quedabas estático, viendo hacia el techo, sin tocar tus juguetes, ni tu ábaco, ni hacer un solo ruido. Jimmy, sin embargo, era otra cosa. Su madre hablaba poco de él. Al parecer había sido un bebé ruidoso, repleto de cólicos y malestares. Frágil y constantemente febril. De chicos, Santiago solía observar cómo su madre hacía todo lo posible por consolar a Jimmy. Le cantaba canciones de cuna, lo arrullaba, lo besaba, pero nada: el niño no dejaba de llorar. Santiago observaba todo desde la periferia, invariablemente harto de tener que escuchar los gritos de su hermano menor.

A los 10 años, su padre les regaló una litera. Santiago y Jimmy comenzaron a dormir juntos, el primero arriba y el segundo abajo, sintiéndose protegido por el extraño personaje que dormía en la litera superior. Sólo tenían un juego, que jugaban en la otra vida, en aquella donde no había coches deportivos, ni mansiones en Acapulco, ni antros, ni departamentos amueblados en Polanco y casas en Las Lomas. El juego era muy simple. Después de comer, Santiago y Jimmy bajaban al pequeño jardín que tenían en la parte trasera de su casa. Aquel espacio consistía de un diminuto pedazo de pasto, un par de arbustos y un limonero torcido. Todo lo demás era lodo y eso era lo único que necesitaban para jugar. Primero, Jimmy llenaba una cubeta con agua que posteriormente vertía sobre la tierra. Una vez húmeda, Santiago marcaba pequeños rumbos con los dedos, haciendo un camino hendido y yermo mientras su hermano recogía los pocos limones que yacían en el suelo, podridos y amarillentos. Jimmy no podía tocar los surcos: esa labor le pertenecía a su hermano mayor. Esperaban a que se secara. Finalmente, Jimmy tomaba una manguera (que siempre le daba toques cuando la conectaba y que, por lo tanto, Santiago jamás quiso conectar) y la ponía en donde iniciaba el cauce que había hecho su hermano con los dedos. Prendían la manguera y el agua fluía, llenando y desbordando los pequeños riachuelos de lodo.

Años después, esa litera en la que dormían se transformaría en un cuarto de dos pisos para cada uno. La nueva casa tendría un jardín inmenso, con porterías de futbol y un quiosco verde y alto. En esa casa ya no estaría su madre, sino Tanya, una joven de 25 años con la que su papá se casó cuando Santiago tenía 16. Desde entonces, Santiago ha visto a su madre cinco veces. Nunca pregunta por ella.

Los inviernos en esta puta ciudad son cada vez más fríos, piensa Santiago, mientras sale para platicar con su cadenero. Se acerca a él y le pregunta si ha visto a Miguel. El cadenero le avisa que sigue adentro. A Santiago le cuesta trabajo escuchar lo que le responde porque, a pesar de que son las tres y media de la mañana, sigue habiendo gente en la

cadena que le pide entrar. Santiago, Santiago, Santiago, somos dos parejas, Santiago, vengo solo, Santiago, somos dos, Santiago, Santiago. Su nombre ha perdido significado de tanto escucharlo. Es él (y por nada del mundo lo cambiaría), pero cuando tanta gente le habla, Santiago pretende que se refieren a alguien ajeno y desconocido. Él no es a quien llaman y, por eso, ni los voltea a ver.

—Avísame si ves a alguien rondando la cadena, alguien que te dé mala espina, ¿ok? —le pide Santiago al cadenero, creyendo en la probabilidad —remota— de que su *dealer* se aparezca para golpear a Jimmy.

—Sí, Santiago, no te preocupes.

En el camino de vuelta, Santiago se topa con Miguel. Vuelve a preguntarle el nombre del tipo que le pasó la información, pero es demasiado tarde: su amigo está muy borracho y le cuesta trabajo recordar la conversación en la que alguien, supuestamente, le advirtió que golpearía a Jimmy. Santiago le suelta un par de cachetaditas, intentando espabilarlo, pero esto sólo empeora las cosas. Miguel se llama a ofensa y le pide —en un tono que, para Santiago, raya en la insubordinación— que no lo vuelva a tocar. Santiago responde cacheteándolo un par de veces más hasta que su amigo se da la vuelta, bajando los hombros, a sabiendas de que ésta es una batalla que no puede ganar. Y aunque lo vuelve a encarar, Miguel guarda silencio: "No me acuerdo", le responde a la misma pregunta. "No me acuerdo quién se quiere madrear a tu hermano".

Santiago da un par de vueltas por su antro, ansioso. Se pregunta en qué momento dejó de sentirse invulnerable, en qué momento sucedió que estos espectros —amalgamas de viejos enemigos, viejas golpizas, viejas afrentas— traspasaron las barreras de "su castillo" y decidieron acecharlo. Santiago cierra los ojos y se rasca la sien con las uñas, intentando concentrarse. Palpa su bolsillo, sintiendo la cocaína. Decide echarse otra línea.

Justo afuera del baño, Santiago cree ver a David Andreu y a Jimmy intercambiando algo. No puede ver exactamente qué es, pero, sea lo que sea, está adentro de una caja de madera. Andreu se acerca y le dice algo al oído a Jimmy que, al escucharlo, aprieta la quijada y ve hacia el techo, en señal de incredulidad. Unos segundos después, intercambian otra cosa. Andreu saca un fajo de billetes de su bolsa y se los entrega a Jimmy, quien, al recibirlos, voltea alrededor para cerciorarse de que nadie lo está viendo. Se dan un abrazo y salen del baño por la puerta trasera. Santiago intenta acercárseles, pero no puede: el lugar está demasiado lleno y la cola hacia el baño está detenida por dos sujetos que se acaban de encontrar y se ciñen en un abrazo efusivo. Por más que empuja con sus hombros, Santiago es incapaz de hacer que la fila se mueva. Cuando llega al baño, ve que ni Jimmy ni Andreu están cerca.

Ni siquiera está seguro de que hayan sido ellos.

Harto, Santiago decide subir al tercer piso, a reclutar a un par de guardaespaldas para aclarar la situación. No está seguro de lo que quiere. Por un lado, quiere cerciorarse de que nadie allegado a su dealer esté presente; nadie —además de sus amigos— que sepa lo que Jimmy está revendiendo adentro. Por otra parte, cree que lo mejor sería golpear a Andreu y sacarlo a patadas del lugar. Y aunque ni siquiera sabe si este último tiene algo que ver con la futura golpiza, Santiago tiene la impresión de que este viejo conocido está tramando algo.

Subiendo las escaleras del antro hay tres cuartos secretos. En uno, el más grande, hay una barra con un par de mesas periqueras. Es *la* zona VIP y nadie puede entrar más que gente importante y Santiago y sus amigos. En otro hay un pequeño cuarto con un sillón *vintage*. Éste lo usan para los ligues de su noche, para cuando la calentura no da para llegar a sus respectivas casas. El último y más pequeño es una recámara de paredes amarillas en donde hay un par de cajas, un sillón verde y tres sillas.

Santiago decide entrar a la recámara de paredes amarillas. Adentro hay tres guardias de seguridad, fumando. Uno de ellos está viendo una revista pornográfica.

—¿Qué se le ofrece, jefe? —pregunta uno, el más alto de los tres.

El disco duro en su cabeza empieza a correr, en busca del nombre de David Andreu. ¿Cómo explicarles que quiere que lo saquen del lugar si ni siquiera puede acordarse de su nombre o, siquiera, de cómo es físicamente con exactitud? Santiago se queda parado, en la puerta del cuarto amarillo, intentando recolectar información desde adentro, en un intento fútil por recordar. Recordar.

—¿Jefe?

—No. Nada. Uno de ustedes acompáñeme, por favor.

—Sí, señor —dice uno, mientras espera a que Santiago se dé la vuelta para ver a sus dos compañeros con cara de hastío.

Santiago sale del pequeño cuarto, camina unos pasos y decide abrir la puerta del cuarto del sillón *vintage* para ver si ahí está Pollo. Sólo tiene que caminar un par de metros. Entre la oscuridad del cuarto y el sonido de la música —que retumba en las paredes del piso superior como un grito en una lata— Santiago escucha los gemidos incómodos de alguna chica. El guardia que lo acompaña está parado al pie de la escalera. Su linterna suelta un destello que ilumina por un segundo el cuarto y después se va hacia un punto en la pared. Santiago sabe lo que vio. Jimmy y Pollo están ahí adentro, intentando desvestir a una chica, de no más de 16, forcejeando con su ropa. Es la tercera vez que pasa en el último mes y si no les han clausurado el lugar es, solamente, porque el papá de Pollo es un diputado muy influyente y el papá de Arroyo es el abogado penalista número uno en este tipo de demandas. De cualquier

manera, a Santiago no le gusta que pongan en peligro su negocio. Adentro se escuchan las súplicas de la chica. Ya, por favor, Pollo, ya. Santiago reconoce esa voz: es una de las chicas que estaban sentadas abajo, en su mesa.

Para no quedar como un aguafiestas, Santiago decide pedirle a su guardaespaldas que abra la puerta y saque a Pollo y a Jimmy, en vez de hacerlo él mismo. El guardia obedece, mientras Santiago observa todo desde la periferia, pretendiendo estar interesado en otra cosa. La puerta se abre y la luz se enciende. La muchacha está con la falda arriba y el cabello despeinado. Tiene el rímel corrido y un tirante de su blusa está caído, a la altura de su codo izquierdo. Pollo se ve agitado, como un animal que fue detenido a medio comer. Jimmy se ríe, nervioso, en una esquina. El guardia toma a la chica del brazo y le pide que lo espere en una esquina.

—Te la llevas para abajo y le echas el choro, ya sabes —le pide Santiago al guardia, susurrando.

—Sí, señor.

—Y me esperas allá abajo, que necesito que me eches la mano con algo.

—Sí, señor.

Pollo y Jimmy salen del cuarto, subiéndose la bragueta.

—¿Qué pedo, güey? ¿Por qué hiciste eso? —pregunta Pollo.

—Ahorita hablo contigo, cabrón; déjame hablar con mi hermano.

—Pero...

—Ya te dije que ahorita hablo contigo, *güey* —replica Santiago, enfático.

Pollo se va, peinándose y prendiendo un cigarrillo, al cuarto VIP. Justo antes de entrar voltea y observa a Santiago, que lo mide de reojo. Pollo lo mira con ojos molestos, amargos. Santiago hace caso omiso y devuelve su atención hacia su hermano.

—¿Ahora qué pasa? —pregunta Jimmy, con cara de hartazgo.

—Mira, güey, vamos a hacer como que no acabo de ver lo que vi...

—¿Qué? ¿Ahora te vas a poner a defender a esa putita calientahuevos?

—A ver, pendejo, no lo digo por eso. Si quieres cogértela, si quieres amarrarla a tu cama, si quieres darle de latigazos, a mí me vale verga, pero no lo vengas a hacer en mi antro. una demanda más de ese tipo y estamos en la chica, ¿me entiendes?

Jimmy asiente con la cabeza, sin señal alguna de arrepentimiento. Está escuchando esto en automático. Un sermón más del hijo pródigo, del pinche creído de su hermano: del guapo, el heredero al trono, el dueño.

Santiago le explica a Jimmy todo lo que ha pasado esta noche mientras su hermano lo escucha sin interés alguno. Le pregunta el

nombre del tipo al que le vendió cocaína afuera del baño hace media hora, pero no obtiene lo que quiere: "No me acuerdo", le responde. Finalmente, Santiago le exige que deje de vender en su antro, o bien, que le pague una cantidad de lo que ha ganado. Pero Jimmy está harto. Termina accediendo, con reticencia, a todo lo que su hermano mayor le pide.

—¿Ya me puedo ir? —pregunta Jimmy, incómodo.

—Sí, ya vete —le responde, tajante.

Jimmy se va y Santiago decide bajar de nuevo. Nunca pudo echarse esa otra línea y, además, tiene que encontrar a Andreu. Le da mala espina y lo quiere ver tirado, afuera, en la calle, como escupido por su antro. Junto a su mesa encuentra al guardia. Le pide que lo siga, por si cualquier cosa. Ambos caminan rumbo al baño del segundo piso, mientras Santiago ve hacia todos lados en busca de Andreu. Cada vez hay menos gente y, si todavía está aquí, será más fácil encontrarlo. Aunque no hay nadie en el baño, Santiago prefiere entrar a uno de los apartados (no le gusta que lo vean ingiriendo cocaína). Adentro, cierra la puerta y saca un poco de polvo de su bolsita de plástico. Ordena las líneas en el escusado, se arremanga la camisa y se relame el cabello. Justo antes de agacharse e inhalarlas ve algo dentro del basurero. Santiago mete las manos, ensuciándose con todos los papeles usados, y saca una pequeña caja de madera. La abre. Adentro hay tres grapas. Es el paquete que Jimmy le dio a Andreu, pero, ¿para qué comprarlo para después tirarlo a la basura? Desesperado, Santiago azota la caja contra la pared, recoge la cocaína del escusado, la mete en su bolsa —desperdigando un poco de polvo en el proceso— y sale del baño, sintiendo cómo lo azota la náusea una vez más, impulsada por el recuerdo instantáneo de la cubeta de vísceras con la que sueña. Seguro de que está a punto de volver el estómago, Santiago arquea el pecho frente a un mingitorio y después choca la frente contra la pared. Lentamente, la náusea mengua y Santiago abre los ojos, húmedos. Se observa en un letrero, justo arriba del mingitorio: es el nombre de su antro, escrito con letras cursivas, sobre una superficie negra. Santiago observa sus propios ojos reflejados entre la "a" y la "o", como si llevara el nombre del lugar tatuado en la frente. Sonríe, mojándose los labios con la lengua y desfajándose la camisa, intentando sentirse un poco más fresco. Sale del baño. Afuera, voltea alrededor, buscando al guardia que lo acompañaba, pero no lo ve por ningún lugar.

Santiago regresa a su mesa y se da un pase con la llave de su departamento (en público, ya no le importa) y se sirve otra cuba. Obse r va la multitud y piensa que todos los que están ahí adentro —todos aquellos que pretenden adorarlo— pueden ser sus enemigos. Todos me tienen envidia, todos quieren ser como yo, musita Santiago para sí, entre un largo trago de ron.

La pista está casi vacía y el lugar también. Aburrido, Santiago ojea el lugar, buscando a la chica a la que se acercó hace unas horas. Necesita sexo, hoy más que nunca, para quitarse todos los problemas de la cabeza. No la encuentra. Una pareja se besa en la barra. Dos chicas bailan solas afuera del baño. Tres tipos platican en una mesa que está arrinconada al fondo. La noche está por acabar.

Santiago mide a las dos chicas que bailan afuera del baño. Ambas se ven borrachas y cansadas; parecen presa fácil. Harto de estar estático, Santiago baja al primer piso y camina hacia ellas, apretando la quijada.

A la mitad de la pista, Santiago siente que algo lo tumba, como si le hubiera caído un costal de piedras encima. Huele el piso: las luces neones del techo se reflejan en el parquet de la pista y lo deslumbran. Santiago voltea para ver qué le pasó (su estómago se retuerce, dándole una náusea te r rible). Quizás me tropecé, piensa. Sin embargo, unos segundos después, siente el segundo embate. Alguien lo está pateando. El aire se sale de sus pulmones, como si una gigantesca llave de tuercas le estuviera apretando el tórax. Abre los ojos, sintiendo cómo lo rozan escupitajos y sudor. Cree ver a David Andreu. Cree ver a Quiroz, a Arroyo. A uno (o dos, o tres) de los que se le acercaron en el antro. Pero no ve a nadie de forma clara. Se da la vuelta, sólo para recibir un puñetazo entre los ojos. Su cabeza golpea el piso de rebote y la náusea anuncia su regreso. Su boca se vuelve líquida mientras va dando paso a un mareo súbito. Logra levantar el cuello, con el estómago acercándose a su garganta. Alguien lo toma del brazo y tira, jalando músculos y huesos. Santiago observa a la multitud por el rabillo del ojo.

El antro se vacía inmediatamente. Un grupo de personas se congrega en la pista para golpear a Santiago. La madera se mancha de sangre, mientras Santiago busca respirar, pero no puede: cada vez que lo intenta, una patada o un golpe en la boca le impiden respirar. Pide ayuda. Grita. Manotea.

Finalmente, la turba lo deja en paz. Santiago intenta discernir quién lo está golpeando. Tiene el hombro izquierdo dislocado y un ojo completamente cerrado que derrama tímidas gotas de sangre. No se puede levantar. A través del estroboscopio, logra descifrar un par de rostros. Ahí están Arroyo, Quiroz, Pollo y otros amigos suyos. El único que no está es Miguel, que se tuvo que ir temprano, por borracho. Algunos guardaespaldas (cuyos nombres desconoce) también lo observan, parados, intimidantes. Junto a ellos está Andreu, silencioso, con los ojos enloquecidos.

—¿Ya, no? Ya me dieron en la madre, ¿ok? Ya déjenme en paz... — suplica Santiago, entre buches de vómito, intentando pararse. Se da cuenta de que no puede. Intenta recargarse en su brazo izquierdo, pero su hombro le falla y se vence como un pedazo de trapo, azotándolo directo con un charco de su propia sangre. Aspira el óxido y la náusea

lo vence. Vomita en la pista un charco negro que se esparce como los riachuelos de lodo que hacía con su hermano cuando eran niños.

La música continúa. Ponen una cumbia. De entre David Andreu y un guardaespaldas, aparece Jimmy. Pollo se acerca y le escupe en el pecho a Santiago. Nadie se va: es el ojo del huracán. Aún falta lo peor.

Jimmy saca una botella de cerveza de la bolsa de su pantalón.

—¿Tú también? —pregunta Santiago, resignado.

Las luces se apagan en lo que empieza otra canción. Jimmy se abalanza contra su hermano y le quiebra la botella en la sien, reventándola y desperdigando pedazos de vidrio por la pista. Santiago grita. Pone su mano derecha en su frente, sintiendo la sangre, intentando palpar si no le sacaron un ojo. La turba arremete otra vez. Los agresores pisan a Santiago y se agachan para golpearlo de cerca, mientras él intenta hacerse lo más pequeño posible. Tras un par de minutos, lo dejan en paz.

Santiago se tapa la cara, asustado. Puede que todo haya terminado. Poco a poco, el grupo se separa y sale del antro, dejándolo solo en la pista. Antes de irse, un tipo que Santiago desconoce se acerca a él y lo golpea en la nariz una última y certera vez. El tabique se quiebra.

—Ésa es por mi hermana, pendejo —le dice el tipo.

—Tu hermana es una puta —replica Santiago, sin fuerzas, sin ánimo, sin siquiera saber por qué lo dice o a quién se refiere.

A las ocho de la mañana, Santiago consigue pararse por su cuenta. Va al baño a limpiarse, observando su playera, completamente arruinada, llena de surcos marrones y tiesos. Se ve en el espejo y palpa la hendidura en su frente. Está descalabrado y a duras penas puede respirar. Por un momento, Santiago está seguro de que va a empezar a llorar, pero lo contiene. No se quiere ver llorar. El espejo le devuelve una imagen torcida. Entre sus párpados derrumbados, Santiago observa su figura destrozada, su rostro hecho trizas, su hombro dislocado, su nariz hinchada: su cuerpo parece haberse convertido en lo que tocaba dentro de la cubeta con la que soñaba.

Con muchos trabajos, Santiago sale de su antro, rumbo a su coche. Ya no está el valet parking, ni el cadenero. La plaza está vacía. Acaba de amanecer y Santiago siente que la luz le arde, como si todo su cuerpo fuera una pupila que ve el día después del más largo de los túneles. Respira, mientras escupe un gargajo de sangre en el piso. Alza la mirada, y el sol —amarillo e incómodo— le da justo en la cara: tendrá que acostumbrarse.

El nombre

La recuesto sobre mi cama, mientras me esfuerzo por recordar su nombre. La acabo de conocer en un bar en Londres y es la primera mexicana que veo en meses. La sola idea de poder hablar español con alguien me entusiasmó tanto que no estoy seguro si me detuve para preguntarle cómo se llamaba. Decido que, por lo menos ahora, no importa. Meto mi mano entre su falda, intentando encontrar el resorte de su ropa interior para deslizarla por sus piernas. Tiene la piel morena y huele a niña. Quizá un tanto de más. Pienso en los ingredientes de la mezcla, en qué se necesita para oler así. ¿Será que al cumplir dieciocho nuestro aroma cambia? Su olor es virgen: como si su perfume fuera demasiado dulce y no hubiera un solo poro en su piel para sudar. Huele limpia, fresca, recién hallada. Observo su rostro y sus ojos cerrados, como dos telones que quieren abrirse, pero el protocolo mismo del sexo les prohíbe ver lo que hay más adelante. Sé que quiere verme, quiere ver cómo toco su cuerpo y cómo la desnudo. Quiere ver sus manos tomando mi verga, como quien toca algo nuevo: una herramienta cuyo uso se desconoce. Así tocaba yo las plumas de mi papá cuando era niño, me parecían algo digno de una vida que aún no me pertenecía, algo que me quedaba grande. Me abre los pantalones, con mi ayuda. No logra desabotonarme los últimos dos botones y termina riéndose, desesperada de no poder lograrlo. Me desnudo y después me lanzo sobre de ella, besándole el rostro, empapando su cuello con saliva presurosa. Bajo hacia sus senos, mordiendo sus pezones con mis labios, intentando ponerlos tiesos. Huelo el hedor de mi propio aliento: una mezcla indescifrable de licores y mariguana. Me acuerdo de su nombre: Alejandra. Alejandra. “¿Te gusta, Ale?”, le

pregunto. “¿Te gusta?” Me suelta un “sí” ahogado entre gemidos y palpitaciones y respiros a destiempo. Bajo hacia su sexo y la lamo, furioso. Me toma del pelo y me aprieta contra su cuerpo. Le aprieto los muslos y los empujo contra mi cuello, para sentir que me está ahogando. Tiene el cuerpo firme, como si la piel le quedara chica a sus huesos. Me pide que le haga el amor, me dice que seré el primero. Pienso, por un segundo, en las implicaciones de que un tipo de 24 años se acueste con una de 17. Me levanto, con las comisuras de mis labios embadurnadas de ella, empujo y entro.

Acabamos de coger. Alejandra se para al baño y veo su silueta delinearse con la primera luz de la madrugada que se filtra desde la ventana del baño. Veo sus senos, respingados, alegres. Observo la silueta de su figura caminar de puntitas hacia el escusado. La escucho orinar y siento la comodidad de lo cotidiano. Me siento sobrio de nuevo y sonrío. Me acuerdo de la primera vez que tuve esta sensación de absoluta confianza con una mujer. Alejandra sale del baño y se acuesta junto a mí. Toma mi brazo izquierdo y hace que la rodee. Toco su hombro contrario y ella se acurruca en mi pecho. Respiro hondo, mientras aspiro cada uno de sus cabellos. Siento cómo me hacen cosquillas en la nariz.

Antes de dormirme, me entra la duda. Sin separarla de mí y sin dejar de acariciarla decido preguntarle: “¿Ale, sabes cómo me llamo?” Silencio. La siento, impávida, sin ningún tipo de afecto, como si mi pregunta no hubiera tenido importancia. “No”, me responde, escueta. “¿Sabes cómo me apellido?”, pregunto. “No”, me responde. “Me llamo Miguel.” “Ok”, me dice, cansada. Entre las cortinas comienza a amanecer. Un disparo de luz se cuela por un hueco que no medí y me golpea en el ojo, deslumbrándome. Intento dormir. Alejandra empieza a roncar. La dejo ir.

Los mismos ojos

Estoy sentado solo en mi mesa, dándole vueltas a mi cuba con el dedo, cuando mi madre me llama.

—David, vente a despedir de tu abuelito, mi vida.

Me doy la vuelta y camino hacia ellos. A lo lejos, en la pista, todos mis compañeros están o bailando o bebiendo, acompañados. Me acerco a mi abuelo, lo abrazo y lo beso en el cachete.

—Gracias por venir, abuelito.

—Gracias a ti —responde, con ese tono de voz que hace años dejó de ser grave—, por invitarme a tu graduación.

Mi abuelo tose un par de veces. Volteo a ver a mi madre que me hace un gesto pidiéndome que vuelva a abrazar a mi abuelo. Accedo. Mi madre lo toma de la mano y ambos salen rumbo al estacionamiento. Me quedo solo en el salón de fiestas.

Decido caminar alrededor del lugar en un intento por zafarme del aburrimiento que parece aplastarme. No entiendo qué se supone que estamos celebrando. No estamos celebrando nuestra libertad, ni el fin de nuestra vida de estudiantes (nos falta la universidad). No le estamos dando la bienvenida a nuestra adultez. Siempre he creído que las graduaciones no son otra cosa más que un pretexto para emborracharse y juntar, por última vez, a todas aquellas personas con las que compartiste un salón de clases.

Paso cerca de Fernando y Miguel. Los escucho hablar del viaje que harán por Europa. Su vuelo, al parecer, sale pasado mañana.

—¿Ya hablaste con tu papá para lo del departamento en París? —le pregunta Miguel a Fernando.

—Ya, ya. Vamos a vivir cerca de Arroyo, en una calle que te cagas.

—¿Y la renta, güey?

—No tan grave. No tan grave. Dos mil euros al mes.

Continúo caminando, evitando obser varlos. Pienso que si la preparatoria no nos sirve a la hora de conseguir un trabajo y sólo es un medio para entrar a la universidad, ¿qué queda como prueba o ganancia de nuestros años de bachillerato? Concluyo que son las amistades que nos llevamos de las aulas. En ese sentido, a mí me tocó el salario mínimo.

Me recargo en una esquina, pretendiendo observar todo con un aire de distancia. No me arrepiento de no haber sacado nada de aquí. A veces creo que arrepentirme sería como meter las manos al lodo y enojarme porque salieron limpias.

Santiago Hernández pasa a mi lado, de la mano de una chica. Él ni siquiera se graduó conmigo (se salió hace años de la preparatoria), pero aun así está aquí. El solo verlo me molesta. Lo veo girar el rostro y observarme, con un dejo de condescendencia, alegrándose, quizá, de verme solo. Santiago voltea y es detenido por un fotógrafo de una revista de sociales que lo llama por su nombre y le pide que pose. Intento hacer caso omiso, devolviendo mi mirada hacia la pista justo en el instante en el que dos tipos comienzan a golpearse debajo de la tarima en la que se encuentra la banda. Reconozco a uno de ellos. Matías Villegas. Probablemente el tipo más loco que he conocido en toda mi vida. Desde hace años decidí no dirigirle la palabra por miedo a que se tome algo a mal y decida romperme la madre.

Miguel deja a Fernando hablando solo y decide sentarse junto a Andrea, su ex novia. Esta serie de espectáculos la he visto por demasiado tiempo. Años y años de la misma coreografía, en los mismos lugares, con la misma gente. Sé que en unos minutos veré llorar a Andrea. Después, Miguel la abrazará y se la llevará a algún rincón para besarla. Matías se volverá a agarrar a golpes. Fernando se acercará a su grupo de amigos rechazados (aquellos que mantiene separados de Miguel y los demás) y platicará durante una hora de los nuevos videojuegos que salieron al mercado. En una hora veré a Miguel metido en uno de los baños, manoseando a alguna chica que no es Andrea. Más tarde, Pollo, el mejor amigo de Santiago, vomitará al lado de una de las mesas.

De repente, se enciende una pantalla en la esquina del salón. La banda guarda silencio, mientras la directora de mi bachillerato nos pide tomar asiento. Todos obedecen, menos yo. Me quedo parado, junto a la puerta, esperando que todo acabe pronto.

Suena la canción *Forever Young* de Alphaville. En la pantalla aparecen fotografías de cuando éramos niños. Yo y Fernando abrazados en el campo de futbol de la primaria. Arroyo, Quiroz y Matías en el salón de música. Las niñas sonriéndole a la cámara en un picnic del Día

de San Valentín. Yo sentado junto a Miguel —que dejó de ser mi mejor amigo en primero de secundaria— en una banca del colegio. Observo todo esto y me pregunto en qué momento cambiamos. ¿Cuándo dejamos de ser aquéllos para convertirnos en éstos? Una foto mía de preprimaria, junto a Ana —con la que corté hace un par de meses—, aparece en la pantalla. Veo mi rostro y estoy cerca de no poder reconocerme. Es la misma nariz, la misma boca, los mismos ojos y oídos, pero no soy yo. Ese rostro tiene algo que éste simplemente extravió en algún momento. Las fotos de cuando éramos niños dan paso a fotos actuales, en las que yo casi no aparezco. Si alguien quisiera deducir la vida de mi generación a partir de estas fotografías, quizás concluirían que fui un niño que falleció a los doce años y hasta que dejé de existir fui muy querido. No sé qué otra conclusión se podría sacar. Los rostros de estas fotos no parecen decir nada: están ahí, frente al lente, pero están en blanco, observando la cámara como peces a través del cristal de una pecera.

Matías pasa en frente de mí, limpiándose la boca. Un chorro de sangre escurre manchando su camisa. Está repitiéndose a sí mismo una frase: Lo voy a matar, lo voy a matar. Santiago —amigo suyo— camina justo detrás de él. Cuando pasa frente a mí se detiene por un segundo y en silencio me llama puto.

Bajo la cabeza y me abrocho las agujetas. A lo lejos, en una esquina, obser vo a Miguel besando a Andrea. Tomo mi saco y salgo por la puerta. Fernando está sentado en un sillón, claramente borracho, hablando con sus amigos del nuevo PlayStation. Matías azota a un tipo que no conozco contra una pared, escupiéndole un gargajo de sangre en el rostro. Santiago le ayuda, pateando al tipo en los testículos. Decido que mi graduación será mi despedida, aunque sé que, de alguna manera, aquí seguiré estando. Nadie se escapa del pantano.

No saben quién soy yo

She looks like the real thing
She tastes like the real thing
My fake plastic love
RADIOHEAD

Adentro, Gelatao corre por las áridas montañas de Desolace. Por momentos se detiene para crear brebajes verdes y morados, y después reanuda su paso: camina por poblados de centauros y batalla con alimañas gigantescas y mágicas. Su espada es larga y luminosa, radiando, siempre, con un fulgor azul y oro. A su lado ve correr a un par de enanos y a una elfa. Gelatao es un trol verdoso y largo, con amplios y protuberantes colmillos; su melena atada en una cola. Sus ojos son rojizos y su nariz aguileña. Tiene un aspecto que no se decide entre lo tierno y lo imponente. Ahora, sin embargo, no se puede detener para analizarse. Tiene mucho camino por recorrer: Feralas y sus bosques de árboles que tapan el cielo lo esperan. Tiene más de cinco misiones diferentes por terminar. El tiempo apremia y está por caer la noche.

Afuera todo es muy distinto. Está lloviendo en la ciudad de México y Fernando pasa por su cuarto cigarrillo en una hora, como si fuera el primero. Está nervioso, su mirada absorta en la pantalla de su computador. Sus dedos se mueven rápido: saben lo que hacen. Está a punto de lograr que Gelatao (su alter ego, su avatar, su brazo derecho) llegue al tan codiciado nivel 40. De hacerlo, se adjudicará la posibilidad de comprar su montura: gigantescos ráptors en los que podrá subirse y galopar por el mundo de Azeroth, sin necesidad de ir caminando,

lentamente, entre zona y zona.

Fernando cuenta el tiempo que lleva jugando *World of Warcraft*. En total ha jugado más de siete días, rebasando, así, la marca de 150 horas jugadas. No está mal. Por otra parte, ahora puede decir que es oficial: conoce más de la mitad del mundo. Le faltan algunas zonas para niveles más altos, sobre todo en los Eastern Kingdoms, de donde su personaje, Gelatao, no es oriundo. Él nació y creció en The Den: una cueva arrinconada entre peñascos cobrizos en la península de Durotar. Todos los de su raza vienen de ahí. Es un buen lugar para comenzar.

Fernando tiene un par de horas antes de que ocurra el evento más importante dentro de la vida de Gelatao: después de un tiempo de cortejo ha logrado que Leeni, una bella trol, se case con él. La ceremonia se llevará a cabo en la iglesia del Sepulcro, una ciudad erguida entre las tinieblas del bosque Silverpine. Ha invitado a todos sus conocidos: Badrukk, el jefe de su facción; Osangar, un hábil compañero de batalla; Gon, su viejo amigo; y a Wezen, Troc, Cairem, Gelgamak, Soro y Visel. La boda será oficiada por un cura de nombre Malfios.

Fernando ha estado nervioso todo el día. La posibilidad de casarse aún no ronda por su cabeza, sin importar el hecho de que tiene 24 años. Incluso la idea de tener una novia lo pone nervioso: hace años que no sale con nadie. Su grupo de amigos es pequeño y cerrado. Desde siempre han salido sin mujeres y la noción de salir con el propósito de ligar está mal vista. Y no, no es que sean homosexuales (como tantas veces ha tenido que aclarar Fernando a aquellos que se lo cuestionan), simplemente se divierten más cuando están solos y sin novias que se enojen porque se ponen borrachos o porque juegan cartas.

Por lo tanto, *World of Warcraft* ha resultado como una válvula de escape muy eficiente. Aquí adentro su rostro no existe. No tiene patria, no tiene nombre. ¿El único requisito? Hablar inglés y saber las abreviaturas propias del Internet americano. Aquí adentro es Gelatao: un guardia de la horda, un oficial veterano de la facción de Ne Kah Ne Tah, un trol taciturno y solitario que sólo hace equipos con gente que le conviene, aunque esto, cabe aclarar, está muy mal visto dentro de *World of Warcraft*. Como todo juego virtual, las reglas sugieren que el hacerse de amigos es parte esencial de la experiencia. Sin embargo, Fernando ha decidido darle a Gelatao un carácter huraño, casi silente. Lo hace —aunque él no lo sepa— por miedo a ser descubierto. Es un pensamiento mágico, idiota: le teme a que en algún momento escriba algo de más y, de improviso, alguien, en español, se le acerque y le diga: "Ya sé quién eres, eres Fernando Ortega". No podría con eso. Él es Gelatao y Gelatao es él, y en ese sentido es, probablemente, el jugador más fiel de *World of Warcraft*.

Gelatao termina un par de misiones y se detiene a pescar en la bahía

de Desolace, en un muelle. Pescar es una actividad que está muy bien vista dentro de Azeroth, aunque, en realidad, tiene muy pocas ventajas. El tiempo pasa y Fernando se impacienta. Levanta a Gelatao, le quita la caña de pescar y la reemplaza por la espada, para después llevarlo a vender lo que ha pescado. Falta una hora para su boda con Leeni.

Fernando siempre se ha quejado de la falta de expresiones corporales que se le pueden dar a tu personaje dentro de *WoW*. Indicar una expresión es relativamente sencillo. Sólo se necesita teclear el signo de barra diagonal y, después, la emoción que quieres que transmita. Desgraciadamente, piensa Fernando, éstas son muy limitadas. Por ejemplo, no se puede besar, ni abrazar, ni tomar de las manos, o por lo menos no se ve cuando se da el comando. Durante una semana, Gelatao ha quedado de verse con Leeni arriba de un montículo en el bosque de Ashenvale, cerca de la bahía de Zoram. Cuando llegan ahí, Fernando teclea */hug* y en la pantalla de acciones aparece la leyenda: *"Gelatao hugs Leeni"*. Esto hace que Fernando sonría. De hecho, ha sido con Leeni (y solamente con ella) con la que ha podido abrirse y contarle quién es. Aceptó ser mexicano (revelación que le costó *mucho* trabajo hacer) y llamarse Fernando. Le platicó de su papá y su mamá, y de cómo se divorciaron; de la vida en el DF; de su carrera, que parece ser interminable (Fernando cursa el treceavo semestre de Ingeniería); y de sus amigos. Ella se quedaba callada o le preguntaba cosas, pero también guardó cierta información: su teléfono, el estado en el que vive y, más importante que todo lo demás, su nombre. Lo único que sí le dijo fue su nacionalidad (americana) y su profesión: mesera y madre soltera. Al final de cada una de esas sesiones Gelatao se sentía enamorado y, cuando Fernando cerraba el juego, encontraba que él, también, se sentía así. ¿Quién era esta mujer? ¿Quién estaba detrás de ese avatar?

Por las noches —cuando su computadora descansa— Fernando se recuesta a fantasear, durante horas, sobre cómo será Leeni en la vida real. La mayoría de las ocasiones se la imagina rubia, delgada, con las piernas flacas, pero con senos exuberantes. Con el rostro tierno y las facciones muy finas, casi excesivamente delicadas. Se la imagina sirviendo café en un *diner* de algún estado perdido de Estados Unidos (Iowa o Nebraska, quizá) y guardándose la propina en una pequeña bolsa de su uniforme azul cielo. Se imagina a su hija, igual de rubia y con el pelo rizado. Justo antes de dormir pinta una escena en su cabeza (siempre la misma, sin alteración alguna): Leeni (o Michelle, o Jennifer, o Lindsay, quién sabe) entra a su departamento y ahí está Fernando, esperándola en la sala. No hablan mucho. La niña está durmiendo, le avisa Fernando, mientras ella lo lleva hasta su recámara y lo desnuda. Le besa todo el cuerpo, mientras él se mantiene firme, callado, expectante. Ella sólo se levanta la falda y él la penetra, mientras le recita todas sus fantasías y juguetea con sus tetas, sin decidir por cuál

de las dos irse. Una a una, Leeni las va cumpliendo, hasta que su masturbación culmina: eyacula y lo vence el sueño.

Gelatao toma el zepelín, justo afuera de la capital de Orgrimmar, rumbo a Tirisfal Glades, en el continente del Este, muy cerca del Sepulcro. En el camino, Gelatao se contacta (vía *whisper* o mensaje privado) con Cairem, para preguntarle si Leeni está *on-line*. Cairem responde que no la ha visto desde ayer. No es normal, piensa Fernando mientras enciende otro cigarrillo, Leeni siempre entra a las ocho de la noche y ya son las diez y media.

Gelatao desciende en Tirisfal Glades, a diez minutos de su boda con Leeni. Usando todo tipo de atajos y evadiendo a cualquier monstruo que le pudiera quitar el tiempo, Gelatao arriba al Sepulcro, justo a tiempo para la boda. Le manda un *whisper* a Leeni, pero aparece como *off-line*. Todos sus invitados están ahí, sentados entre las tumbas que rodean la capilla.

—*What's up, guys*? —pregunta Gelatao—. *Have you seen Leeni*?

—*No man, haven't seen her. She won't take long. Ladies love to make us wait, ya know*? —le responde Badrukk.

—*Yeah* —responde Gelatao, mientras Fernando, en el mundo exterior, se para de su cama y da vueltas por su cuarto, pisando las revistas que están tiradas en el suelo.

Pasan los minutos y Leeni no aparece. Fernando se impacienta. Los invitados le sugieren que, quizá, no acordaron bien sobre la hora en la que se llevaría a cabo la boda, pero Fernando sabe que no hay cabida para una confusión. Lo planearon durante dos días, sentados en aquel montículo de Ashenvale mientras se "abrazaban" y se daban besos virtuales.

Gelatao decide acabar con la espera y vuelve a mandarle un whisper a Leeni. El mensaje le rebota en tonos rojos: *Leeni is ignoring Gelatao*: Leeni está ignorando a Gelatao: lo cual significa, básicamente, que Leeni dio una orden para que el juego bloqueara cualquier mensaje que él le mandara.

—*It can't be, man. She's ignoring me* —dice Gelatao, a los cuatro vientos para que todos puedan leer lo que dice.

—*That can't be right. Let me talk to her* —replica Osangar.

Fernando espera a que su amigo se comunique con Leeni y los minutos pasan lentos, con el computador ronroneando como hacen las máquinas encendidas. ¿Habré dicho algo mal?, piensa Fernando, mientras idea opciones para encontrarse con ella y hacerla recapacitar.

—*Man, I'm very sorry to tell you this but Leeni says that she doesn't wanna marry you anymore* —le dice Osangar.

—*Why? Did she say why*? —teclea Fernando, con los dedos

temblándole.

—*No. Dude, I'm sorry.*

—*C'mon Os, convince her for me, tell her to stop ignoring me.*

—*She says she won't until you accept that she's not gonna marry you anymore.*

—Mierda.

—*What did you say?*

—*Sorry, man, I mistyped* —teclea Fernando, evadiendo, así, que lo reconozcan como un mexicano—. *Look, where is she? I'll go meet her, just don't tell her this, ok?*

—*Sure.*

Fernando espera mientras Osangar busca, con ayuda de un par de simples comandos, la locación de Leeni dentro de Azeroth (el mundo de *WoW*).

—*Got it. She's at Freewind Outpost.*

—*Cool. Thanks man.*

Y Gelatao parte, apresuradamente, hacia donde Leeni está.

Fernando sabe que encontrar a Leeni no será fácil. El solo hecho de recorrer un espacio de Azeroth te puede llevar treinta minutos y, en total, hay más de veinte de ellos.

Gelatao le manda mensajes a todos aquellos que conoce para que, si la ven, traten de entretenerla el mayor tiempo posible en lo que él llega. Cada que explica la situación, sus amigos le responden mensajes que, para Fernando, son insultantes*: Looks like we have a runaway bride situation here, lol,* dice uno; *Gelatao is ugly, thats why Leeni won't marry him*, dice el otro.

¿Cómo se pueden tomar todo tan a la ligera?, se pregunta Fernando, mientras toma el zepelín de vuelta hacia Orgrimmar. ¿Qué me habrá visto que no le gustó? Quizá hablé demasiado, piensa, mientras se acomoda en su cama, haciendo caso omiso de la puerta de su casa que acaba de ser abierta por su madre.

—¿Fer? —llama su mamá, desde la sala, pero Fernando guarda silencio. No tiene tiempo para esto. Cosas mayores y más importantes están ocurriendo dentro de *WoW*. Pero su madre no se rinde. Fernando escucha el golpeteo de los tacones de su madre y cómo se van acercando a su recámara. Vuelve a llamar su nombre, sin respuesta, hasta que decide tocar la puerta de su cuarto y abrirla.

—¿Otra vez jugando ese juego de porquería? Ya párale —culmina su madre.

Fernando no responde, ni la voltea a ver.

—Hazme caso, Fer.

Gelatao corre para volar desde Orgrimmar hasta The Barrens, vía

quimera voladora. La computadora se atasca. Siempre pasa lo mismo cuando entra a esta ciudad.

—Fernando —vuelve a llamar su madre hasta que desiste y sale del cuarto de su hijo.

Después de poco más de veinte minutos de distintos vuelos, Gelatao llega a Freewind Outpost, un pequeño poblado establecido en la punta de una montaña similar a una aguja. De aquí se puede ver, a lo lejos, todo Thousand Needles, que es la zona en la que se encuentra. Lo único que puede ver a su alrededor son enormes y espigadas montañas cuya silueta se asemeja a enormes hongos polvosos. El paisaje aquí es sumamente árido. Fernando está seguro de que nunca debe de llover en Thousand Needles.

Gelatao busca a Leeni alrededor del poblado de Freewind, pero no la ve. No hay nadie en él, salvo un par de vendedores y el oficial de vuelo. La pantalla emite un sonido que le indica a Fernando que alguien le acaba de escribir. Es un jugador que no conoce, de nombre Jenoside. Le dice que también anduvo con Leeni por un tiempo y que lo dejó plantado en el altar, pero que no se lo tome a pecho: lo ha hecho muchas veces, le asegura, mientras Fernando arde en rabia y contempla la posibilidad de quemarse los dedos con un cigarrillo. No se le ocurre una mejor manera para poder dejar de buscarla.

Gelatao decide escribirle a Osangar, no sin antes mentarle la madre a Jenoside; aunque, cuando lo hace, en la pantalla sólo aparece: *Man, # %&off ok?*

—*Os, a guy named Jenoside just told me that Leeni does this thing all the time, is it true?* —teclea Fernando.

—*Man, how the hell should I know?, I've only known her for a couple of weeks myself* —le responde Osangar.

—*So, you don't know?*

—*No, dude.*

—*Mind telling me where she is now?*

—*Sure, if you want to.*

Fernando siente que Osangar no le quiere dar la información. Sabe que opina menos de Gelatao porque él, en sólo dos semanas, llegó al nivel 50 y que, por su parte, Gelatao lleva más de dos meses y sólo ha logrado tocar el 39. Todo el mundo quiere a Osangar. Todo el mundo le pide y le pregunta cosas. Es más, es sabido que tiene más de 700 piezas de oro en su haber y Gelatao sólo tiene 30.

—*Found her, she's at Un'Goro Crater.*

Fernando sabe que no puede llevar a Gelatao ahí. Los enemigos son demasiado poderosos para él. No duraría ni un minuto ahí. Ésa es una ventaja que Leeni tiene sobre él: ella es nivel 60.

—*Thanks, man, talk to you later* —teclea Fernando, mientras decide jugársela y llevar a Gelatao hacia donde Leeni está.

Gelatao corre a través de Shimmering Flats —un gigantesco desierto circular—, en donde le quedan un par de misiones por llevar a cabo. La tierra en esta zona es blanca como la arena, y no crece un solo árbol. Fernando siente que el ambiente le acomoda. En el mundo exterior, su madre vuelve a llamarlo para que le ayude a abrir una lata de aceitunas, pero Fernando hace caso omiso.

El camino es largo y sinuoso. Por momentos, la computadora de Fernando se traba y le pide que espere en lo que recopila información. Venga, puta madre, musita Fernando, mientras golpetea el teclado con sus dedos. Gelatao por fin arranca y el juego vuelve a fluir: pasa Tanaris (una inmensa bahía cobriza y desértica) y da vuelta hacia el cráter de Un'Goro.

Fernando sabe que tiene que ser cuidadoso: Gelatao no tiene la experiencia para medirse contra los enemigos que plagan esta zona. No podría salir bien librado ni siquiera de una batalla de uno contra uno. Por aquí no existen aquellas calles rudimentarias que ayudan a que el jugador sepa por dónde va. Un'Goro es una zona verde y brillante, pero Fernando no la percibe así: en este momento, para él, no hay lugar más inhóspito que éste. Después de un par de cuidadosas vueltas, decide escribir algo en el canal general, aquel que todos los jugadores se ven forzados a leer. Pregunta por Leeni e, inmediatamente, se percata de su error. Va a irse a otra zona, piensa Fernando, mientras se pega en la cabeza, castigándose por su tontería.

Gelatao sigue dando vueltas, hasta que su presencia es notada por un enorme dinosaurio de nivel 50. Gelatao corre, perseguido por el animal, mismo que va dañando su salud, a ración de un golpe por cada segundo. Fernando sabe que no le queda mucho tiempo. A lo lejos, una figura conocida aparece de entre una hondonada. Fernando lee el nombre: es Leeni. Camina hacia ella, dando largas zancadas. Gelatao pide ayuda, pero ella no responde. Se sigue de largo y el dinosaurio acaba matándolo, justo antes de que Fernando acabe de ordenar un comando: */hug*.

Todos son inmortales dentro de *World of Warcraft*. Puedes morir, pero tu cuerpo revive en un cementerio y ahí tienes que ir a recogerlo. Todo se nubla cuando estás muerto. Los colores del cielo se desvanecen y obtienen una forma circular y concéntrica, como un enorme remolino de nubes negras. El cuerpo de tu avatar se disipa y sólo queda una silueta de humo.

Gelatao aparece en un cementerio desconocido y pide ser revivido en ese mismo lugar. Con el uso de una piedra mágica, logra teletransportarse hasta la ciudad de Thunder Bluff. Fernando vuelve a escribirle a Osangar para que le diga el paradero de Leeni. Su amigo

accede, a regañadientes. Está en Feralas. Gelatao emprende el camino hacia allá. Fernando sabe que no se dará por vencido hasta que logre comunicarse con Leeni.

Gelatao baja y se desplaza por las planicies aledañas a Thunder Bluff, corriendo lo más rápido que puede. La computadora emite un sonido similar al de un timbre. Alguien le está escribiendo a Gelatao.

—*Please, give it a rest* —le escribe Leeni.

Fernando traga saliva, escindido entre una rabia que lo avergüenza y un nerviosismo que no conocía.

—*I won't until you tell me why you did this. Why weren't you at the Sepulcher? Why won't you marry me?* —pregunta Fernando.

—*'Cause, I didn't feel like it. It's just a game, take it easy.*

—*So, what now? We can't even be friends? Why put me on your ignore list?*

—*'Cause I knew you would react this way. I just knew it.*

—*So, you're saying that we can't be friends?* —escribe Fernando, mientras piensa: pinche gringa de mierda, pinche gringa de mierda.

—*I don't know.*

—*Well, could you at least tell me your name, or give me your phone, so we can talk it over?*

La respuesta tarda unos minutos en llegar.

—*Dude, I'm not even a girl.*

Fernando siente cómo se enfría su cuerpo, de abajo hacia arriba. Diminutos calambres le van corroyendo las piernas.

—*What?*

—*Man, my name is Barry, I'm not a waitress, I don't have a kid and I'm not gonna give you my phone number, for god's sake.*

—*You're $%&ing with me, right.*

—*No, dude. That's why they call this role playing, ya know?*

Fernando se levanta de su cama. Camina hasta su clóset y clava sus puños dentro de la madera, hasta hacer que sus manos sangren. Se da la vuelta y, diciendo groserías, coge su computadora y la avienta contra la pared, una y otra vez. Los restos de su monitor emiten breves chispazos. Cientos de diminutos fragmentos yacen desperdigados sobre el parquet.

Fernando escucha a su madre caminar hacia su cuarto. Justo antes de que llegue, cierra la puerta con seguro, limpiándose las lágrimas que suelen brotarle cuando se enoja. Siempre le ha pasado. Cuando decidió enfrentar al niño que le robaba dinero y lo único que sacó del pleito fue una nariz rota. Cuando su papá se fue de su casa. Cuando su única novia se paró de su cama, justo antes de que hicieran el amor por primera vez, dejándolo desnudo y excitado, con el cuerpo extraviado y rojizo.

—Fer, ¿estás bien? —pregunta la cálida voz de su madre, desde el otro lado de la puerta.

—Sí.
—¿Seguro?
—Sí.
—Déjame pasar.
—Que no, carajo.
—Está bien. Si quieres hablar, estoy en mi cuarto.

Su madre regresa a su cuarto y Fernando guarda silencio. Se da la vuelta y siente el crujir de los restos de su computadora debajo de las suelas de sus zapatos. Una mosca se cuela por la ventana y se detiene en el borde de la boca de un casco vacío de cerveza. Fernando la observa, hasta que ésta se echa a volar, llenando el cuarto con un zumbido no muy distinto al que emitía su computadora cuando estaba prendida, y no había nada más que atender.

El despertar le sabe amargo, como si la luz del día vertiera pequeñas gotas ácidas en sus ojos. Fernando se para de su cama y se astilla el pie con una parte resquebrajada de su computadora. Los restos aún yacen en el piso. El cenicero está lleno, percudido de colillas y ceniza apestosa.

Fernando se viste, desayuna un durazno y se va. Tiene clase de Microeconomía. Qué hueva, piensa, mientras recorre el empedrado que lo llevará hasta los puentes de Santa Fe y, de ahí, hasta la Universidad Iberoamericana. Llega a la escuela, aún sin haber despertado por completo. Se siente mareado, en blanco, pesado. Abre la puerta de su salón y se sienta en la misma banca de siempre: la de hasta atrás.

No han pasado veinte minutos de la clase y Fernando comienza a sentir una comezón insoportable. Es un ardor interno que le impide quedarse sentado. Su mirada gira alrededor de los cráneos de sus compañeras. Imagina, en cada una de ellas, el rostro de Leeni: aquel rostro inexistente, que ahora no es más que un conjuro de su cabeza, una gigantesca burla. Imagina la sencillez de su vida virtual aplicada a este mundo, que le parece tan distante: qué fácil sería tomar de la mano a una de estas chicas, si tan sólo vivieran dentro de Azeroth. Pero no es así. Fernando lo sabe, y se desespera. Las ve a todas como imposibles, y las detesta por eso. Viejas putas, piensa, con un aire de dignidad, mientras se enorgullece de que ellas no saben quién es él. No conocen a Gelatao y sus centenares de batallas. No saben lo heroico que es. No saben que fue él quien mató al enorme yeti blanco y los tres druidas dentro de Wailing Caverns. No tienen ni la menor idea de que apenas ayer estuvo a punto de casarse. ¿Quién, de todas ellas, puede presumir tal experiencia?, se pregunta, mientras sus consideraciones van sedando su molestia.

Ni quién las quiera, piensa Fernando, mientras frunce el ceño. El profesor habla acerca de costos y microeconomía, pero a él no le interesa. Hoy se gastará el resto de sus ahorros, lo ha decidido. Comprará una nueva computadora, mucho más rápida y eficaz. Instalará *World of Warcraft*. Pero no jugará con Gelatao. De entre los peñascos cobrizos de Durotar saldrá un nuevo guerrero: se llamará Kaleval (suena bonito, piensa Fernando, mientras garabatea su nombre en la parte trasera de su cuaderno) y será un orco amigable y platicador. Tendrá una espada larga y ancha, barba frondosa y la piel grisácea. Fernando se dormirá hasta las cuatro de la mañana y faltará a clases, lo que le valdrá su sexta falta en dos materias y la consecuente revocación de su examen final. No importa. Soy un guerrero de la horda, piensa Fernando, respirando aire que le sabe nuevo: soy el más inteligente, el más valiente, el más hijo de puta. Y sólo yo lo sé.

Conversación

"Esa vieja es una puta." Escucho el comentario, se resbala y cae. Ningún comentario parece haber tenido menos eco. "Sí, es una enorme puta", me dice el primo de este tipo al acabo de conocer, creo que se llama Marcos. "Es un naco, este cabrón", me susurra Marcos, refiriéndose a su primo, que es de San Luis. "¿Sabes cómo es su cuerpo güey? Es como un costal de canicas...", se ríe. "Me cae..." (Traen dos cubas más y pasa una mujer que pinta caricaturas.) "¿Cómo te llamas?", le pregunto al primo. "Luis." "Ah" (Luis toma de su cuba). "Tú ya formas parte del club, ¿sí o no, güey?", me pregunta. "¿De qué?" "Tú también te la cogiste." y yo guardo silencio. "¿Este güey también se la cogió? No me chingues." "¿A dónde vamos a ir después de esto?", pregunta el amigo del primo. No le responden. "Entonces, ¿sí formas parte del club?" Callo. "Es que es una sucia esa vieja." "¿A dónde vamos a ir?" El tipo que acabo de conocer (¿Marcos, era?) lo ve de reojo, regresa su mirada a su cuba, escupe un gargajo de saliva espesa en el piso y me ve a los ojos, "es un naco" susurra, "es un pinche naco provinciano". "Estás sobrio Matías, chíngate una cuba", me sugiere el Trampas, mi cuate. "Entonces, ¿ya formas parte del club?" Guardo silencio mientras le pido al mesero que se acerque. "¿Qué se le ofrece?" (acento español: áspero, sólido). Le pido una cuba. "Vamos a ir a un antro que queda por el Santiago Bernabeu: lleno de colas treintañeras", dice el primo. (Vuelve a pasar la caricaturista, cabizbaja y, a lo lejos, un barbudo con voz rechinante intenta entonar *Let it be*; pasan dos gringas de medio pelo y el aliento a ron del amigo del primo me llega hasta los sesos.) "Un ron con cola", y el mesero se va. "Mat, ¿te cogiste o no a la Canicas?", el Trampas inquiere. "Puta, es una puta", dice el primo y las letras se le tropiezan

unas con otras. “Guanga, la hija de la chingada”, replica el recién conocido. Se ríen los dos a estruendos. Me traen mi cuba y la bajo a más de la mitad de un trago. Por poco regresa. Trago con fuerza. “¿Entonces ya eres del club?” (lo miro fijamente y sus ojos caen hacia el piso, como si sus párpados fueran de plomo). “¿A dónde vamos a ir?” (“Naco jodido” me susurra una vez más, “provinciano de mierda”). Me acabo mi cuba, pido otra con la mano mientras el Trampas le marca a unas amigas que creo que van a ir a Gabana: “¿Qué pedo pinches locas, dónde andan?” “Esa vieja era una puta, pero, a huevo, tú te la cogiste, yo también: ha pasado por todos, tocando vergas y mam_” “Ah, esa vieja, putérrima, ya sé de quién hablas” (dice el primo). “No pendejo, hablo de la misma, de la...” (el recién conocido chasquea sus dedos tocándose la frente) “.mierda, ya se me olvidó el nombre, pero puta era”. “¿Y ellas van a salir o no.?” (el Trampas se rasca los huevos y se acomoda el cigarro en la boca mientras sigue hablando por celular). “¿A dónde vamos a ir?” “Entonces, ¿sí eres parte del club?” (lo veo a los ojos y de nuevo pienso en responderle aunque no hay respuesta porque no hay pregunta. Pienso en su nombre. ¿Cuál era?). “¿Cómo te llamabas?” “Luis.” “Ah...”

Archivando

Salimos, borrachos, del último tren de la estación de Breguet Sabin, en París. Santiago y Arroyo a duras penas pueden caminar. Yo y Miguel caminamos al frente, intentando no caernos.

—¿Dónde chingados es esta puta fiesta? —pregunta Arroyo, trastabillándose con las consonantes.

—Como a dos cuadras de aquí —respondo.

—Fer, no digas pendejadas.

Me río, intentando entender el comentario. Estoy cansado y no tengo ganas de ir a la fiesta. En la tarde dejé una película pornográfica descargándose en mi computadora. Verla me parece un mejor plan que ir a donde vamos.

Seguimos caminando por la estación vacía. Volteo hacia el andén y veo un enorme letrero de cinco cuervos parados sobre un cable de luz. Atrás de ellos hay un cielo azul, sin una sola nube. Todos parecen estar viendo a un lugar diferente, pero supongo que tienen el mismo propósito, sea cual sea. O quizás no tienen ninguno. Sólo viven ahí, parados en el cable, viendo pasar los trenes, repletos de personas con un itinerario, con un lugar adonde ir. Creo —porque, a pesar de las clases, no hablo francés— que el anuncio es de una compañía telefónica. Hay un cuervo en particular que parece estar viéndome. Parece, porque uno nunca sabe hacia dónde ven los pájaros: están incapacitados para ver de frente.

Seguimos caminando, empujándonos contra los muros de la estación. Arroyo se baja los pantalones y empieza a brincar. Miguel se ríe. Gritamos y corremos, arrancando los anuncios que pegan en las paredes del metro, hasta que nos encontramos con un pordiosero justo

a la salida del túnel sentado sobre una cobija y frente a un póster de la nueva película de Tom Cruise. El viejo nos extiende la mano.

—Putos franceses —comenta Miguel, señalando el póster—. Subtitulan todo.

—Ésos son los españoles, idiota —le dice Arroyo.

El pordiosero nos dice algo en francés, pero nuestras clases claramente no han servido para nada: nadie de nosotros le entiende una sola palabra. Santiago se acerca al viejo, se agacha y lo ve de frente. El viejo inclina su rostro de lado y cierra los ojos, murmurando cosas.

—¿Qué tanto dices, puto? —le pregunta.

Arroyo se sube los pantalones y se ríe. Yo también, aunque no sé por qué. Santiago se para y comienza a bailar frente al pordiosero, imitándolo, intentando hablar en francés.

—Ya déjalo, güey —le dice Miguel, siguiendo su camino hacia arriba.

La escena me parece ajena, como si formara parte de algún video de Internet. Me lo imagino en algún sitio de la web: "Cuatro tipos en un metro en Francia se ríen de un pordiosero". Santiago sigue bailando y Arroyo continúa riéndose. Escucho algo. Me pego a la pared y me hinco. De atrás del viejo sale un pequeño cachorro mestizo. El animal camina hacia mí, moviendo la cola. No sé cómo tocarlo, ni acariciarlo. El perro se para en dos patas y rasguña mi rodilla. Se ve famélico. El viejo voltea y me observa, haciendo el mismo gesto: inclina el rostro sobre su hombro, cierra los ojos, parpadeando rápidamente, y extiende sus manos hacia el perro. Santiago se da cuenta de que ya no es el centro de atención y camina hacia mí, levantando, con una mano, al cachorro de la nuca.

—¿Es tuyo? —le pregunta al viejo. Este último parece no entender la pregunta. Sólo manotea y continúa musitando en francés.

—¿Es tuyo, cabrón? —vuelve a preguntar Santiago.

—Güey, obviamente es suyo —replica Miguel.

—No te pregunté a ti.

Miguel guarda silencio, mientras Santiago continúa preguntando. Arroyo toma asiento en uno de los escalones de la estación, claramente ebrio, poniendo la cabeza entre sus piernas. Yo me alejo y observo la escena. Todo es mejor de lejos.

—¿Es tuyo? —repite Santiago, tomando al perro del cuello y acercándolo y alejándolo del viejo, una y otra vez, como si el animal (que no ha dejado de aullar desde que lo levantó) fuera un anzuelo y el pordiosero fuera un pez.

—Yo creo que me lo voy a llevar —conmina Santiago.

—No mames, dale su puto perro, güey —le pide Miguel.

—¿Desde cuándo eres tan joto? —pregunta Santiago.

—Nada más dale el perro.

Arroyo levanta la cabeza y dice algo, pero no entiendo qué. Santiago toma al cachorro en sus brazos —con cierto asco— y camina hacia la salida del túnel. El viejo levanta la voz, intentando ponerse de pie, mascullando palabrería indescifrable. Las luces de la estación titilan un par de veces y escuchamos cómo empieza a llover afuera. Santiago se detiene al pie de la escalinata, mientras el viejo se mantiene abajo, levantando las manos, visiblemente alterado. Miguel decide dejar de insistir y sale de la estación, rumbo a la fiesta.

—¿Lo quieres? —le pregunta Santiago al viejo, tropezándose con el último escalón y recargándose sobre el barandal justo antes de caerse.

Santiago toma al cachorro y lo avienta hacia abajo. El animal vuela a través de la escalera, moviendo sus patas, dando un par de torpes maromas en el aire. De milagro, cae sobre el regazo del viejo, que lo toma en sus manos, apretándole el pellejo, cerciorándose de que está vivo. Luego lo pone sobre el piso. Arroyo vuelve el estómago y el charco de vómito se esparce hasta llegar a los pies del cachorro, que se agacha y lo bebe.

Decido salir, antes de que el olor me llegue. En el camino, el viejo extiende su mano y se prende de mi pantalón. Con un movimiento brusco, me suelto y troto hasta arriba. Santiago está afuera, mojado, intentando prender un cigarrillo bajo la lluvia. Volteo hacia abajo y veo a Arroyo quedándose dormido en el escalón, mientras el viejo se mueve, evitando ser tocado por el vómito y llamando a su cachorro.

—¿Qué hacemos con Arroyo? —le pregunto a Santiago.

—No sé. Es mi último día en París. No lo voy a estar cargando.

—¿Entonces?

—Que se chingue —me dice Santiago, apretando el rostro.

Archivo la imagen de Arroyo en la escalera; del pordiosero y su perro. Archivo la imagen de Santiago, fumando, después de aventar a un animal por una escalera. Archivo mi reflejo en la ventana de una tienda de kebabs de la otra esquina. Archivo la imagen de Miguel, dando la vuelta en una calle, a lo lejos.

—¿Dónde era la fiesta? —pregunta Santiago.

—Por allá —le respondo, señalando una calle.

Y nos vamos.

Mañana estaré bien

But I'm more than just
a little curious,
How you're planning to go
about making your amends
To the dead
To the dead
A PERFECT CIRCLE

Hay lugares que nos quitan la piel. Los hoteles, los aviones, los aeropuertos, los hospitales. Matías tiene, por primera vez, la sensación de que está viviendo en uno de ellos.

¿Qué hay ahí que represente una experiencia tan distinta a lo común? Su capacidad radica en que nos despojan de todo aquello que nos planta en nuestra vida diaria. Nos enfrentan, de una manera u otra, a situaciones que desconocemos. Nos hacen abrirle la boca a la muerte, verla de frente; despedirnos de alguien que amamos: ver ese último retazo de cuerpo escaparse por una gris pared de aeropuerto; recibir vida: una nueva piel: anexa a la nuestra (como si ahora fuéramos dos y no uno); recibir a aquel que partió y los abrazos y los besos y el regalo (la bienvenida); nos obliga a darnos batalla a nosotros mismos: resistir la soledad (soportarnos); suspender el tiempo, perder las manecillas (¿Qué hora es? ¿Dónde estoy? ¿De quién es esta cama? ¿Dónde está esa nuca que me da los "buenos días"?) y las horas pierden su nombre y ahora (¿qué son?) nos resultan intercambiables.

Tener que ver hacia un costado y aguantar la presencia de otro tipo

al que no conocemos, y compartir, de paso, todo aquello que es sólo nuestro: el vaivén de nuestro sueño, uno que otro ronquido, cómo nos acomodamos las piernas y los testículos, cómo olemos después de ir al baño. Y la realidad sólo escapa como un pedazo de papel fugitivo entre edificios de algodón a través de una diminuta ventana de doble barrera. La comida no es comida, caminar es ajeno (flotar, quizás), dormir es incómodo. Esto en los aviones, por no hablar de los aeropuertos, los hoteles, los hospitales (blancos como la ausencia de la ausencia).

Si Matías pudiera, hoy en día, no volver a pisarlos jamás, lo haría. Pero vive (aunque él no lo sepa) abandonado de su misma piel, estando sin estar. Con aquel sentimiento sedado de un hospital. Con esa expectativa que merece un aeropuerto, el instante del despido prolongándose así como si esa melena que se ve por última vez en esa gris pared aeroportuaria fuera la suya y contara, uno por uno, sus cabellos (desde su hogar diciéndose adiós, desde su nuevo lugar viéndose aparecer). Con esa incomodidad del ser humano ajeno que siempre brinda un avión y, sobre todo, con la capacidad del hotel de empujarte hacia fuera de sus sábanas (aquí no perteneces), donde todo parece prestado y no lo queremos como nuestro, y los minutos dejan de serlo, ¿qué son sino símbolos de aquel momento donde existía el tiempo? Ahora se deforman lánguidos; son un asunto del pasado, del futuro y del presente (una contradicción andante), ellos, que siempre tienen la misma cantidad de tiempo, medida en tiempo, medida en tiempo, pierden valor y ahora duran lo que se les da la gana.

Desgraciadamente —aunque ésta sea su penúltima parada— Matías tendrá que permanecer en este aeropuerto por, al menos, dos horas más. Son las ocho de la noche en el aeropuerto de Barajas en Madrid y su vuelo hacia la ciudad de México está demorado.

Matías toma asiento en una de las sillas de plástico, justo enfrente de su sala de abordar. Es el único sentado ahí, pero no le molesta: está acostumbrado a la soledad de los aeropuertos. Matías abre su mochila y mete la mano, esculcando sus contenidos. Hay tres revistas en el fondo de su morral amarillo: una, la *People Magazine*, con la portada rota; otra, la *GQ* del mes pasado, con manchas húmedas de Cocacola (cortesía de un vecino de asiento de su último vuelo); y la última (una revista británica de música) ya la ha leído tres veces desde que salió de Estocolmo. Nadie puede culparlo: después de ocho horas de vuelo (Estocolmo a Londres, Londres a Madrid) los materiales de lectura de la gente tienden a acabarse. Sobre todo si a la persona en cuestión no le gusta leer libros y lo único que devora (con gusto) son las revistas de moda y cine.

Matías se levanta de su asiento. Las piernas le duelen. Aún resienten las ocho horas que tuvieron que estar dobladas por culpa de un asiento de avión demasiado pequeño. Se estira y sacude sus piernas, con

torpeza. Están dormidas. Pero no puede darse el lujo de sentarse de nuevo. Tiene que caminar hasta un teléfono que le quede cerca y marcar a México, para avisar del retraso de su vuelo. Después de unos cuantos metros, encuentra el teléfono. Descuelga, usa su tarjeta para llamadas internacionales (todavía sirve), sigue las instrucciones y recibe el tono de pendiente. Una voz contesta del otro lado.

—Bueno —es su hermana, Jimena.

—Bueno. ¿Jimena?

—Sí, ¿qué pasó Mati? —pregunta, con una voz cansada, como si sus cuerdas vocales se hubieran estirado de más.

—Nada. Nada mas quería avisarles que se retrasó el vuelo.

—No jodas, Matías. ¿Cómo que se retrasó?

—Sí, se retrasó dos horas, debo llegar ahí como a las dos de la mañana.

—Pues apúrate…

—¿Cómo le hago para apurarme? ¿Me explicas, por favor? Esto no tiene nada que ver conmigo, carajo, se retrasó el vuelo… —replica Matías, con tono de hartazgo.

—Está bien, está bien. Nada más…

Por un segundo, Matías piensa que su hermana se va a soltar a llorar. O le va a mentar la madre. No sabe. Cualquiera de las dos posibilidades le parece desagradable y preferiría ahorrársela.

—Nada más vente para acá, ¿ok?

—Sí.

—Órale, bye.

—Bye.

Matías cuelga el teléfono, deja su mochila en el suelo y se recoge el cabello en una cola de caballo. No tiene el pelo suficientemente largo, así que le queda mal. Pero le incomoda traerlo suelto. Observa su reloj: faltan dos horas para que salga su vuelo. ¿Qué haré, qué haré?, se pregunta Matías, mientras piensa en sus alternativas. Sabe que puede sentarse en algún bar del aeropuerto y emborracharse. No le costaría trabajo: el alcohol que consumió ayer aún se revuelve en su estómago, como una fogata que en cualquier momento puede volver a encender. Sabe que puede comprar alguna revista pornográfica y masturbarse en el baño. Pero sería muy complicado: Matías tiene los genitales sumamente resentidos gracias a un maratón de cinco acostones que se echó con una inglesa en Estocolmo. El solo roce con sus jeans le arde. Decide que el bar es la mejor opción.

Después de caminar por lo que le pareció como un kilómetro, Matías encuentra un diminuto bar, entre tres tiendas de revistas que están a punto de cerrar. Los pasillos del aeropuerto le parecen más largos que antes, sobre todo ahora que se van vaciando lentamente. Matías toma asiento junto a un hombre de unos 40 años, barbado,

español y con halitosis. Pide una cuba y prende un cigarrillo, haciendo caso omiso a los letreros de no fumar.

Le sirven la cuba y Matías revuelve el contenido hasta estar seguro de que la mezcla es homogénea. No le gusta dar tragos de pura Cocacola, así como tampoco le gusta dar tragos de puro ron.

—Joder, chaval —le llama el español—. ¿Ron? Que te pongan un whisky.

Matías lo ve a él y al cantinero, que parece esperar que el español le invite un whisky al joven mexicano.

—Así estoy bien, gracias —responde Matías, con voz levísima.

—Pues no te ves bien.

Putos españoles metiches, piensa Matías, mientras le da un buen sorbo a su ron, tragando saliva espesa en azúcar y alcohol.

—Cuéntame, tío, ¿a dónde vas?

—A México.

Matías espera que esta respuesta sea la última que tenga que dar.

—Ah, ¿eres mexicano?

—Sí.

—Pues no pareces —le dice el español, con voz áspera y aliento denso, hundido en Johnny Walker.

—¿No? —pregunta Matías, sin verlo a los ojos.

—No, no. Joder, los mexicanos son parecidos a los sudacas, ¿sabes? Tienen la piel bronceada.

—Ah, pues sí soy mexicano.

—¿Y qué? ¿Vas de regreso? ¿Viajaste por acá?

—No. No exactamente.

—¿Entonces? —pregunta el español, tropezándose con las consonantes.

—Pues, viví aquí en Madrid por dos años, después me fui a Londres y acabo de terminar un viaje por Europa del Este y Escandinavia.

—¡Joder! Chaval, debes ser millonario.

Matías suelta una risilla incómoda. Piensa en aceptarlo: tengo chingos de lana, pinche gachupín pedo. Pero se resiste. Tiene que practicar la humildad, aunque no le plazca. Pide otra cuba, más cargada.

—No me va mal —responde.

—¿Trabajas?

—Trabajé.

—¿Aquí?

—En todos lados —culmina Matías, escueto, intentando terminar, de una vez por todas, con esta conversación idiota.

—¿Y por qué regresar ahora?

—Porque se está muriendo mi perro, ¿está bien? —responde Matías, viendo a los ojos al español. Un mexicano reta con la mirada y Matías

siente que es el momento de hacerlo. El señor español no da acuse de recibo. Percibe la respuesta como algo muy honesto. La mirada la interpreta como un acercamiento.

—Pues, qué pena.

—Sí, qué pena.

Matías bebe su segunda cuba de un trago y el mareo lo golpea de manera inmediata, fulminante. La agradece y sonríe, mientras pide otro trago y avienta un billete de 20 euros hacia la barra.

El español guarda silencio, mientras balbucea y musita frases inaudibles para Matías, que revuelve su tercera cuba y se detiene a pensar en su cama en México. ¿Cómo estará, después de tanto tiempo? ¿Habrán quitado mis pósters y mis camisetas de futbol de la pared? Tiene curiosidad, pero contiene el entusiasmo y se reprime por tenerlo, aunque fuese así de fugaz. Eso no es motivo para estar contento, piensa.

A los 21 años, Matías vivía en casa de sus padres y estudiaba Ingeniería industrial, tenía una novia (Sofía) con la que se llevaba bien, pero algo le faltaba. Libertad, quizás. O eso pensaba. El hecho es que estaba harto de las mismas cosas: estaba harto de tener que ver a su novia todos los días, de tener que llegar a una cierta hora, de ver a las mismas personas todos los fines de semana, de conectar mariguana con el mismo *dealer*, emborracharse en los mismos lugares, agarrarse a golpes con las mismas personas. En suma, estaba harto de la monotonía de la vida en la ciudad de México. Decidió irse de intercambio a Madrid, junto con otro amigo suyo: Roberto, el Trampas, Martínez.

Como compañía, el Trampas le sirvió por un rato, pero terminó hartándose de él. Por lo tanto, cuando su amigo decidió regresar a México después de haber vivido seis meses en Madrid y de haber salido todos los días y haberse despertado, siempre, a las cinco de la tarde, Matías no sufrió en lo más mínimo. Al contrario, lo tomó como su declaración de independencia. A la chingada con el Trampas, nunca pudo llevarme el paso.

Matías decidió quedarse otro semestre en Madrid. Esos seis meses se convirtieron en seis más, y en seis más. Hasta que cumplió dos años de estancia, mismos en los que no vio a su familia ni un segundo; a su novia le prohibió venir a visitarlo. También optó por darse de baja de la carrera e intentar —con ayuda de unos nuevos amigos españoles— cogerse a la mayor cantidad de sudamericanas posibles. Su padre siguió mandándole dinero, a falta de alternativa.

Al cabo de dos años de vivir en Madrid, Matías, finalmente, decidió darle la noticia a sus padres: iba a volver a estudiar. Con ayuda de un amigo escocés, había encontrado una escuela que daba diplomados en artes plásticas (su *hobby*, que le duró muy poco) y había decidido irse para allá. Su papá, quien siempre esperó que su único hijo varón fuera igual de exitoso que él, lo tomó como un buen augurio. Decidió

financiarle su viaje. Dos semanas después, estaba instalado en una calle —muy cerca de Trafalgar— en Londres, en un departamento amplio y amueblado (mucho mejor que el que tenía en Serrano) y con el prospecto de estudiar dos diplomados en el curso de un año.

El gusto le duró poco. O, más bien, el disgusto. Matías cayó en la cuenta de que las artes no eran lo suyo, así que decidió darse de baja, sin avisarle a sus padres, y entrar de cantinero en un pub que estaba cerca de Notting Hill, justo debajo de Hyde Park. Invitó a dos holandesas, un sueco y un argentino a vivir con él. A las holandesas las corrió después de que una de ellas se dio un pasón terrible y a la otra —su pareja— le diagnosticaron herpes. Matías se quedó con el argentino y el sueco (que terminó por aceptar su homosexualidad, entre mariguana y éxtasis). Vivió un año allá.

Sin embargo, terminó hartándose de Londres. Decidió irse a viajar por Europa del Este y Escandinavia, no sin antes comunicarle a sus padres que se había dado de baja. No lo tomaron bien. Su padre lo insultó por teléfono, mientras Matías escuchaba los gemidos impotentes de su madre. Le dijo cosas que lo hicieron despreciarlo aún más: eres el peor error de mi vida, Matías. A lo que él respondió con silencio. Estaba feliz de haber roto el esquema que su padre le había marcado. Estaba feliz de ser un trotamundos: de haber abandonado la anodina carrera de Ingeniería; de ser distinto a sus pobres compañeros de prepa; de haber vivido tantas cosas y haberse cogido a tantas viejas. Su padre nunca lo entendería. ¿Cómo lo podría llegar a entender un tipo que la primera vez que salió del país fue a los 25, cuando por fin le alcanzó para un boleto de avión?

Hace una semana, Matías recibió una llamada urgente de su hermana, la única de su familia con la que sigue en contacto. Matías estaba en Praga, regresando de un antro de cinco pisos. Al oír lo que su hermana le tenía que decir no pudo más que aceptar regresarse a México. Terminó su recorrido en Suecia (para que lo esperaran un poquito más, ¿por qué no?) y, de ahí, compró el primer boleto que pudo.

Suena una voz femenina y monótona desde el intercomunicador del aeropuerto. Matías para la oreja esperando que le den la buena nueva: en unos minutos estará abordando el vuelo 752 con destino a la ciudad de México. La transmisión se corta y después reanuda: "Lo sentimos, debido a problemas con el clima, el vuelo 752 con destino a la ciudad de México se verá retrasado por cinco horas. Agradecemos su paciencia."

Matías se mantiene en su asiento, impávido. Se empieza a enojar: casi puede sentir de qué manera su temperamento se enciende como un fósforo. Ese temperamento que más de una vez lo ha transformado en alguien al que no puede reconocer frente al espejo. No era así de

niño. Su mal humor lo ha ido creando, minuciosamente, a lo largo de varios años. Esta vez, sin embargo, sabe que no tiene a nadie a quien culpar por el hecho de que se tenga que quedar cinco horas más en este aeropuerto. Voltea a ver si está el español, pero se ha parado al baño. No tiene a nadie que le ayude a descargar su molestia. Rendido, deja su cuba a la mitad, recoge sus cosas y trota hacia la puerta de salida. Ahí, detrás de un mostrador, encuentra a dos encargadas de Aeroméxico, las primeras mexicanas que ve en meses.

—¿Cómo es eso de que se retrasó cinco horas el vuelo?

—Sí, joven, no se preocupe, es por su seguridad.

—¿Por mi seguridad? ¡El vuelo debería haber salido hace más de dos horas!

—Sí, sí… pero estas cosas no tienen que ver con nosotros.

—¿No? ¿Entonces con quién tienen que ver?

—No sé —le responde la encargada, buscando una respuesta—, con nosotros no.

—¿Y no hay otro vuelo que pueda tomar? Me urge llegar a México.

—No, joven. Acabaría llegando más tarde que si se esperara las cinco horas.

Matías hunde su rostro entre sus manos, rasgándose las mejillas y tirando de sus párpados. No puede creerlo. Por un segundo se le cierra la garganta, pero logra contrarrestar el amarre del llanto con un gemido de molestia. Quiere gritarle a la encargada. Subirse a cualquier avión que lo ayude a brincar el océano que lo separa de su casa. No está ni allá, ni aquí, y esa falta de definición lo perturba. Siente como si hubiera dejado de existir momentáneamente, colapsándose —encerrado— en una burbuja atemporal. La encargada percibe la molestia de Matías. Evade su mirada y mueve sus manos entre un fajo de papeles, intentando inventar una excusa para que el joven mexicano se dé la vuelta y se siente, se duerma y espere.

—¿Sabe qué podemos hacer? —sugiere la encargada—, le puedo dar un pase para el salón VIP y un par de cortesías para el restaurante.

—Está bien —responde Matías, de mala gana, arrebatándole los boletos a la encargada, mientras recoge su mochila y camina hacia el salón para miembros platino.

Caminando por el pasillo del aeropuerto, Matías obser va a una chica que le parece conocida. Iba con él en la preparatoria, pero no recuerda su nombre. No puede creer que no se acuerde de cómo se llamaba. Hace un par de meses, mientras caminaba por Londres, reconoció a un compañero suyo del kínder y se acordó de su nombre. Pero no puede recordar a nadie que haya conocido de los 15 en adelante. Parece que su memoria dejó de guardar archivos en el instante en el que se volvió adolescente.

Andrea, piensa Matías, mientras esquiva la mirada de la chica que acaba de reconocer. No quiere que nadie lo vea, ni lo salude: no va con el momento. El sentimiento del anonimato lo lastima, pero también lo motiva y alimenta. Está convencido de ser un ciudadano del mundo, y ellos no tienen conocidos. Sólo guardan trozos de recuerdos, anécdotas amputadas: historias tan agujeradas que necesitan ser repletas de mentiras. Matías tiene miles en su haber.

El salón VIP está vacío. Matías entrega su pase (que la encargada en cuestión observa con un escepticismo que raya en el análisis científico) y entra. Lo primero que hace es marcar por teléfono a México.

—¿Bueno? —es su madre.

—¿Bueno? ¿Má?

—Te paso a tu hermana.

—Ok.

—¿Qué pasó, Mati? —pregunta Jimena, esperando alguna mala noticia.

—Jime… estoy desesperado. Retrasaron el vuelo otras cinco horas.

—Matías, no friegues. Ya dime la neta, te quedaste empedando en Madrid con algún conocido tuyo.

—Te juro que no.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada, te estoy diciendo la verdad.

—Matías… está muy mal, no creo que aguante mucho tiempo.

—¿Qué tan mal? —pregunta Matías, un tanto pueril.

—Mal, Matías, muy mal. No despierta.

—Dile que me espere, Jime.

El silencio invade la sala. Pasa un ejecutivo obeso mascando cacahuates. Un hombre trajeado duerme sobre sus propios brazos, arrumbado en una cama que improvisó usando dos sillones. Un avión despega, rugiendo: dos luces rojas y titilantes desaparecen entre la absoluta oscuridad.

—Yo le digo, Mati.

—Está bien.

—Un beso.

—Otro.

Matías cuelga el teléfono y siente cómo su mano se queda adherida al auricular, como si, por arte de magia, lo fuera a transportar a su casa. Esto no es mi vida, piensa, queriéndose convencer de que no es él quien está a la mitad de este hueco.

Decide caminar hacia la barra y servirse una cuba: tres cuartas partes ron, una mitad de agua mineral con Cocacola. Matías quiere fumar, pero no puede, y esta vez, al intentar sacar un cigarrillo, es un policía el que se le acerca para pedirle que se dirija a la sala de fumadores. Matías

termina accediendo. Sale de la sala y deambula por el aeropuerto por media hora, intentando encontrar la sala de fumadores. Hace frío y no trae sudadera; sin embargo, está sudando. Su cola de caballo se ha desanudado y su pelo golpea, como un péndulo, sus mejillas. Sabe que no huele bien. Imagina que las otras personas lo ven como él observaba al español que no cesaba de hacer preguntas. Camina con las piernas arqueadas, intentando evitar que sus genitales toquen su mezclilla (cada roce viene acompañado de una sensación similar a la de cortarse con una navaja).

La oscuridad se dilata y, con ella, los pasillos se alargan. Matías obser va las señalizaciones, confundido. Un letrero que indica dónde está la sala de fumadores apunta hacia el norte. Luego hacia el sur. Luego hacia la derecha. Finalmente, después de varias vueltas, Matías la encuentra. La única dentro del cuarto de cristal es una señora de color, que dormita con un cigarro en la mano. Trae un vestido púrpura, cuya abertura deja entrever sus piernas gordas y repletas de celulitis. Matías siente que sus testículos se encogen, de forma súbita. No obstante, la necesidad de nicotina resulta ser mayor que su asco. Abre la puerta, inhalando el aroma rancio de 200 tabacos concentrados en una diminuta recámara de vidrio. La ventilación corre a tope, emitiendo un ronroneo ensordecedor. Matías se sienta, saca su cajetilla y, tras varios intentos, prende un cigarrillo.

Matías piensa en las posibilidades de morir si se queda encerrado (o dormido) en esta cabina. ¿Se darían cuenta que han muerto, él y la señora? Si muriera tendría que ser Jimena (y no él) quien viajara hasta el otro lado del Atlántico. La imagina en su lugar, encerrada en un cuarto de fumadores, con un inmenso señor moreno con la bragueta desabrochada.

Matías decide divertirse un rato. Cambia el papel de su hermana por el de Andrea, la chica que reconoció, hace unas horas, en algún lugar del aeropuerto. Y después cambia el papel del señor por el suyo. Andrea se acerca a él y le mama la verga, sin contemplaciones, ni preámbulos. Matías la toma del cabello, sintiendo el grueso pellejo que descansa justo debajo de su nuca. No la fuerza, ni la empuja. Deja cualquier acto salvaje para otro momento. El cuello de Andrea sigue un vaivén suave y tranquilo, besándole el glande y acariciando sus testículos, como si fueran dos bolas chinas, de esas que suenan al chocarlas. Matías se desabrocha los pantalones y comienza a masturbarse, discreto, mientras continúa pensando en Andrea y su boca y su lengua y sus labios. Los imagina vírgenes, como si la suya fuera la primera que prueban. Matías se cerciora de que nadie lo esté observando. Aumenta el paso: las llagas le duelen, le pican: y hacen todo más agradable. Andrea continúa haciendo malabares en su cabeza hasta que, finalmente, Matías se viene, derramando semen en su camiseta y los costados de sus jeans. Alza la

cara: la señora negra lo estaba obser vando. Su cara denota la más profunda de las conmiseraciones. Matías la ve y después baja la mirada, limpiándose el semen con los dedos y aventándolo, en un solo movimiento, contra el suelo cenizo del cuarto de fumadores.

Apenado, Matías trata de caminar lo más rápido posible hacia fuera de la sala, para evitar que la señora le diga algo. Se dirige, de nuevo, hacia el salón VIP. La masturbación le sentó bien. Su cabeza flota, un poco más ligera. El meco es veneno, solía decirle el Trampas, por eso hay que echarlo cada que se pueda. Por un minuto, Matías no se sintió dentro de un aeropuerto a las doce de la noche. Estaba en el lúgubre universo de sus fantasías, en donde a unas las coge duro y a otras las perdona. En donde no hay escenario imposible. En donde está en su cama en México. En donde está en su departamento en Londres. En donde no está.

De regreso a la sala exclusiva, decide entrar al baño. Está vacío y las luces emiten un zumbido intermitente. El espejo está percudido con manchas de óxido en los bordes y salpicado de jabón líquido. Matías se observa en él, mientras extiende su mano derecha para extraer un poco de papel corrugado y limpiarse el semen que traspasó su camiseta y ahora le moja el ombligo. Luego camina hacia el mingitorio y orina. La escucha caer, haciendo eco entre las paredes de concreto del baño. Mientras, recuerda cuando tenía doce años y cuando, estando solo en su casa, entraba al cuarto de sus papás y meaba la alfombra. Lo hacía en círculos, intentando esparcir su orín por el mayor espacio posible. Generalmente intentaba hacerlo del lado que le pertenecía a su padre. Se sentía muy bien al hacerlo. Matías se acuerda y, por un momento, se ríe, entre una sensación de vergüenza e incredulidad. Meses después de que empezara esta rutina sus padres lo cacharon. Su recámara entera olía tan mal que tuvieron que lavarla, y después durmieron —juntos, de nuevo— durante dos semanas en el sillón de la sala. Matías se abrocha los pantalones e intenta, inútilmente, acordarse del castigo que le pusieron por su travesura.

El aeropuerto está absolutamente vacío, lo que hace que el camino hacia la sala exclusiva sea aún más largo. Matías llega y toma asiento, muy cerca de donde una chica, no mayor de 18 años, lee un libro de Harry Potter. Se ve recatada y pequeña: no puede medir mucho más de 1.50. Su rostro es ligeramente caricaturesco, con ojos muy grandes y alargados y una nariz pequeña y respingada. Matías la observa. Le hace falta platicar con alguien, aunque no lo admita. La chica siente la mirada del joven a su lado y se acomoda en su sillón. Gira, levemente, hacia el lado opuesto de donde Matías está, pero casi inmediatamente después regresa a su vieja posición.

—¿Cuál es ése, eh? ¿El *Goblet of Fire* ? —pregunta Matías, mientras sube los zapatos al sillón y señala el libro.

—No, es el sexto —responde la chica. Matías reconoce que es mexicana.

—Ah, ¿ya los leíste todos?

—Sí.

—¿No te da hueva que tengan tantas páginas?

—Un poquito.

—Yo nunca podría…

—¿Y por eso le haces plática a las personas que están leyendo junto a ti? —pregunta la chica, con un dejo de burla y esbozando una sonrisa.

—Exacto.

—Me llamo Lucía —le dice ella, mientras se acerca a él.

—Matías.

—¿Vas al DF?

—Sí.

—Qué friega lo del avión, ¿no?

—Sí, caray.

Matías platica durante tres horas con Lucía. En el transcurso, le avisan que el vuelo se retrasará dos horas más pero, en esta ocasión, Matías no se levanta a llamar por teléfono. En el transcurso de la plática piensa en invitar a Lucía al baño para besarla y desnudarla. Decide no hacerlo. Es la misma intuición que lo llevó a dejar de aventarle huevos a la gente cuando era adolescente; lo dejó de hacer cuando un tipo los alcanzó en un alto y destrozó su coche con una piedra volcánica. O aquellas ocasiones en las que jugaba a hacerse el retrasado mental cuando él y sus amigos entraban a un supermercado para comprar alcohol. Solía hacerlo para tener un pretexto que le permitiera tirar y romper botellas en el piso. Dejó de hacerlo cuando una señora entró al supermercado de la mano de su hija con síndrome de Down. Y además, le ha pasado antes: le ha sugerido coger a algunas mujeres y lo han rechazado. En este caso prefiere tener una compañera de plática que una cachetada o una mentada de madre.

El tiempo pasa y Matías prende un cigarrillo, después de asegurarse de que el guardia de seguridad no está cerca de él. Lucía le roba uno, también. Fuman y platican: una buena combinación.

—¿Entonces llevas viviendo fuera de México tres años y cacho?

—Así es.

—¿Y nunca has visto a tu familia?

—No.

—Qué cabrón está eso. Yo viajé dos meses con mis amigas y ya no aguanté más. Se supone que me iba a quedar a vivir en París, pero preferí regresarme. En serio, no pude. Estoy feliz de regresar, ¿tú no?

—Pues… —responde Matías, escondiéndose entre sus hombros.

—¿Por? —pregunta Lucía, intentando comprender al desaliñado personaje que tiene enfrente.

—Porque no estoy regresando porque quiera. Tengo que regresar.

—¿Por qué?

—Porque mi papá se está muriendo —dice Matías, seco.

—Madres… ¿en serio?

—Sí. Me habló mi hermana hace como una semana. Yo estaba viajando y me avisó que le había dado una hemorragia cerebral a mi papá y que le quedaba muy poquito tiempo. Así que por eso estoy regresando —termina Matías, juntando sus manos.

—Debes estar desesperado.

—Sí… aunque, no creas, ahorita estoy más tranquilo.

—¿Por qué?

—No sé… —Matías piensa en cómo explicarse—, me acuerdo que cuando era más chico… debo haber tenido como ocho años… me encantaba un juego de Nintendo. ¿Te acuerdas del Nintendo viejito?

—No mucho. Mi hermano es el que juega esas madres como loco.

—Bueno, el caso es que en este juego se hacía de día y de noche, ¿me entiendes? Esto era muy pinche innovador en ese entonces. El hecho es que cuando era de noche, todos tus enemigos se volvían mucho más difíciles. Si de día necesitabas darles tres madrazos para que se murieran, en la noche necesitabas como veinte. Pero, de repente, llegaba el día y aparecía un texto en la pantalla que decía que la mañana estaba por acabar con la opresión de la noche. Algo así. Era un texto muy chiquito… Y cuando salía el sol te sentías liberado. Sentías que se te ensanchaban los pulmones. Aunque fuera un jueguito de Nintendo. No sé, mi mamá siempre dice que la noche es mala consejera. Ahora estoy seguro de que, en unas horas, cuando amanezca, me sentiré mejor. Me subiré al avión y todo estará bien…

Lucía guarda silencio, sus ojos entrecerrándose. Está cansada. Matías cae en la cuenta de que acaba de hablar más de lo que ha hablado en un año entero.

—Es una bonita manera de pensar —le responde.

Y cae dormida.

Por primera vez en toda su vida, Matías siente lo que es estar en un aeropuerto sin escuchar ruido alguno: no hay aviones despegando, ni grúas trabajando a lo lejos, ni voces en los intercomunicadores. Parece como si el tiempo se hubiera detenido y sólo lo hubiera dejado a él con la libertad de moverse. Se imagina cada cosa y persona a su alrededor como objetos congelados a los que no puede tocar. Lucía comienza a roncar y silbar al mismo tiempo. Matías comienza a cabecear. Sus párpados se están cerrando, de manera inevitable. ¿Cómo será el despertar?

Se levanta de su silla. Por algún motivo, se rehúsa a quedarse dormido. Camina, con los pies pesados e incómodos, como apéndices de un cuerpo ajeno. Matías se acerca a la barra y se prepara un café. Sus

dedos no pueden sostenerlo, así que derrama un poco en sus zapatos. Decide dejarlo en paz. Voltea a su alrededor. El silencio y el panorama lo entristecen. Matías piensa que preferiría estar en cualquier lugar del mundo menos en éste. Hace mucho tiempo que no sentía eso.

Son las seis de la mañana y llega el primer atisbo del amanecer, como un espía que se asoma en la plana lejanía madrileña. Matías apenas pudo dormir dos horas. Abre los ojos. Tiene un terrible dolor de cabeza. Falta poco más de media hora para abordar. Se levanta para marcar a México y avisarle a su familia.

Levanta el auricular. Sigue las instrucciones y marca el número.

—¿Bueno? —pregunta Matías, al escuchar que descuelgan el teléfono.

—Mati… —le dice su madre.

—¿Qué pasó, má? Ya voy para allá, el avión sale en media hora, ¿ok?

—Mati… —su voz se quiebra.

—¿Sí?

—Tu papá se acaba de morir, mi vida.

Matías se deja caer, hasta quedar en cuclillas. Aún sostiene el teléfono. El cordón de metal se estira por completo. Siente su garganta cerrarse e intenta contenerlo, a pesar de que le cuesta respirar. Escucha la voz de su madre, quebrada en llanto, mientras pronuncia su nombre: "¿Mati? ¿Mati…?" Pero no responde. Algunos viajeros empiezan a poblar la sala VIP. Entran y lo observan, curiosos, distantes.

Matías suelta el teléfono, coge su mochila y entra al baño. Se encierra en el primer escusado que encuentra y deja ir el nudo sobre su cuello. Golpea la pared, desgañitándose en llanto. Se azota contra la pared y patea el piso. Gime y solloza, como un animal abandonado. Termina derrumbándose a un lado del escusado, gritando, abrazándose con sus propios brazos, meciéndose, intentando consolarse.

—Hey, ¿todo bien ahí adentro? —pregunta la voz ronca de un español.

Matías sale del baño, sin observar a su interlocutor. Se obser va en el espejo, con el rostro empapado y rojizo, a punto de reventar. No dice una sola palabra. Abre la puerta y, mochila al hombro, se echa a correr hacia la puerta de migración.

La gente lo traspasa, casi literalmente, pero Matías hace caso omiso. Su visión periférica se nubla, como si toda la gente y las tiendas y las maletas que lo rodean estuvieran hechos de pintura fresca y él fuera como un dedo húmedo que los toca haciendo que sus siluetas se barran y sus colores se mezclen. ¿Para qué regresar, carajo?, piensa Matías,

mientras observa la salida del aeropuerto.

Atrás, una pantalla que indica el estado de todos los vuelos lo enmarca. Justo enfrente, un letrero le indica el camino hacia migración. El vuelo a la ciudad de México está abordando y una voz a través del intercomunicador se lo hace saber. ¿Para qué volver? ¿Para qué? Aquí afuera están las calles sin nombre, listas para ser descubiertas. Están las mujeres nuevas, cuyos botones Matías aún no ha desabrochado. Hay cientos de personas por conocer. Hay ríos de alcohol para tomar y mariguana para quemar. Afuera lo espera la posibilidad de una vida en donde el anonimato se disuelve sólo por unos meses y después vuelve a entrar, como una constante que lo salva de su propia vida, de la nomenclatura de su nombre y apellido. Allá afuera hay una herencia entera de su padre, esperando ser gastada. Allá afuera está la calle de Serrano y Campoamor. Está la Plaza del Sol y la Gran Vía. Están las faldas de las españolas en verano. Allá afuera lo espera la comodidad de la lejanía. La caricia constante de los lomos ásperos de la distancia y el silencio, hermanos siameses y negros.

¿Y volver? Volver sería dejar los aeropuertos y los hoteles. Dejar la transición y acostumbrarse a la constancia. Sería enredarse: dormir en la misma cama, tener a la misma novia, ver el mismo cielo grisáceo. Sería tener que abrazar a su madre y consolarla, intentar limpiarle el llanto con sus manos. Ver de nuevo a su hermana. Sería pedir perdón. Sería ver el cuerpo, inerte, de su padre. Bañar su cadáver desnudo, justo antes de que lo vistan de traje y lo pongan en un féretro. Un poco antes de que lo incineren y sólo quede una urna llena de cenizas.

Matías no sabe exactamente qué es lo que lo empuja. Camina, con la cabeza agachada, intentando esquivar cuerpos que parecen estar seguros de su próximo destino. El sol de la mañana le pega en el rostro y con él viene una bocanada de aire. Siente que, con ella, le da un trago ácido a la luz.

"Pasajeros del vuelo 752 con destino a la ciudad de México, su vuelo está abordando en la puerta C 12".

Matías alza la vista y se seca las lágrimas con el antebrazo. Entre el reflejo del sol matutino —que lo deslumbra y lo adormece— logra distinguir un letrero: Ciudad de México, 7:15.

Discurso

…tú y yo, puta madre, ni qué decirte. No sé (inhalo el cigarro), intentaré explicarte. La verdad es que sí te quería. Ya sabes que dicen que esa pinche frase de "no es tu culpa, es la mía" es pura mamada, ¿no? Pues en este caso era verdad. Si no acabamos juntos fue por mí. Esas dos semanas que estuvimos juntos, no sé (pienso en inventarme algo enorme, grandilocuente), fueron… divinas. Nadie me ha hecho sentir lo que tú me hiciste sentir. Pero en ese entonces la verdad hubiera dolido mucho más que haberte dicho una mentira. Y por eso me inventaba cosas (esto es cierto). Porque no quería, no podía explicarte mis razones para que no estuviéramos juntos, ¿me entiendes? Porque prefería tenerte cerca… no sé por qué (veo al techo). Sabía que si te decía la verdad te ibas a ir, me ibas a olvidar y, por algún motivo, me daba terror (cierto, también, y difícil de entender dado el hecho de que no la quería). Quería estar contigo, aunque fuera a medias y no sé por qué era… (no era el sexo, ya que, puedo asegurar, no era tan bueno). Era, quizás, como tener un asidero, ¿sabes? Un tronco del cual colgarme de cara al abismo… No te rías, ya sé que suena a pura mamada, pero es la neta. Te necesitaba y me gustaba estar contigo. Por un momento, contigo, creí que podía volver a sentir lo que tuve con Sofía en un principio. No era que quisiera que fueras su reemplazo, ¿eh? No, no, era más complicado. Te quería a ti, como algo nuevo: un augurio quizá de un futuro mucho mejor y, al mismo tiempo, similar. Sentirme… chingá, sentirme otra vez como adolescente, ¿me entiendes? ¿Te acuerdas? Me dio miedo enterarme de que venías para Madrid, te lo juro. Pero quería verte. Quería acordarme, hacerte recordar tal vez… ya estoy enloqueciendo

un poco ¿no? Pero así era (empujar, pienso, las cosas hacia algo que pareció ser por dos segundos y punto). Y ahora aquí estamos y, no estoy seguro, es raro… ¿me entendiste?

La volteo a ver. Sus ojos verdes, inmensos y saltones, viéndome directamente, pero intentando esquivarme. Me regala una sonrisa plana. La observo: un tanto sosa y callada; sentada, inocente y pasajera, al borde de mi cama. Busco respuesta entre sus gestos, hurgando entre su mirada y sus labios por alguna respuesta legible. Nada, nada en absoluto. La veo, completa, como un cachorrito adormilado que se rehúsa a levantar los párpados. Sé que no entendió nada de lo que le dije, sé que en realidad no lo escuchó.

Estiro mi mano derecha y la escabullo hacia dentro de su holgada camiseta azul.

—Matías… —replica, entre quejido y deseo (o así lo quiero interpretar).

Aprieto sus senos con fuerza, intentando asegurarme si aún tienen la misma firmeza de antes. Deslizo su sostén y toco sus pezones flácidos y planos (lejanos a la erección). Su rostro no cambia. No hay en él ni un registro de emoción o gusto. Es una redondita muñeca en mi cama.

Me acerco para besarla y me responde el favor.

Subject: Arroyo

¿Qué pedo, güey? ¿Cómo has estado? Supongo que bien. Es la tercera vez que te escribo y no me respondes, así que me imagino que debes estar muy ocupado. ¿Ya conseguiste chamba? ¿O ni siquiera estás buscando?

No sé cómo explicarte cómo está todo por aquí. La verdad es que mi maestría no está resultando como yo pensaba. Sí, los cursos están muy chingones y estoy aprendiendo mucho de economía, pero Londres es una ciudad helada y me está costando mucho trabajo hacer amigos. Mi compañero de cuarto (Steve) se la pasa jugando PlayStation y metiéndose Valiums y fumando mota. No tiene amigos y parece no incomodarle. Pero a mí sí me incomoda. Los extraño mucho. Extraño mi casa y mi cama y emborracharme con ustedes. A veces, cuando estoy solo en mi cuarto, me acuerdo de cuando todos íbamos juntos en prepa y me pongo a llorar. Miles de imágenes me pasan por la mente, como un tren de cien cabezas y recuerdos: como una de esas películas viejas en donde la imagen se ve borrosa y repleta de tierra (a punto de extinguirse para siempre).

Ayer me cogí a mi vecina y no me gustó. Quería que me abrazara mientras cogíamos, pero no lo hacía: se mantuvo lejana: como una máquina en automático, ansiosa por acabar su tarea. Finalmente, con el condón afuera y con el sudor enfriándose, me acerqué a ella y la abracé. Ella se recostó en mi pecho. Decidí platicarle de mi papá. Le platiqué de cómo hace una semana, mientras caminaba por Oxford Street, me acordé de cómo se sentía tomar a mi papá de los hombros mientras se sumergía conmigo en la alberca del club. Ella me platicó un par de cosas de su madre y me dijo que nunca había conocido a su papá. Me dio tristeza y, por un instante, quise bañarme y lavarme cualquier rastro de ella. No sé, quizá lo que pasa es que no soporto estar conmigo.

Responde pronto.

Miguel (Rana)

Las horas perdidas

Dry your eyes
Soulmate, dry your eyes
Soulmates never die
PLACEBO

Soñar es una mierda, musita Miguel, mientras se sirve un vaso de leche en su nueva cocina. Hoy tenía planeado un día normal: un día de películas, de revisar algo de su trabajo, de navegar por Internet, de ver la tele hasta quedarse dormido. En suma, un domingo cualquiera. Jamás hubiera pensado que su cabeza le iba a arrojar la imagen de Andrea. No lo había pedido, ni esperado, ni querido, pero tenía que ocurrir. El querer no pensar en ella siempre había sido como tratar de guardar un roble en una maceta: tarde o temprano las raíces de todo aquello que intentó olvidar —en un cajón atiborrado de recuerdos— iban a romper su endeble cascarón. No le sucedió el día antes de su boda, ni en un momento clave. Le ocurrió esta mañana mientras dormía en su nueva cama.

Está seguro de que una parte de él sigue dormida. Quiere convencerse de que sigue soñando y que, como tantas veces le ha ocurrido, todo lo que lo invade en este momento se disipará al abrir los ojos, como humo al abrir una ventana. Una característica suya que lo enorgullece es su incapacidad para acordarse de lo que sueña. Para todos efectos prácticos, cada vez que cierra los ojos, Miguel deja de existir por ocho horas. Hoy no. Toma su vaso y camina hacia la sala. En el camino se tropieza con un cojín y derrama un poco de leche sobre

sus pies descalzos. La siente, fría y ligeramente viscosa, entre sus dedos. No cabe duda de que está despierto.

Miguel se limpia los pies con una servilleta y decide caminar, en una especie de limbo, alrededor de la sala de su departamento. La noche anterior dejó las cortinas abiertas y ahora la luz se filtra por las ventanas iluminando, agresivamente, todo el lugar. Miguel voltea alrededor para cerciorarse de que no está acompañado: la luz no deja duda, si acaso acentúa la insoslayable realidad de este cuarto piso: vive solo, en un lugar nuevo y sin amueblar. De esto último, sin embargo, no tiene la culpa. Hace pocos meses que regresó de acabar su maestría en el extranjero y apenas ahora se está reconectando, lentamente, con toda su vida pasada: con aquellas personas a las que, por dos años, no les dedicó ni un segundo en su cabeza. Lo primero que hizo fue comprar este departamento en La Condesa, gastándose, así, todo su dinero y acabando con cualquier posibilidad de comprar algo que no fuera una cama, un sillón, un par de sillas y una tele.

Miguel se recuesta en su sillón, prendiendo un cigarro que le sabe muy mal y apagándolo casi de manera inmediata. Lentamente comienza a recordar lo que ha significado esta mujer que se le acaba de aparecer en el sueño. Le cuesta trabajo aceptarlo, incluso en compañía de sus mejores amigos o de su familia, pero la verdad es inobjetable: sólo se ha enamorado una vez, hace casi una década, a los 18 años, y fue de Andrea. El romance fue corto, tres o cuatro meses. No obstante, siempre ha sabido que podría haber durado más, aun cuando fue él, no Andrea, el que terminó todo y sin razón aparente. Durante muchos años Andrea siguió enamorada de él, y Miguel siempre —sin excepción alguna— la alejó cada vez que la posibilidad de volver se acercaba. Fueron a la misma universidad y aunque casi no cruzaron palabra, tuvieron varios encuentros. El primero fue bastante amargo: Miguel había hablado mal de ella (porque sí) y Andrea se había enterado. En el último, sin embargo, terminaron besándose, a pesar de la renuencia de ella a hacerlo. ¿Por qué me cortaste?, le preguntaba, mientras Miguel evadía la pregunta una y otra vez, aferrado a aquellos escuetos labios. Al día siguiente de ese segundo encuentro, Andrea partió hacia el extranjero a estudiar. Miguel prometió ir a visitarla, buscarla y —se lo prometió a sí mismo— recuperarla. Todo quedó en promesas. Nunca fue a verla, y ése había sido el fin de cualquier contacto entre ellos: a los pocos meses de que Andrea regresara a México, Miguel salió del país rumbo a Londres, donde estudió su maestría. Hasta la fecha no se han vuelto a ver.

A pesar de su torpeza, siempre ha guardado la esperanza de volver a tenerla cerca. Solía escribirle cartas. Cartas que nunca le mandó. Sólo las dejó archivadas en su vieja computadora. Es probable que esa computadora ya esté en la basura y que cualquier rastro que pudiera

dar fe de cómo la extrañó por tanto tiempo también se haya perdido.

Miguel prende la tele, intentando concentrarse en otra cosa. Cambia de canal frenéticamente, en busca de algo que le llame la atención, pero es inútil: está pasando los canales tan rápido que a duras penas se logra distinguir una sola imagen en ellos. Se detiene en el canal de deportes, en un par de series y en una película francesa. Andrea sigue en su cabeza y la sensación comienza a molestarle: se siente invadido, maniatado. Su corazón no para de latir. Sus venas se ensanchan. Contiene la respiración, como antes de darse un clavado. La suelta exhalando y sus latidos se incrementan, sintiendo la falsa proximidad de la mujer que lo acaba de atacar mientras dormía.

Al cabo de un rato, cuando el reloj da las doce, Miguel siente la necesidad de salir a la calle. Tiene que hacer algo para quitarse aquella figura de la cabeza. Sale a comprar un par de discos, a comer a un restaurante cercano (donde era el único comiendo solo) y después vuelve a su casa, en donde, inmediatamente, intenta echarse una siesta. Pero no puede. En el momento en el que cierra los ojos lo invaden los recuerdos, como agua oscura que se desparrama, agiganta y tropieza al salir de una presa. Casi en espasmos, casi indescifrable, su mente conjura imágenes poco probables. Miguel parado, inmóvil, parco, al lado de un árbol marchito. La silueta de Andrea que aparece, a la distancia, en una carretera que se acaba de crear, obligando al árbol a salir de entre el pavimento (las raíces crujen y sangran). Andrea camina hacia él. La espera se vuelve interminable, y su cerebro simplemente no acelera, por más que Miguel se lo implora. Corre hacia ella, dejando un rastro de lodo debajo de sus huellas. El horizonte se torna grisáceo. El cielo es blanco, el suelo es negro. ¿Por qué me cortaste? Miguel parece dar un paso en falso y el pavimento se abre, develando un amplio mar, en el que cae. Sólo está él, en la inmensidad de esa nada, empapado y perdido. Andrea no aparece por ningún lugar. No hay ningún camino. Ningún árbol como referencia. No hay nada. ¿Por qué me cortaste?

Miguel se levanta, desesperado, con la cabeza dando vueltas y con un agudo mareo. Camina hacia su baño, intentando resolver el dilema. Algo tiene que hacer para sacársela de la cabeza. La presa que abrió al cerrar los ojos sigue abierta. Andrea lo inunda, incontenible. Miguel está consciente que no sabe nada de ella. No sabe si está soltera, si sigue viviendo aquí. No sabe nada en absoluto.

Camina hacia su sala y se sienta en su sillón. Toma el teléfono y marca el número de Fernando, un viejo amigo suyo con el que compartió departamento en París al salir del bachillerato. No recordaba el número, pero sí la coreografía de dígitos. Tono de marcado abierto. Uno más. Miguel se arranca la mitad de una uña de un jalón. Otro tono más. A punto de colgar.

—Bueno —contesta una voz femenina y suave.

—Sí, hola, ¿está Fer?

—Este… Creo que sí, a ver, déjame ver… —la voz se aleja y se escuchan pasos—. Perdón, ¿de parte de quién?

—Miguel.

Se escucha cómo la voz grita el nombre de Fer.

—A ver, ahorita te contesta, ¿ok?

—Sí.

Pasan diez segundos. Miguel observa su reloj y ve hacia su ventana, ya está anocheciendo.

—Bueno.

—Bueno, ¿Fer?

—Sí, ¿quién es?

—Miguel, güey.

—Miguel, ¿qué?

—Miguel, Miguel.

—Ah, ¿qué pedo Rana? ¿Cómo andas hermano? Qué milagro, güey.

—Sí, sí, ¿cómo has estado? —pregunta Miguel, intentando acoplarse a que le digan Rana de nuevo. Hacía años que no escuchaba ese apodo.

—Bien, bien, ¿y tú? —responde.

—Bien, también.

Viene un silencio, acompañado del sonido de unos dedos tecleando algo del otro lado del teléfono. Miguel tiene la impresión de que Fernando está haciendo otra cosa mientras habla con él.

—Güey, ¿te estoy interrumpiendo o algo? —pregunta Miguel, intentando ser lo más cortés posible.

—No, no, para nada.

—Ok.

—¿Cuándo regresaste, Rana?

—Hace unos meses.

—¿Y qué? ¿Sigues viendo a la banda de la prepa o no?

—No, no, no he visto a nadie.

—Ah.

—¿Tú? —pregunta Miguel, a sabiendas de que la respuesta será afirmativa.

—Sí, sí, ya sabes, yo sigo viendo a todos —responde Fernando, haciendo énfasis en "todos". Miguel se alegra. Debe saber algo de Andrea.

—Oye, güey —prosigue Miguel, intentando sonar lo más casual posible—, ¿has visto a Andrea?

—¿Cuál? ¿González?

—Sí.

—No, ¿por?

—¿No sabes nada de ella?

—Pues, ¿cómo qué quieres saber?

—No sé, ¿tiene novio?

—Pus creo que sí mi Rana, creo que sí, ¿o ya había cortado? —Fer se pregunta a sí mismo—. No, no sé, creo que sí —culmina. Miguel tiene la impresión de que su viejo amigo se está desconectando de la plática.

—Ah, ¿pero está aquí en el DF?

—Sí, seguro. Sigue viviendo allá en su casa, creo, ya sabes, la grandota esa.

—Mmm, muy bien —dice Miguel, titubeando.

—Oye. Pues hay que vernos, ¿no? —pregunta Fernando, por cortesía.

—Sí, sí, yo te hablo.

—Pues me dio gusto hablar contigo, Rana.

—Gracias, igual —responde Miguel.

—Bueno, chido, te cuidas.

—Igual.

Miguel cuelga el teléfono y camina hacia la ventana, viendo cómo el sol se escapa atrás de un edificio, para no volver a salir. La noche le sabe distinta. Trae un aire que le parece familiar, antes olvidado. No me importa que tenga novio, resuelve Miguel, la voy a buscar a su casa, tengo que verla. Antes pasará a casa de su mamá a ver si puede rescatar las cartas, para darle, por lo menos, algo que deje como testimonio el hecho de que ha pensado en ella. No importa que la última la haya escrito antes de irse a estudiar su maestría. No importa. Necesita verla.

Miguel toca el timbre de su antigua casa, a las nueve en punto. Su madre no lo espera. Es más, piensa Miguel mientras insiste en el timbre, probablemente no espere a nadie. La puerta se abre. Su mamá está vestida con unos pants raídos y una sudadera demasiado grande. Sus tenis están rotos (siempre lo han estado). Miguel la ve viejísima. Las arrugas en su frente le parecen más marcadas, su voz un poco más áspera, su caminar un tanto más lento.

—Hola, má —dice Miguel, mientras da un paso hacia delante, entrando por el viejo portón de metal negro.

—¿Qué pasó Miguel? ¿Qué haces aquí? —pregunta su mamá, entre la sorpresa y el desconcierto.

—Nada má, nada más vengo por unas cosas.

—¿Te quedas a cenar?

—¿Ahorita?

—Sí… —su madre titubea—. Bueno, yo iba a cenar como en media hora, ¿está bien?

—Sí, má. Está bien.

Miguel camina hacia su cuarto, por las escaleras que caminó junto

con Andrea, por el pasillo donde la veía llegar, por la sala donde se sentaba a ver películas con ella y, finalmente, al cuarto donde, aún recuerda, estuvo a punto de quitarle la virginidad. Abre la puerta de su recámara. El abrir es nítido, limpio y silente. Las bisagras mienten: deberían de rechinar como las quijadas del pasado, que se rehúsan a ser abiertas.

Su madre lo deja para preparar la cena y Miguel se queda solo, frente a su cuarto, en el que no ha dormido en más de dos años. Fuera de la ligera acumulación de polvo, todo sigue igual: su pared sigue sosteniendo un corcho con fotografías y recortes de conciertos; su mesa sigue teniendo un par de libros que aún portan un separador; su cama sigue teniendo las mismas sábanas; pero, mucho más importante: su computadora sigue ahí. La enciende y se alegra al darse cuenta de que todavía arranca. Jala una silla y se sienta, viendo el monitor prenderse después de tanto tiempo.

Miguel espera pacientemente a que se carguen todas las aplicaciones, mientras escucha (aunque no quiera) los ecos de Andrea en su cuarto. Quiero hacer el amor contigo, le dice ella, mientras él decide no hacerlo, impulsado (o detenido) por algo que no puede explicarse. Tal vez ése era su anhelo: tenerla, quizá, siempre y cuando no la tuviera completa. Y ahora, si es que la tiene, ¿cómo la tendrá? ¿Seguirá pensando en él? ¿Guardará ella, también, un fajo de cartas que nunca mandó? ¿Habrá tenido días como este que él está viviendo? No sabe. Se percata de su ignorancia en el tema y siente la inquietud de lo desconocido. Le teme a la oscuridad. Le teme a los rincones donde no da la luz.

La computadora está lista y Miguel teclea un par de claves. Listo. Clic aquí, clic allá y ya encontró las cartas, todas bajo el mismo archivo: "Futbol y demás". Ése es el nombre que escogió. Lee un par de ellas. Le parecen cursis, irreales: no se imagina escribiendo algo así hoy en día y, sin embargo, aquí está, escarbando entre ellas. Miguel conecta la impresora y escucha un grito desde la cocina.

—Ya está la comida, Miguel.

—Ahí voy, má —responde, mientras siente una regresión a su adolescencia. Recuerda aquellas cenas eternas en las que él, su madre y su hermano (que vive en Nueva York) se sentaban, con sus platos llenos de comida, a ver la tele sin dirigirse la palabra. Aunque siempre le pareció una rutina desagradable, jamás tuvo el valor de quejarse. Siempre cenaron los tres juntos (hasta el día en que Miguel se fue a hacer su maestría), sentados en el sofá de la sala, viendo algún programa insulso, contando los minutos para poder regresar a sus respectivas recámaras.

Las veintidós hojas terminan de imprimirse al tercer grito de su mamá. Miguel las apila en un fólder, por orden cronológico. Se lo pone

bajo el brazo y camina hasta la cocina, donde está su mamá, sentada, sin probar bocado, esperándolo a que tome asiento.

—Siéntate, siéntate —pide su madre, mientras observa el abultado fólder que su hijo lleva con él—. ¿Y eso qué es?

—Nada, unas cosas que escribí hace mucho tiempo.

—¿Unas cosas que escribiste? ¿Y tú desde cuándo escribes? —pregunta la madre de Miguel, mientras le da un sorbo a la sopa aguada de fideos.

—Pues, no escribo, má. Escribí esto hace años.

—¿De qué es?

—Unas cartas —responde Miguel, intentando cerrar el tema y con la vista fija en dos fideos que cuelgan de su cuchara.

—¿Cartas? ¿Para quién?

—Para —Miguel piensa en inventar algo pero sabe que su madre lo empujará hasta que le diga la verdad. Así que decide decirlo, no sin antes arrepentirse mentalmente por hacerlo—… eran para Andrea.

—¿Andrea?

—Sí, má. Andrea.

—Ah. No me acuerdo de ella.

—¿Cómo no? Es una niña con la que anduve en prepa.

—No me acuerdo. Nunca me platicaste de ella.

Es probable, piensa Miguel, mientras le da un trago a su vaso de agua de limón.

—Qué raro, má.

—Pues ni tanto. Tú nunca me platicabas sobre tus novias. Sabía que las tenías. Sabía que las traías acá. Pero no me platicabas —dice su madre, sin parpadear.

Miguel se para de la mesa y se sirve un pedazo de milanesa de pollo. Observa el jardín vacío, donde antes vivía su perro, que murió mientras él hacía su maestría.

—¿Y para qué las quieres? —pregunta su mamá.

—Nada más, má. Las quería leer.

—¿Para eso viniste? —pregunta su madre, con un tono que raya en la inminente indignación.

—No, má —Miguel le dice con la mejor cara de póquer que puede poner—, vine a verte y aproveché para llevarme las cartas.

—Pues ojalá vengas más seguido.

—Sí, te prometo que lo voy a intentar.

—Está bien —culmina la madre de Miguel, con un tono de escepticismo.

Miguel sale de casa de su madre exactamente una hora después de haber entrado. Se dirige a casa de Andrea. Deja el fólder lleno de cartas

en el asiento de adelante y lo rotula, con una pluma. Le pone el primer nombre que le viene a la mente: “Las horas perdidas”.

Arranca el coche. Es de noche y no hay nadie en la calle. Miguel no sabe qué esperar. Las imágenes de Andrea se intensifican en su mente, como una señal que parpadea sin cesar mientras se va acercando a su origen. Sus ojos observan el zig-zag de la avenida, los faroles reflejados en la humedad del pavimento. Un par de gotas cae sobre el parabrisas. Pero, en el fondo, Miguel no ve eso. El rostro de Andrea aparece, como detrás de una cortina de humo: tiene el cuello arqueado y las mejillas sonrojadas. Sus párpados se cierran y se abren, rendidos, a media asta. Miguel observa —casi siente— la textura lisa y húmeda de su piel. El contorno de sus senos, sus pezones pequeños y encendidos. Él le besa los hombros mientras ella suspira algo, indescifrable. Sus piernas lo aprietan, aceptándolo, implorándole que siga. Miguel desciende y besa su sexo, inhalando el aroma húmedo de su pubis, mientras hunde su nariz entre sus vellos. Los muslos de Andrea se cierran y él se amarra a ellos, apretándolos contra sus oídos, escuchando el trote de la sangre a través de su piel. Miguel sube de nuevo, da vueltas en su cuello, tentándola, invitándola. Le muerde su oreja y respira, profundo. Ella lo imita. Siente el tímido cosquilleo de su aliento dando surcos en su oído. Trae el rumor de su voz enmarcado entre la luz que se filtra por las persianas de su viejo cuarto. ¿Cómo pudo dejar ir a esta mujer?, piensa. ¿Cómo pudo hacerlo, una y otra vez?

Miguel atraviesa el empedrado que lleva a casa de Andrea. Pasa la pluma de seguridad, en donde le piden que se identifique. Es el mismo policía que, años antes, le levantaba la pluma sin dudarlo. Ahora le pregunta su nombre y lo observa con un dejo de sospecha, como si fuera un viajero que ha regresado distinto y que ahora resulta irreconocible. Miguel deja una identificación y sigue su camino. La casa de Andrea está a una cuadra. El ronroneo del empedrado lo agita. Las cartas tiemblan, amenazando con salirse del fólder y desperdigarse por el suelo de su coche. Sin embargo, en menos de lo que se lo espera, ahí está: el portón 25. Las luces están encendidas. El automóvil de Andrea (sigue siendo el mismo) está estacionado justo enfrente de un árbol en la banqueta.

Apaga el motor. Deja el fólder en el asiento del copiloto por miedo a verse como un ejecutivo. A verse, pues, como si viniera a vender algo, como si tuviese un propósito. ¿Y no es así?, piensa Miguel, mientras cierra la puerta del coche y camina, decidido, firme, hacia el timbre de la casa 25. Toca un par de veces y suena el interfón.

—¿Quién? —pregunta una voz adormilada y aguda.

—Este… soy Miguel, vengo a ver a Andrea.

—A ver…

Pasa un par de minutos, que para Miguel parecen horas. Abre sus

piernas y truena los dedos; se limpia el sudor de la frente y revisa sus zapatos. Se escucha que se abre una cerradura. Unas llaves dan vueltas varias veces hasta abrir un par de cerrojos. El portón de madera rechina levemente y se abre, despacio. Andrea sale, en pants y una sudadera entallada. Lo observa, curiosa. Las pantorrillas de Miguel empiezan a temblar, su corazón decide cambiar de peso: ahora es una masa gigantesca de plomo que se le derrumba hasta los pies.

—Andy —le dice, intentando esbozar una muy sincera sonrisa.

—¿Qué onda, tú? ¿Qué haces aquí?

—Pues… —Miguel piensa en decirle que estaba pasando por aquí, pero le suena muy trillado. Pasan segundos cargados de silencio y aún no completa su frase.

—¿Pues? —añade Andrea, empujando a su ex novio a que continúe con su explicación.

—Pues, me pasó algo muy raro, Andy.

Andrea empareja la puerta y se coge de los hombros. Tiene frío. Miguel presiente que no espera quedarse demasiado tiempo afuera.

—Hoy desperté —continúa Miguel— pensando en ti.

Andrea no se inmuta. Tiene curiosidad, pero siente que ya ha escuchado esto en otras ocasiones.

—Y no pude dejar de pensar en ti en todo el día. Hice de todo. Intenté dormirme, salí a comer, vi una película, fui a casa de mi mamá, todo y nada más no pude. Así que quise venir a verte.

—Pues aquí estoy.

—Sí.

Miguel tiene la sensación de que, si no es cuidadoso, la conversación puede acabar muy pronto. Observa a Andrea (mientras piensa en cómo reanudar la plática): su pelo está un poco más largo, pero ella, en esencia, sigue igual. Sus labios delgados, su cuerpo largo y bien delineado. Sus diminutos senos (que siempre le dieron un aspecto de niña), sus ojos amplios y verdes.

—Acabo de regresar de la maestría. Estuve fuera mucho tiempo y no sé qué haya sido de ti. Cuando estaba lejos no pensé mucho en nosotros. Pero pensar hoy en ti me hizo acordarme que había algo, no sé… —Miguel baja la mirada—, algo que resolver.

—¿Resolver?

—Sí.

—Miguel, tengo novio —le dice Andrea, mientras lo observa fijamente.

—Sí, sí, me dijo Fer. No estaba seguro, pero me imaginé que tendrías novio.

—¿Entonces?

—No sé… —Miguel empieza a tartamudear, mientras su cabeza busca las palabras correctas—. No sé, pensé que…

—¿Pensaste que como eres *tú*, entonces llegarías a verme y te iba a agarrar a besos y decirte que sí, que no había un segundo del día en el que, mientras tú no estabas, dejara de pensar en ti?

Miguel sabe que la respuesta más honesta sería que sí. Quizás no lo pensó, no lo sabía. Pero ciertamente lo esperaba.

—No exactamente —replica Miguel—. Mira, Andy, sé que he sido muy tonto contigo. Sé que he desperdiciado oportunidades. Pero no porque no te quisiera.

—Pero a mí nunca me importó que me quisieras y no estuvieras conmigo —interrumpe Andrea, mientras se aleja de Miguel—. Yo necesitaba que me quisieras y que estuvieras junto a mí —culmina, sin vestigio alguno de esperanza en su tono.

—Me imagino, pero, aun así, ¿sabías que te quería? ¿Que te quiero?

—No. Tampoco. A veces. No sé —le dice Andrea, con un dejo de cansancio.

—Siempre pensé que entre nosotros había un pacto tácito y que, a pesar de todo lo que hiciéramos, en algún momento acabaríamos juntos. Siempre. Desde que te corté cuando teníamos dieciocho años. Desde siempre.

—Pues me hubieras avisado.

—Pero, no hacía falta o…

—Miguel, ya es tarde —interrumpe Andrea, bajando la mirada.

—Sí, sí —Miguel ve su reloj—. Ya me voy.

—No. No es tarde de hora. Es tarde. Tarde para todo esto.

Miguel guarda silencio. Andrea no titubea.

—Tengo novio y lo quiero mucho y sí, quizás lo quiero tanto porque, por fin, alguien hizo que te salieras de mi cabeza.

Miguel se da la vuelta y camina hacia su coche, mientras le pide a Andrea que lo espere. Saca el fólder con cartas y camina de vuelta hacia el portón.

—Toma —le dice, mientras le entrega el fólder—. Éstas son todas las cartas que te escribí mientras no estaba contigo. Nunca pensé en dártelas. No sé si las escribía para ti o simplemente para sentirte cerca; para sentir que, de alguna manera, seguías cerca de mí.

—Gracias —le dice Andrea, mientras toma el fólder.

—¿No las quieres leer?

—No sé. No creo que me hagan cambiar de opinión —responde Andrea, con un tono culminante.

—Bueno, aunque no cambien nada. Sólo para que sepas que todos estos años sí estuve ahí, de una u otra manera. Para que sepas que no vine a verte hoy porque estuviera aburrido o por una necesidad repentina. Hoy es la acumulación de todas esas cartas.

—La acumulación de… —Andrea lee el título en el fólder—. ¿Horas perdidas? —le pregunta, confundida.

—De todas esas horas en las que no estuve junto a ti.

No hay nada más que decir y Miguel lo sabe. Piensa en acercarse a Andrea para besarla de despedida, aunque sea en el cachete, pero no puede, aunque quiere. Su cuerpo entero se lo implora, pero algo que los rodea le impide acercársele. Es el tiempo destazado; los minutos acumulados, muertos, inútiles. Miguel saca las llaves de su coche y camina hacia él, cabizbajo, observando las piedras amorfas del pavimento. Andrea se da la vuelta, pero justo antes de entrar a su casa, lo llama. Él voltea, intrigado.

—Miguel, ¿por qué me cortaste?

Miguel no sabe. Es la primera pregunta que le han hecho en su vida para la cual sabe que no tiene una respuesta correcta. No hay nada que pueda responder, piensa, que la acerque hacia mí y haga que recapacite. Es más, tal vez nunca tuvo un motivo.

—¿No sabes? —le pregunta Andrea, mientras abre la puerta de su casa, esperando una respuesta.

Miguel calla y ella termina por entrar a su casa. El portón suena como el último parpadeo, como la última letra de la última palabra; suena como el vaho diáfano de los labios más lejanos: es la nota que cierra, la pintura negra que se desparrama como una noche líquida. Pero sólo viene de su lado.

Mi vida entre pornografía se guarda y se olvida porque dice la verdad

Llego al departamento que comparto con Fernando en París, en la Avenida de la Grande Armeé. Me tardo en abrir la puerta. Tengo la impresión de que la llave es demasiado grande para el cerrojo que le corresponde. Logro deslizarla hacia adentro, empujando polvo y rayando con la puerta el parquet del piso. Un par de jeans se quedan atascados en la ranura que divide el suelo de la madera. Intento zafarlos, pero no puedo. Me doy por vencido y, de una patada, cierro el portón.

Fernando está acostado en un sillón, durmiendo, con su *laptop* en las piernas. Un cenicero, repleto de colillas, lo acompaña. El departamento entero huele como si las paredes estuvieran hechas de tabaco quemado. Yo fumo y aun así me molesta. Intento abrir una de las ventanas, pero no puedo: la manivela se zafa en el instante en que le doy la vuelta. Decido acostarme.

La computadora de Fernando emite un par de gemidos y chupetones. Me acuesto a su lado y el sillón rechina. Fernando se despierta y me observa, desde su ojo derecho. ¿A dónde fuiste, Rana?, me pregunta.

—A un *after* con unas gringas que conoció Arroyo.

—Verga, cómo jala cola ese culero —me dice Fernando, mientras mueve el *mouse* de su *laptop*, para que le regrese la imagen, que estaba en auto *sleep*.

—Ajá.

—¿Y tú qué? ¿Agarraste algo? —me pregunta. Aún estoy escuchando los gemidos que vienen de su computadora.

—Pues dos tripas en el antro. A la hora de la hora se rajó la vieja.

—Qué mal pedo.

—¿Tú qué hiciste?

—Nada, me quedé aquí bajando unos videos, güey.

—Chido.

—¿Quieres verlos?

—Nel, seguro es pura pornocha.

—Algo, sí… —admite Fernando, riéndose—. ¿Seguro no quieres ver? Están chingones.

—Bueno, ya qué…

Fernando prende su computadora y empujo el sillón con las piernas, arrastrándolo hasta acercarme a él. Observo la imagen: una chica pelirroja, muy bonita, con los ojos cafés y amplios, está mamando tres vergas al mismo tiempo. Las va rotando, metiéndolas en su boca: a veces todas en un mismo bocado, a veces dos, a veces sólo se concentra en una. La cámara está puesta en picada y la chica voltea hacia el lente, intentando tomar aire, con sus labios derramando semen y saliva. Fernando comienza a masturbarse por arriba del pantalón.

—¿O no está chingón, güey?

—¿No tienes algo en donde no salgan tantas vergas?

—Sí, de hecho encontré un video que es igual, sólo que al revés: tres chavitas mamando un mismo palo.

—A ver…

—No, no, mejor te enseño algo que encontré que está más chido…

—¿Qué? —pregunto, sintiendo cómo la curiosidad da paso al morbo.

—Pérate. Ahorita te enseño.

Fernando cierra la ventana de la película pornográfica justo en el momento en el que dos de los tres tipos le eyaculan en la cara a la chica. Cierro los ojos y prendo un cigarro. Veo que Fernando teclea un par de contraseñas hasta que logra entrar a un sitio decorado con gotas de sangre que caen de un peldaño virtual. No sé si tengo ganas de ver esto, le digo, pero mi amigo no me escucha. Pone un par de palabras clave dentro del recuadro de búsqueda y la computadora le arroja algunos resultados. Fernando escoge.

—Checa esto, güey —me dice, emocionado.

Una pantalla de un cuarto del tamaño de la computadora se abre dentro del *desktop*. Veo a cinco fundamentalistas islámicos parados. Portan metralletas. Un manto negro como del Ku Klux Klan les cubre el rostro. Una malla adorna la pared que los flanquea, pero no logro descifrar qué es lo que dice. Debajo de ellos, hincado, veo a un hombre, rubio, con el pelo corto, vestido con colores llamativos. Supongo que es americano. Uno de los fundamentalistas está hablando hacia la cámara. No entiendo nada. La imagen se ve borrosa, como si

estuviera retrasada por unos segundos. Por momentos se disipa y luego vuelve a enfocarse. El fundamentalista guarda silencio, mientras el americano ve hacia la cámara, con una mirada ida, extraviada, casi somnolienta. Uno de los hombres de negro suelta su rifle y saca una navaja. Escucha esto, güey, me pide Fernando, mientras suelta un leve grito de emoción. El hombre se agacha y comienza a cortar el cuello del joven americano, entre gritos guturales. Se escucha el sonido de la carne siendo despedazada por el filo del metal. Los fundamentalistas se emocionan e intentan detener el cuerpo de su víctima, que no para de patalear. El americano grita entre gárgaras de sangre y, lentamente, va callando. Hay un chasquido mientras el cuchillo perfora la espina dorsal (se oye, nítido) y, al final, uno de los fundamentalistas toma la cabeza decapitada y se para encima de un charco de sangre. La enseña a la cámara, que hace un muy torpe zoom hacia ella. El video termina.

—No mames, Rana. ¿Escuchaste los gritos del pobre güey ese?

—Sí —le respondo, en blanco.

Fernando sonríe, nervioso. Escucho los gritos del americano mientras me dan vueltas en la cabeza, hundidos en un negro pantanal. Mi amigo decide ponerme un par de videos más. Veo a un hombre atropellado, a una mujer que es penetrada por un caballo, otra más que masturba a un burro y otra que es ejecutada con un tiro de gracia, a pesar de sus súplicas rechinantes. Me siento, con mi tercer cigarro en la mano, a ver un video de decenas de personas brincando de las Torres Gemelas. Fernando se ríe, impresionado, y yo siento que mi cuerpo poco a poco se anestesia. Como un anticuerpo, como una medida de seguridad o como una recompensa. Veo el video de una autopsia y varias fotos de tumores, cerebros, piernas amputadas y malformaciones corporales. Fernando se masturba enfrente de mí cuando pone una película pornográfica sobre una mujer a la que la penetran en todos los agujeros posibles. Yo pienso en hacer lo mismo, pero comienzo a quedarme dormido. Fernando se viene en su computadora y la limpia con su camiseta, que no se ha quitado en cuatro días.

A las doce de la noche recibo una llamada de Arroyo. Me dice que las gringas están puestas para salir otra vez. Me baño. Me visto. Invito a Fernando, que se niega a acompañarme. Y me voy.

Subject: Santiago

¿Qué pedo, puto? ¿Qué has hecho, cabrón? hace un año que no he sabido de ti y los demás no me dicen nada. ¿Ya no te acuerdas de tus cuates?

Te platico rápido. Sigo en Madrid, pero ya me voy a Londres. Ya me cogí o me intenté coger a todas las viejas que conozco por acá (la mayoría son argentinitas), así que ya me harté: me voy a Londres, a estudiar un diplomado en arte. No sabía que se me daba eso, güey. Pero, hace una semana, tuve una pesadilla muy cabrona y me vino a la mente eso del arte. Me acordé de cuando choqué. ¿Te acuerdas? ¿El choque que casi mata al Gallego? Soñé que estaba, de nuevo, manejando, a toda velocidad, por Insurgentes, y mi coche, otra vez, se patinaba y daba vueltas y vueltas hasta estamparse contra el muro de concreto. Me acordé, al despertar, de cuando salí del coche y lo vi. Gallego todavía estaba atrapado adentro, con el cráneo pegado al cristal roto, soltando borbotones de sangre. Me acordé de su cuerpo, siendo llevado en camilla hasta la patrulla, convulsionándose, mientras un policía me interrogaba. Me acuerdo del olor de las balatas, del metal aplastado, de la sangre apachurrada. Vi mi coche hecho pomada y pensé: coño, esto es arte. Arte espontáneo, real. Aquí hay una pieza que yo hice con mis propias manos. Y ya no es un coche: es mitad máquina, mitad llanta, mitad pavimento, mitad cráneo de Gallego, mitad sangre mía, sangre suya, muro de concreto, moscas y ron. Desperté queriendo ser pintor.

¿Qué más te puedo decir, hermano?

Pásala chido.

Besos en la flor.

Matías

De rodillas frente al escusado

The world is a vampire
Sent to drain
SMASHING PUMPKINS

Algo no está bien. David está seguro de esto. La sensación de estar cometiendo un error lo golpea en el instante en el que se sube a la camioneta de Santiago. ¿Qué hago aquí?, piensa, mientras le ayuda a su novia, Ana, a subirse al asiento trasero. Pollo —uno de los tantos amigos de su anfitrión— toma el asiento del copiloto, mientras Santiago se echa en reversa, justo antes de que David logre cerrar la puerta.

—¿Listos? —pregunta Santiago, mientras se pone sus lentes de sol y arranca hacia la calle.

David responde afirmativamente, pero el sonido del cascajo debajo de los neumáticos hace que no se escuche su respuesta. Ana lo besa en la mejilla. De alguna manera siente que David está incómodo. Ella misma no está segura de qué hace en la camioneta de Santiago Hernández, con rumbo a su casa en Acapulco. Tiene motivos para dudar: hasta hace un par de semanas, nadie del grupo de Santiago les dirigía la palabra y ahora están en la misma camioneta, compartiendo un cigarro, platicando acerca de los lugares a los que saldrán en el transcurso del fin de semana.

Las razones por las que David aceptó venir a este viaje también se le escapan, elusivas. No las sabe, precisamente porque no son claras. Santiago siempre ha sido un tipo muy popular y se ha mantenido así, incluso después de que lo corrieran de la prepa. Todos saben que tiene

mucho dinero y nadie sabe de dónde viene. En los antros siempre es su mesa la que está rodeada de "niñas irreales", como David las llama. Este último, por su parte, no se puede jactar de ser alguien popular. A decir verdad, la distinción jamás le ha importado demasiado. También tiene dinero, es verdad. Pero es un animal distinto: David Andreu va a antros por una complicidad generacional, por una necesidad de evadir la soledad. Le gusta la música, el futbol, estar en su casa y, de vez en cuando, leer.

El hecho es que, en este momento, David no puede pensar en un solo coche en el mundo que albergue a dos personas tan disímiles como él y Santiago.

El acercamiento ocurrió de esta manera: hace dos semanas, mientras David esperaba su coche afuera de un bar, se le acercó Santiago. Comenzó a hacerle plática insignificante y trivial, preguntándole sobre el coche que traía, sobre el trabajo de su papá, sobre sus antros favoritos. David respondió sin sospecha alguna, como si estuviera respondiendo un cuestionario. Al final, cuando llegó su coche, Santiago le entregó un *flyer* con la dirección de un lugar. Era una invitación a un evento organizado por él.

—Va a haber una fiesta cabrona mañana, ¿te lanzas? —le preguntó.

—Este… sí… suena chido —respondió David, mientras intentaba descifrar la dirección de dicho lugar.

—Bueno, ahí te veo, puto —le dijo Santiago, guiñándole el ojo.

Y desapareció.

Al día siguiente, David y Ana fueron al cine. Llevaban poco más de cuatro meses de salir y aunque David estaba muy contento con ella, ansiaba que llegara el momento en el que ya no tuviera que sacarla de su casa cada que la recogía. Deseaba llevar lo suficiente con ella para que lo importante no fuera el lugar donde se encontraban o al que iban, sino el estar uno con el otro.

Ese día vieron una película sosa y aburrida. Rara vez veían algo interesante. David manejaba por Desierto de los Leones, rumbo a casa de Ana, cuando decidió platicarle sobre la fiesta a la que había sido invitado. Le platicó sobre cómo Santiago —que jamás le había dirigido la palabra a pesar de haber ido, siempre, en la misma escuela— se le había acercado y lo había interrogado, sólo para después entregarle un *flyer* (adornado por una mujer en negligé) y pedirle que no faltara a una fiesta que estaba organizando. Ana observó la invitación con curiosidad, imaginándose ahí: mientras sus amigas iban a este tipo de fiestas, ella estaba sentada en el cine, tomada de la mano de su novio.

No era que no le gustara. Simplemente no entendía por qué tenía que dejar ir una cosa por otra, ¿no se podía ir de fiesta y tener novio al mismo tiempo? David, ciertamente, no podía juntar ambos polos, de eso estaba segura. Para él era una cosa o la otra.

Ana se imaginó la escena de la conversación en su cabeza. La recorrió un sentimiento de admiración por David, como si lo quisiera felicitar por haber recibido esta invitación o por haber hablado con Santiago Hernández. Pero no dijo palabra alguna. También quiso empujarlo a que cambiaran de rumbo y se fueran a la fiesta, así como estaban vestidos. Pero se quedó callada.

Cuando llegaron a su casa, Ana intentó despedirse, pero David no la dejó. A pesar de que ambos tienen dieciocho años, David aún se ve obligado a saltar los obstáculos del protocolo femenino: no podrá desnudar a Ana hasta no haberla visto en ropa interior por dos meses; no podrá hacerle el amor hasta no haber jugueteado con su cuerpo desnudo por otros dos meses más. Tres quizá. David pasa mucho tiempo haciendo las cuentas e intentando evadir los recuentos sexuales del resto de sus amigos de sexto de prepa. Hasta la fecha ha logrado desnudar a su novia en tres ocasiones, y en dos de ellas traían alcohol encima. La otra fue en su casa, en donde se había dado el milagro de que ninguno de sus papás estuvieran (era domingo y se habían ido a misa). Todas aquellas ocasiones fueron incómodas y David siente que no deberían haber sido así. La imagen del cuerpo desnudo de su novia lo llenó de sensaciones inexplicables: además de sentir deseo, David sintió que lo invadía algo similar a ternura. No lo podía entender. Las cosas ocurrieron de manera torpe: David besándola como si le faltara el aire (intentando, así, empujar su libido hacia una cima inalcanzable) y Ana pidiéndole paciencia. Finalmente, David la había abrazado, sintiendo su pecho —seco y frágil— junto al suyo —húmedo y cansado.

Esa noche, sin embargo, David decidió saltarse todas las reglas que él, como novio de Ana, había impuesto. Esta vez no pretendería tener que usar el baño, ni ir por un vaso de agua. Esta vez no hablaría ni daría motivo alguno a su insistencia. Iba a pasar por esa puerta, lo dejaran o no. Ana lo besó de despedida y David prolongó el beso. Le dio la vuelta y la llevó hasta su sala, donde ella le pidió, en reiteradas ocasiones, que no hiciera ruido. Las persianas de la sala estaban abajo y la luz de un farol de la calle se veía difusa entre el cristal de la ventana. David sentó a Ana a su lado y le quitó la camiseta. Su piel adoptó un tono áureo, iluminada por el farol amarillo. Hacía frío y David lo empezó a sentir en el instante en el que se quitó los pantalones. Siguió besándola, resbalando sus labios por su cuello y sus senos, intentando desabrocharle el sostén, mientras hundía su rostro a un costado de sus brazos. Siguió frotando su cuerpo contra el de Ana, incrustando su mano entre sus piernas, abriéndose paso. Una vez lograda esta tarea, se

puso justo encima de ella, sintiendo el cosquilleo de sus vellos contra su muslo derecho. Sabía que podía entrar. Que podía hacerle el amor. Y quería. Su cuerpo entero se había convertido en títere de su erección.

De repente, dejó de besarla y tomó distancia, sin levantarse del sillón. Observó su rostro, bañado en la luz de la calle, con los ojos bien abiertos y la frente sudorosa. Notó, por un instante, el rumor de la indecisión, mientras le cruzaba la cara. Supo que no estaba lista. Yse conformó con abrazarla, desnudos, entre el frío de su sala.

Nunca antes había visto a Ana. Santiago estaba seguro de esto, aunque hubiera sido su compañero durante toda la secundaria y la prepa. Un día, saliendo de un antro, la vio caminando del brazo de un tal David Andreu. La observó caminar, con cierto orgullo y con cierta apatía, hacia la puerta de salida. Se la imaginó en su cama: escindida entre el aburrimiento y la timidez. Se imaginó a sí mismo, robándole todas esas sensaciones con un solo empujón. En los cinco segundos que le tomó a Ana salir de su campo de visión, Santiago ya se había imaginado una letanía de actos sexuales de toda índole. Prendió un cigarro y se fajó la camisa. Le dio un codazo a Arroyo, que estaba comprándose un hot dog.

—Me voy a coger a esa vieja —le dijo, con un tono de juramento, mientras señalaba la figura de Ana, que lentamente iba haciéndose pequeña.

—Ta' bien —le respondió Arroyo, mientras le quitaba los pepinillos a su salchicha y le recriminaba el exceso de mayonesa al vendedor.

—Por mis huevos que me la voy a coger.

Al día siguiente, Santiago se encontró a David Andreu en un bar en La Condesa. Y lo invitó a su fiesta.

La invitación había llegado por medio de Pollo, el mejor amigo de Santiago. Se le acercó a David en el recreo (ambos cursan sexto de prepa), le disparó un par de cosas en la tiendita y después lo invitó a echarse un cigarrito prohibido en el baño de hombres. Le dijo que se estaba armando una muy buena peda en casa de Santiago, en Acapulco y que tanto él como su novia estaban invitados.

David se mantuvo callado mientras Pollo se acababa su cigarro. Se rehusó a darle unas fumadas, a pesar de la insistencia de su interlocutor. Finalmente, Pollo apagó el cigarrillo en el mingitorio y se desabrochó los pantalones con torpeza. Mientras orinaba intentó confirmar la asistencia de David que, por algún motivo, ya sabía la respuesta, desde el instante en el que lo había invitado, unos minutos antes. Era una respuesta cargada de un impulso desconocido (ni

siquiera tenía que consultar la propuesta con su novia: también era obvio cuál sería su contestación). Pollo se acercó al espejo y soltó un largo y ruidoso bostezo. Finalmente, girando el cuerpo hacia David, le preguntó: "¿Entonces qué? ¿Te rajas o sí vienes?"

David aceptó.

El camino a Acapulco le parece eterno. David intenta dormir pero no puede. Santiago insiste en repetir una canción, una y otra vez; ni Ana ni David se atreven a decirle que por favor no la ponga de nuevo, aunque ambos están hartos de la misma tonadita. Pollo está dormido, roncando. Santiago parece un ser estático, inamovible, con la mirada fija en la carretera. El único movimiento que emite es para repetir un par de canciones en su disco.

Entrando a Cuernavaca se acaba la bruma: la carretera desciende y los árboles van cambiando, los pinos se hacen palmeras y tabachines. Mientras se avanza en el camino, éstos también van desapareciendo, dándole entrada a un paraje desértico, repleto de arbustos quemados y árboles marchitos. David imagina vivir en este lugar: rodeado de silencio, con la piel percudida de arrugas y costras, acostumbrada al interminable estiaje. Mientras avanza la carretera, el calor, también, sube y seca. David tiene sed, pero siente que no debe perturbar al silencio. No quiere hablar con Santiago porque sabe que no puede decirle nada que le interese. Siente su camiseta adherida a sus axilas y sus bermudas empapadas. La incomodidad lo rebasa.

—¿Güey? —pregunta David. Su voz se hunde entre la sonoridad de la música. Ni él mismo puede escuchar lo que acaba de decir—. ¡¿Güey?! —repite la pregunta.

Santiago se da cuenta de que su invitado lo está llamando.

—¿Qué pedo? —pregunta Santiago.

—¿Tienes agua?

—No.

David voltea a ver a Ana. Se quedó dormida. Su cuerpo está recargado sobre la puerta trasera, resbalándose lentamente. Tiene las piernas abiertas y, por debajo de la falda, David puede ver la diminuta franja blanca de su ropa interior. Siente la erección inmediata al observar el cuerpo de su novia. Es la más humana y la más animal de todas las erecciones. Por un lado se alimenta del instinto, pero este último sólo puede reaccionar a partir del recuerdo de algún desnudo anterior. Es, por lo tanto, una erección profundamente íntima, más que ninguna otra. David siente el impulso de agacharse y ver un poco más, pero se contiene. Gira la cabeza y observa la mirada de Santiago en el retrovisor. Sus ojos verdes se asoman entre sus lentes. Le sonríe a David con una complicidad que lo irrita. ¿Qué estabas viendo, hijo de

puta?, piensa en preguntarle, pero no lo hace. Con una pierna cierra el compás de las rodillas de su novia.

—Tengo chupe, si quieres.

—No, gracias.

—Te vas a cagar de sed. Falta una hora para llegar—le avisa Santiago, sin poner la mirada en la carretera y apretando el pedal hasta llegar a 180 kilómetros por hora.

Silencio en lo que David piensa sus opciones.

—Quizás menos —agrega Santiago, mientras acelera un poco más y después suelta el pedal, saboreando la velocidad.

—Bueno, ¿qué traes?

—Ahí en la cajuela debe haber unas chelas, unos boosts, una botella de vodka y un misil. Sírvete lo que quieras, mi Dave.

David sonríe, confundido. Se siente halagado de haberse merecido un apodo con el viaje recién iniciado, pero no sabe si quiere que este tipo lo llame así.

—Gracias.

—De nada —culmina Santiago, con una amabilidad que parece no quedarle.

Santiago despierta a David una hora y media después, tocándole el hombro con un par de dedos tiesos. Ana está afuera de la camioneta, estirándose y bostezando. Es lo primero que David observa cuando abre los ojos y le sonríe. Ella lo ve y se tapa la boca, sonriéndole de vuelta.

Dos guardias de seguridad bajan las maletas y las ponen en la entrada de la sala. David aún no puede descifrar la enormidad de la casa en la que está. Por lo pronto, lo único que ve es un enorme portón y un garage que alberga a más de siete coches distintos. Por ahí, escondido entre una malla negra que lo protege del sol, descubre un Ferrari Maranello azul. A él los coches le tienen sin cuidado y a pesar de que su papá le ha ofrecido comprarle uno nuevo, él se rehúsa: ¿Qué más da qué traiga si lo que importa es que avance?

Se escuchan gritos del otro lado de la casa, como si hubiera más personas. David se acerca para besar a su novia, mientras Santiago le grita algo a las demás personas desde la sala de su casa: un espacio inmenso y opulento, repleto de animales disecados y sillones de piel de leopardo. Una enorme tele con todo tipo de bocinas adorna el centro, y lo que es más extraño: David está seguro de que el cenicero en el que Santiago acaba de apagar su cigarrillo es, en realidad, una pata de hipopótamo.

David entra y Ana le aprieta la mano, nerviosa, mientras observan el lugar. Afuera, en la alberca, ambos cuentan a más de quince personas, entre hombres y mujeres. Santiago está justo

delante de ellos. Se da la vuelta, observándolos, aún sin quitarse los lentes de sol.

—Su cuarto es el quinto, subiendo las escaleras, a la izquierda. Pónganse un traje de baño, ¿no?, y nos vemos en la alberca para echar los drinks —les dice su anfitrión.

David y Ana intercambian miradas.

—Sí, chido —le responde David.

El cuarto que les tocó está en el segundo piso y tiene una pequeña terraza con vista al mar. Ana abre las ventanas, aspirando el aroma salino, mientras David se desnuda para ponerse el traje de baño.

—Está inmensa la casa —le dice Ana.

—Sí. Para que luego no digan que el narco no deja.

—David… —le susurra Ana, pidiéndole que sea más cuidadoso.

—Sí, ¿verdá? Mejor me callo, en una de ésas sale uno de sus guarros y me da unos plomazos…

—…no seas burro.

—Ven —le dice David, mientras suelta su traje de baño, manteniéndose desnudo.

—Estás loco, mi amor. ¿Qué van a decir si no bajamos?

—Les vale madres ¿O tú qué crees? ¿Qué somos los invitados importantes o qué?

—Pues no, pero…

—Ven.

Ana le sonríe, coqueta. Se acerca y lo besa, humedeciéndose mientras siente el cuerpo desnudo de su novio contra el suyo, aún vestido.

—¿Te gusta más esta casa que la mía?

—¿Cuál tuya? —le pregunta Ana, entre besos.

—La mía de Valle.

—Para nada, la tuya está mucho más padre.

La casa de Valle de Bravo de David es el equivalente a la casa en Acapulco de Santiago. Sólo que ahí no hay animales disecados, ni televisiones gigantescas. Hay un par de botes para esquiar y un coche en el garage. Es una casa a la orilla del lago que compró el abuelo materno de David y les heredó en vida.

—Me alegra —le dice, mientras le besa el cuello e introduce la mano adentro de su falda.

Santiago se alegra de la tardanza de sus invitados. Qué bueno que no estén bajando, piensa, eso significa que la Anita coge. Se sirve una cuba bien cargada, mientras mide su cuerpo en la ventana. Le ha servido de

algo ir al gimnasio, no cabe duda.

—Ya métete, puto —le grita Pollo, desde adentro de la alberca, en donde sus lonjas flotan como grasa que se niega a disolverse.

—Ahí voy —responde Santiago, mientras piensa en su próxima estrategia.

Ana y David aparecen en la escalera, tomados de las manos.

—Aleluya —grita, de nuevo, Pollo.

Ana se sonroja y le da un codazo a David:

—Te lo dije, idiota.

—¿Quieren algo? —les pregunta Santiago, mientras endurece los músculos de su abdomen y le da un sorbo a su ron.

—Vodka, ¿tienes? —le pregunta Ana.

—Sí, en la cocina. Ven, te llevo.

Ana se va con Santiago y David se queda solo, en traje de baño. Nadie lo voltea a ver y de nuevo lo golpea la sensación de que algo no anda bien. Observa, de reojo, su cuerpo en el cristal de la ventana. Es demasiado delgado, aunque no es feo. Su rostro es correcto, aunque ligeramente afeminado: ojos azules y largos, la nariz puntiaguda y los labios finos. Se siente observado, como si todas las chicas que pretenden estar platicando dentro de la alberca en realidad estuvieran hablando mal sobre este invitado que ellas no aprueban.

Santiago pretende no encontrar el vodka en su alacena, mientras Ana mete la mano dentro de una bolsa de papas.

—¿Qué hacían allá arriba, cochinos? —le pregunta Santiago, con un tono pícaro.

Ana siente cómo se le suben los colores al rostro. Por un momento se siente culpable de haberse desnudado con David y piensa en su madre (a la que aún no le ha hablado para avisarle que ya llegó).

—Nada —le responde, mientras busca un teléfono en la cocina.

—No, está bien. Hagan lo que quieran, para eso tienen un cuarto para ustedes dos —le dice Santiago, mientras continúa chocando unas botellas contra otras como simulacro de búsqueda y avistando a Ana en el ínterin. Trae un bikini verde aceituna, combinado con un pareo blanco y transparente. Su cuerpo es delgado, tal como le gustan a Santiago. Seguro aprieta rico, piensa, mientras esconde la botella de vodka, una vez más, para tener que buscarla de nuevo.

—Sí, gracias.

—Créeme, si yo tuviera novia no saldría de mi cuarto.

—¿No tienes novia?

—No, carajo. Fíjate que corté hace dos meses… —le dice Santiago, con un dejo de melancolía—. Bueno, de hecho me cortaron.

—No manches, qué mal pedo.

—Sí.

—¿Quién era?

—¿Quién?

—Tu novia.

—Ah… es una chava brasileña, no la conoces —dice Santiago, esquivo—, ya ni vive aquí.

Santiago decide que ha platicado suficiente. Saca la botella de vodka y le sirve un buen trago a Ana. Ella lo prueba. Le gusta cómo bebe: discreta y silenciosa, pero con una frescura final que le parece un tanto excesiva. Hay tantas cosas que Santiago cree poder deducir del acto de verla beber de un vaso y su mente no escatima: piensa en cada una de ellas.

—¿Tienes un teléfono que me prestes?

—Sí, sí, aquí en la sala, saliendo de la cocina.

—Ok, gracias —le dice Ana, mientras desaparece con su bebida en la mano.

David abre la puerta trasera de la cocina.

—¿Y Ana? —le pregunta a Santiago.

—Fue a hablar a su casa, Dave.

—Ah, ok.

—¿Seguro no quieres nada?

—No, de veras, estoy bien.

—Chido. Bueno, pues yo voy pa' fuera. Ahorita te veo.

Y, de nuevo, David se queda solo.

La tarde cae en el puerto de Acapulco y a lo lejos, hacia la bahía, el mar se pinta de naranja, reflejando los colores del cielo. Los edificios que adornan la costera tienen las ventanas pintadas del color del sol: parecen como un millar de ojos amarillos. Y parecen estar tan lejos. David tiene la sensación de estar postrado sobre un nido inalcanzable. Si gritara nadie lo escucharía. Si quisiera bajar, tampoco podría.

Ana está un poco borracha. Está acostada bocabajo en un camastro, al lado de la alberca, platicando con un par de chicas menores que ella. Deben tener 16 o 15, tal vez. Habla sobre la carrera que quiere estudiar y sobre el mejor lugar para salir mañana, que es el día del Grito. David no está interesado en la conversación, así que sale de la alberca y se mete dentro del jacuzzi, donde está Santiago, otro amigo suyo que se llama Matías y Pollo. Los demás están en otro lado de la casa.

—¿Ya estás pedo, mi Dave? —le pregunta Santiago a David, extendiendo los brazos.

—Más o menos —responde, mientras se mete, cuidando no quemarse, al agua.

—No seas puto, no está tan caliente, güey —le dice Pollo, con su

habitual tono.

—Ahí voy.

David logra meter todo su cuerpo dentro del jacuzzi, asegurándose de que la quemazón es temporal y que, tarde o temprano, se acostumbrará a este calor infernal. Nunca ha sido un tipo de climas calurosos. Odia el vapor y el sauna. Le gusta la nieve y las mañanas húmedas y frías de Valle de Bravo. El mar, también, le tiene sin cuidado.

—¿De qué platicarán las viejas? —pregunta Matías, obser vando al trío que platica en los camastros.

—De pura pendejada —sentencia Pollo.

—Seguro —añade Santiago, riéndose y prendiendo un gallo de mariguana. Le da un toque y lo pasa. Todos aceptan menos David, que alega —mintiendo— que se le cruza con el alcohol. Nunca en su vida ha probado una sola droga.

Pasan los minutos y David siente el adormecimiento paulatino del jacuzzi y el burbujeo constante. A lo lejos escucha la marea. Podría quedarse aquí por el resto del fin de semana, sin problema alguno. Estaría más que encantado de no tener que cruzar palabra alguna con el resto de los inquilinos.

—Oye, Dave… —lo llama Pollo.

—¿Qué pedo?

—Ta' buena tu vieja, puto.

—Gracias —responde David, cerrando los ojos, intentando comprender el porqué del comentario.

—Ta' bien buena.

David se levanta y se sienta, derecho. Quiere que, con la menor cantidad de movimientos, quede claro que no le gusta que hablen así de su novia.

—No… —dice Santiago—, podrías tener una vieja mucho mejor.

David le levanta la mirada a Pollo y observa a Santiago, intrigado. Se alegra de que este tipo, que incluso a él le parece guapo, no opine que su novia es atractiva.

—¿Neta? —pregunta David.

—A huevo, güey —le dice Santiago. Pollo se ríe, incrédulo. Sabe del plan de su amigo. Su risa cesa en el instante en el que Santiago le dirige la mirada.

—¿Por qué? —pregunta David.

—Pues, güey… todos sabemos que tienes lana, cabrón. Tu papá es un tipo muy verga. Podrías traer mejor cola —le dice Santiago, sin titubear.

—¿Nada más porque tengo dinero?

—No… bueno, no afecta, ¿no? —Santiago se ríe—. Yo no te entiendo: pudiendo ser un güey muy cabrón, ahí andas siempre, medio

jodido… y encima andas con esta vieja, que ni está tan chida…

Matías se termina el gallo y arquea el cuello, recargando su cabeza en el borde del jacuzzi. Pollo guarda silencio, con la boca abierta y el rostro idiotizado. David observa a Santiago, intentando medir lo que le dice. ¿Tendrá razón?

—Piénsalo, Dave, piénsalo —le dice Santiago, justo antes de salirse del jacuzzi. David gira el rostro y observa a su novia y a sus nuevas amigas. Las tres están observando a Santiago, mientras éste se arropa la cintura con una toalla.

Llega la noche y el tiempo empieza a transcurrir demasiado lento para David. Desde chico ha odiado la idea de tener que estar en lugares en los que él no tiene el control: no puede irse cuando quiera, no puede hacer lo que le plazca, no puede decidir cuando algo se ha acabado. En este caso se encuentra en una circunstancia que está muy apegada a todas esas cosas que le desagradan. A las ocho de la noche decide que el alcohol es la mejor manera de sedarse. A las diez de la noche ya está borracho y Ana ya es amiga de todas las demás chicas. A las once, David escucha que Santiago conoció a la mitad de sus invitadas en Pamplona y que después las invitó a un yate que renta, cada año, en St. Tropez. Se cogió a dos en una semana, asegura. David siente un golpe de envidia brutal, ¿qué se sentirá ser este tipo? ¿Y si fuera verdad que existe la posibilidad —cual sea— de que él pudiera ser como Santiago? ¿Y si realmente se está desperdiciando y es la mitad del hombre que podría ser?

Varios planes surcan por el grupo, pero la apatía inunda la sala. De vez en cuando surge un par de conversaciones aquí y allá, pero se disipan presurosas, como si fueran manchas negras que no pueden ocupar un lugar en medio de una atmósfera tan diáfana o viceversa. David escucha el intercambio de monosílabos y las exclamaciones constantes de ebriedad. Pollo sugiere que vayan a levantar a unas naquitas para después traerlas a la casa y correrlas a nalgadas. Matías lo secunda, pero Santiago insiste en que ninguna india va a entrar a su casa. Otro amigo suyo —un tal Quiroz— quiere salir de antro, pero Santiago no quiere. Cuando se levantan las chicas y van a la cocina a servirse algo, afloran sus motivos: hoy es la noche para coger como conejos, dice. David cae en la cuenta de que puede ser que su novia esté en el menú y ni cuenta se haya dado. O quizás sí, lo que lo desquicia. La posibilidad de hablar con Ana y encerrarse en su cuarto le apetece, pero ya puede ver venir la negativa. Jamás lo aceptaría, él lo sabe, después de lo que pasó en la tarde cuando los amigos de Santiago se dieron cuenta de que se habían tardado un poco de más en bajar a la alberca.

Ana se sienta en las piernas de David. Está ebria. Es muy notorio: Ana nunca ha podido disimular cuando bebe. Sus párpados se entrecierran y sus mejillas se inflaman de un color rojizo, casi como el de un bebé blancuzco que acaba de irritarse. No puede mantener la boca cerrada. David está, probablemente, más ebrio.

Las horas pasan y el ambiente muta. La piel de los instantes derrama su corteza inofensiva y David se vuelve un espectador (un receptor) del momento. No lo absorbe, ni lo guarda: los rostros de las demás personas lo golpean como cuadros que han tomado vida, pero ninguna palabra se guarda en su conciencia.

—¿Qué no fue ese güey el que le dio un balazo a un cabrón saliendo de un antro?

David intenta abrir los ojos mientras Ana se para a servirse otro vodka. Nunca la había visto beber así y Ana se siente orgullosa de poder, por fin, sacar esa parte de sí misma. Está feliz de poder dejar atrás los viernes de cine y de desnudos extraños. Se alegra de poder sentirse como una chica normal de 18 años y el alcohol que recorre su cuerpo es un símbolo perfecto de esa autonomía, de ese hallazgo. Aunque sea por una vez, se convence, está bien ser un desmadre y poder beber hasta caerse. David sigue bebiendo en un intento de anestesiarse y de poder pertenecer, aunque sea en un lugar que le resulta tan ajeno. No quiere ser el único sobrio.

—¿Quién quiere un poquito de mota?

El gallo pasa por varias manos. A David le llega un carrujo apretado y diminuto, que apenas y puede sostener sin quemarse los dedos. Finge darle un golpe y se lo pasa a Santiago, saltando a Ana, que está demasiado ebria como para fijarse.

—Pollo, ponte los pantalones.

De algo se están riendo, pero David no logra captar el chiste. Matías saca la lengua y empieza a emitir sonidos guturales. Pollo suelta un risa estentórea y rasposa. Santiago tose, manteniéndose en silencio, observando toda la escena con una aire altivo de lejanía y ligero desprecio. Ana se limpia la saliva de los labios y Arroyo se acerca al estéreo para subirle el volumen a la música. David siente que se está mareando.

—Trépale Arroyo, trépale.

Pollo se queda en calzones y se acerca a una de las chicas que está sentada en el sillón contiguo al de David y Ana. Le empieza a besar el cuello, mordisqueándole la oreja como si fuera de goma. La chica se queja, pero después accede. Matías se une a Pollo y comienza a besarla y tocarle los senos, manoseándolos por encima de la blusa. Santiago se retira de la sala, tomando a una de las chicas de la mano y riéndose.

—Pinches cerdos.

David contempla la escena y Ana recuesta la cabeza entre sus rodillas. Quiroz gatea hacia el sillón donde están Matías y Pollo y, sin mayor preámbulo, le baja los tirantes de la blusa a la chica, que comienza a gemir como una diminuta presa entre tres carnívoros furiosos. Matías desciende su brazo rápidamente entre los senos de la chica y mete la mano entre sus piernas, por debajo de su minifalda. Le quita el traje de baño (un rosa luminoso y florido). Quiroz se une y ambos comienzan a masturbarla, sin dejarse espacio alguno para turnarse: ambas manos se pelean en la entrepierna. David siente el pulso de la excitación. Le da culpa. Voltea hacia otro lado. Una chica rubia y delgada (de no más de 16) lo observa desde el otro lado de la sala, con una sonrisa floja y con las piernas abiertas. Ana se empieza a quedar dormida. Voltea a ver a David.

—Quiero vomitar, mi amor.

Ana se levanta y trota hacia el baño. David la sigue, tropezándose con dos escalones. Ana vuelve el estómago en el lavabo. David la carga hasta el cuarto y después baja a limpiar el vómito con un poco de papel de baño. Se ve al espejo, con vómito en sus manos, en su nariz, su pantalón, sus dedos. Quiere dormirse.

David despierta y se da cuenta de que ha perdido la mañana entera. El reloj marca las tres y media de la tarde y Ana sigue dormida junto a él. Un rastro de saliva recorre la parte superior de la almohada hasta llegar a sus labios. Las sábanas cuelgan del colchón, tocando el piso. El dolor de cabeza no tarda en llegar, a pesar de que las persianas están cerradas y David no puede escuchar nada salvo la respiración de su novia y un par de chapuzones distantes. El agua sale de la alberca y vuelve a caer. David cree poder contar cada gota. Le están perforando la cabeza.

Se para de la cama y se mete a la regadera, quemándose en un principio y después ajustando las llaves hasta que el agua sale tibia. Se sienta en un rincón de la regadera, observando sus genitales tocar el piso. Siente frío. Escucha la coladera y se imagina el sonido de una inmensa boca negra, insaciable, que engulle todos los líquidos del mundo. Así se sentaba, de chico, en su propia regadera, a contar cuántos pelos púbicos le habían brotado. Los contaba uno por uno y después hacía el intento de masturbarse. Al final —cuando, después de mucho jaloneo, lograba extraer una miserable gota amarillenta de su pene— solía sentirse infinitamente solo. Era la sensación de dejar de acariciarse. Una mano más que se alejaba. Piensa que quizá era por eso que se masturbaba tanto.

Las horas transcurren en la regadera. Ana abre la puerta y lo ve sentado en el piso, le pide una disculpa adormilada y vuelve a dormir. David recuerda cómo le tenía miedo a los aviones. A la mitad del

vuelo solía entrar al baño y no había poder humano que lo sacara de ahí. Finalmente, cuando escuchaba que faltaba poco para el aterrizaje, salía del baño. Se sentía seguro ahí adentro.

Son la siete de la noche y la piel de David se asemeja a un hueso de durazno. Ana ya no está dormida, pero tampoco está despierta. Nadie ha venido a despertarlos. David piensa en acercarse a ella, desnudo y, sin mayores preámbulos, desnudarla a ella también. Ana no quiere. La posibilidad ya le cruzó por la mente y ha decidido alejar cualquier intento que David haga. Se siente demasiado mal, no tiene ganas. Hoy no, simplemente hoy no.

David sestea un par de horas más, adentro del cuarto, mientras Ana lee una *Cosmopolitan* que encuentra en uno de los cajones. A las diez, Quiroz entra al cuarto para pedirles que se vistan porque van a salir de antro. David no tiene ganas y Ana, a pesar de que su cuerpo le pide quedarse aquí, decide meterse a bañar y arreglarse. Él la espera paciente, en lo que ella sale de la regadera. La quiere ver cambiarse: el desnudo inicial no le llama tanto la atención, sino el proceso de cómo lo cubre: la tanga azul subiendo por sus piernas y ajustándose firmemente entre sus nalgas; su pecho arqueado hacia atrás mientras sus brazos se tuercen para abrocharse el sostén en un solo movimiento; los pantalones que entran por ambas piernas, como una segunda piel y, al final, el maquillaje frente al espejo. Ver a una mujer vestirse, concluye, es igual de satisfactorio que verla desnudarse aunque el resultado sea, por fuerza, menos deseable. No obstante, todos sus planes se caen al piso: Ana sale de la regadera con una toalla ajustada justo arriba de los senos. Se agacha para escarbar dentro de su maleta. Saca una minifalda y un top azul claro y vuelve a entrar al baño, cerrando la puerta. Te amo, le dice David y ella se lo contesta.

—No te vistas todavía, mi amor. Sal tantito.

—¿Cómo crees, David? Ya nos están esperando.

—Se van a tardar años. Ven —le implora.

—Ahorita, espérame.

Ana sale del baño media hora después. David, mientras tanto, había hurgado entre los contenidos de su maleta, encontrando varios pares de calzones, ¿por qué habrá traído tantos?, algunos ni siquiera él los conocía. Sacó dos que le parecieron cachondos e intentó masturbarse con ellos. No pudo. Le pareció denigrante la idea de tener que imaginar algo que estaba a su alcance. Salieron a las once de la noche, repartidos en tres camionetas. David y Ana se fueron junto con Matías y otras dos chicas en una Cherokee blindada. Se tardaron media hora en llegar al antro, pero una vez abajo del coche, Santiago no tuvo ni que abrir la boca para que los cadeneros los dejaran pasar a todos. Al entrar, Santiago ni se molestó en saludar al cadenero que, al verlo, agachó la cabeza ligeramente. Resulta que el papá de Santiago es uno de los

dueños de este lugar.

Las mesas que les consiguen son las mejores de todo el antro. David está consciente de que él, por sí solo, jamás podría haber conseguido mesas así. Lo que es aún más extraño es que todas las mesas que circundan la de Santiago parecen estar conformadas de amigos suyos: está Miguel, el Rana, su novia Andrea, Fernando, Arroyo y los demás personajes de la prepa y, en otra mesa, unos tipos que se ven mayores que ellos. Todos saludan a Santiago como si él fuera el jefe. Ni siquiera saludan así a su hermano, Jimmy, que también viene con todo su grupo.

Pasa la primera hora y David a duras penas se para de la mesa. Está demasiado ocupado contando las copas que se bebe su novia y observando la circunferencia de sus nalgas enmarcadas por la minifalda de mezclilla; siente una mezcla de deseo y celos que no puede discernir, ni desmenuzar. Es nueva para él. Santiago da vueltas alrededor del grupo de chicas (Ana incluida) y se acerca para susurrarles detalles que, al parecer, les resultan hilarantes. David siente su estómago derramar bilis cada que Ana se ríe de algún chiste de su anfitrión.

Cada quince minutos, Ana hace sus rondas y se sienta al lado de David. Está arrepentida de haberlo traído aquí pero, de forma inexplicable, también está apenada. No quiere que la gente piense que este tipo, de cara enjuta y seria, es su novio. Así que decide no tomarle la mano y mantener la voz baja cuando le dice cosas. Esta vez, los "te amos" se disipan en el ambiente, arrastrados por la música y las luces.

Santiago se acerca a David y se sienta junto a él. Le sirve una cuba y le pide que se la avienten de hidalgo. Accede.

—¿Sabes una cosa mi Dave? —le dice Santiago.

—¿Qué pasó?

—No me vas a creer, pero le gustaste a una de mis amigas.

—¿A cuál? —pregunta David, con un dejo de curiosidad.

—¿Ubicas a Marisol?

—Es la de camiseta verde que está junto a mi novia, ¿no?

—Ésa.

—¿Neta? —pregunta David, sin podérsela creer: Marisol mide 1.70 y tiene el pelo rubio y largo. Su cuerpo es sumamente delgado.

—Vas, güey.

David no puede creer que Santiago lo esté conectando con una amiga suya, y aunque sus instintos, en general, lo alejarían de esta oportunidad, esta vez puede que no lo hagan: la circunstancia está clara: su novia no lo pela y está de coqueta y él puede optar por dejarse derrumbar por los celos o darle una cucharada de su propia medicina.

—Pues voy a ver —finaliza David.

—Bueno, yo ya te dije, puto —le dice Santiago, con una enorme y blanca sonrisa.

David se toma cuatro cubas en una hora. Siente la necesidad de pararse por primera vez en la noche, para orinar. En el camino se topa con Marisol que le pregunta por qué ha estado sentado toda la noche. David, para su sorpresa, suelta un par de comentarios simpáticos y Marisol se ríe. Es un buen augurio. Quedan de verse en la barra VIP.

El lugar está lleno. David se tarda varios minutos en recorrerlo todo y llegar hacia el lugar de encuentro. Tras cruzar varias mesas, llega hasta la barra, donde se encuentra a Marisol. Desenfunda la tarjeta de crédito (la que no debería de estar usando) y pide ocho caballitos de un trago que ella escoge. Uno por uno se los van tomando, casi sin cruzar palabra alguna, pero David se siente bien. A lo lejos puede ver a Ana platicando con Santiago y con un amigo suyo y decide que es hora de dejar de preocuparse por ella. A su lado está Miguel Navarro, Rana, platicando con una chica, también amiga de Santiago. Se acerca para decirle secretos y aprovecha para morderle las orejas. Le guiña el ojo a David, a pesar de que todos saben que lleva un tiempo siendo novio de Andrea, una chica muy guapa y agradable. Si este tipo lo está haciendo y su novia es así, ¿por qué yo no?, piensa David, mientras se acerca a Marisol y le muerde el cuello, con la boca abierta, dejando saliva entre beso y beso. David se percata de su torpeza pero Marisol, al parecer, no. Toma distancia y la observa: está ebria pero contenta. Sigue, le pide, mientras gira su cráneo y acomoda su cabello detrás de su oreja. Él obedece.

Una hora y dos madrizas después, Santiago los interrumpe. Te lo voy a robar tantito, le dice a Marisol, mientras toma a David del brazo, jalándolo hacia un lugar secreto.

—Te voy a llevar a un lugar bien chingón.

Santiago sube unas escaleras y abre un portón negro. Adentro hay un diminuto cuarto oscuro, con su propia barra y otro tipo de música. David cuenta a menos de treinta personas, en total. El cuarto no tiene ventanas, ni ventilación. Hace calor y el aire parece estar espeso por el humo de cigarro. David siente cómo le empiezan a sudar las manos y las axilas (detesta sudar así). Toma las mangas de su camisa y las jala hacia fuera, intentando filtrar pequeñas cantidades de aire a su cuerpo. No puede. Mete la mano y toca su pecho húmedo, inexplicablemente frío.

—¿Y Ana? —pregunta David.

—Ana… —responde Santiago, pensando—, está con Quiroz, no te preocupes.

David finge no haber escuchado eso y sigue a su anfitrión.

—Chíngate éstas —le dice Santiago, señalándole tres líneas de cocaína que están acomodadas justo arriba de una mesa periquera.

David no la piensa dos veces. El cóctel de música y alcohol lo vence y toma asiento en un banco, inclina la cabeza y sorbe tres veces, hasta

ingerir las tres líneas enteras. Una sensación de adrenalina lo invade. La música se amplifica, lo quema. La gente se mueve más rápido y a veces más lento. Santiago lo sumerge en una conversación de la que no puede recordar nada. Le habla de Marisol, de su dinero, de su papá y del idiota de su hermano. David le responde en monosílabos, mientras bebe *jaggermeisters* hundidos en un líquido azuloso y energético. Santiago le recomienda que no se tome muchos de ésos, pero él está seguro de que hoy no hay nada que pueda hacerle daño.

Cuando David decide descender del cuarto secreto, el antro luce distinto. El piso está húmedo con alcohol derramado, y en el baño (que es unisex) puede observar a las chicas orinando con la puerta abierta. Les dice cosas. Algunas lo insultan, otras se le acercan y le hacen plática.

Justo afuera del baño David se encuentra a Marisol y hace lo que desde hace tanto tiempo quería hacer, con la mujer que fuera: la besa sin pedirle permiso. El beso es largo y brusco. David la azota contra la pared, tropezándose con la gente que pasa cerca de ellos, sin hacerles caso. Ella lo jala con sus piernas y comienza a gemir mientras toma una de sus manos y la guía hasta sus senos, apretándolos firmemente y soltando quejidos de ligero dolor ansioso. David decide abrir los ojos y observa a Ana, a lo lejos. Está sola, parada, con los ojos caídos. Lo está viendo a través de la luz del estroboscopio. Una cascada de gente le nubla la vista y Ana desaparece.

David suelta a Marisol y sube, solo, al cuarto secreto, donde se toma dos tequilas e inhala una línea más. Santiago ya no está ahí arriba. Sólo está Quiroz, rodeado de un grupo de cinco mujeres y dos hombres.

Por una hora, David busca a Ana. Sus piernas le pesan y ya no puede mantener el equilibrio. La adrenalina de la coca va disminuyendo y siente náusea. Afuera del baño un tipo se derrumba en sus brazos y él decide abrazarlo, compadeciéndose de él. Después, el tipo se aleja y lo empuja e insulta. Otros dos tipos le dan de empujones, azotándolo contra un mingitorio, en donde David se golpea la cabeza y un par de gotas escapan del retrete y le salpican el rostro. Llega Matías con un grupo de sus amigos y se agarran a golpes con los tipos que lo empujaron. Matías le revienta una botella de cerveza en la sien a un tipo delgado, pequeño y calvo. David se levanta, evadiendo el conato, y camina hacia su mesa. Ahí, en la barra, observa la silueta de Ana. Se acerca a ella y la ve besando a Santiago, que tiene sus manos dentro de su falda, moviéndose en espasmos. Marisol llega y toma de la mano a David y comienza a besarlo en un sillón. Él abre los ojos, mientras ella le muerde los labios y le frota la verga. Entre el tumulto observa a Santiago mientras le levanta la falda a Ana y hace a un lado su ropa interior azul. Quiroz se acerca a pedir un trago y Santiago lo toma de la mano: lo

guía, en un solo paso, hasta la entrepierna de Ana. Santiago la sigue besando, mientras Quiroz la masturba. Ella parece no percatarse. Un par de personas se ríen al darse cuenta de lo que está pasando, otras hacen caso omiso. David decide llevarse a Marisol a otro lugar. Justo antes de pararse, voltea a ver a su novia.Por un instante sus miradas se cruzan, sin decirse nada, como un conducto efímero y vacío, en donde el único eco es el del silencio.

David se mete con Marisol en uno de los baños. Le baja los pantalones y ella se agacha, poniendo sus manos en la tapa del escusado. David la penetra con dificultad. A ella parece gustarle. Dos chicas abren la puerta y se ríen al ver la escena. Se les olvida cerrarla. David, con los pantalones abajo, decide cerciorarse de que esté puesto el seguro y cierra la puerta con firmeza. El efecto del alcohol sigue en ascenso, pero no deja de moverse. Marisol gime, impulsándose con los brazos hacia la pelvis de David, golpeándolo con sus nalgas. Él le arranca el sostén y termina viniéndose dentro de ella.

Marisol sale primero. Él se cae en el piso del baño y tarda varios minutos en levantarse. Finalmente logra abrir la puerta y limpiarse el semen de los pantalones. Se guarda el sostén roto en una bolsa y camina hacia fuera. En la barra, David cree ver a Santiago y a Ana que, al parecer, siguen besándose. Sin pensarlo dos veces se abalanza en su contra, chocando contra los sillones y los muros, las columnas y la gente. Te voy a matar, hijo de puta, le grita, aún sin estar seguro de que la persona que está viendo es, en realidad, Santiago. Antes de que pueda estar seguro, David siente que algo muy pesado lo tumba al piso. Cree ver a Pollo. Alguien azota su rostro contra el metal de la mesa. Lo último que distingue David es el olor de la alfombra: huele a carne podrida, bañada en alcohol.

Son las cuatro de la tarde. Es domingo y el calor es húmedo y pesado. David despierta en una cama de un pequeñísimo cuarto de hotel. Aún está vestido y se da cuenta de que se durmió encima de las sábanas. La sangre en su camisa azul está seca y ha tomado un color morado, casi negro. Ana no está junto a él. Sus pantalones huelen a orines y le falta un zapato. No puede soportar el dolor de cabeza. Siente como si tuviera una llaga a la mitad del cráneo. Mete la mano adentro de la bolsa derecha de su pantalón para ver si tiene su cartera. Ahí está, junto a un sostén y un billete de 200 pesos, empapado. Piensa en hablarle a Santiago para que venga por él, pero cae en la cuenta de que no sabe su número de teléfono. Ni siquiera sabe cómo llegar a su casa; se durmió cuando iban llegando. Decide marcar al celular de Ana, inmerso en un sentimiento de culpabilidad inexplicable, a pesar de que no recuerda casi nada de la noche anterior.

Suena el tono de marcado y después la línea abierta. El buzón entra, de repente. Y así sucesivamente en más de diez ocasiones. Parece como si no quisiera contestarle. Y es así como, poco a poco, David comienza a recordar.

El último cadáver

Mi vida nunca fue distinta. Estoy seguro de eso. Intento analizar el proceso y, por un momento, creo darle al clavo. Hace un par de meses murió mi último abuelo. Yo acababa de cumplir 27 años y estaba a un par de días de irme a vivir con algunos amigos, separándome, así, de la única vida que conocía. Abrieron su féretro y observé su rostro, con la quijada hundida y con una leve sonrisa. Me di cuenta de que no era él el que sonreía: sus músculos, simplemente, habían caído en esa posición. En un par de horas, el cuerpo de este hombre sería un puñado de cenizas que guardaríamos, días después, en un pequeño cajón de una iglesia. No sé qué fue lo que me pasó, pero no lo pude observar, ni decirle nada, ni pensar nada en concreto cuando lo tenía enfrente de mí. Me obligué a pensar en algo significativo, algo sólido, como para crear una postal que lo acompañara de ese día en adelante. No pude y decidí salir corriendo de su velorio. Tomé mi coche y me fui hasta mi vieja casa. Me encerré en mi viejo cuarto: justo al lado del de mis padres. Sólo había una cama y ropa vieja en los cajones. Encontré las cartas de mis novias debajo de mi cama, junto con una camiseta que todos mis amigos me firmaron en sexto de prepa. Estaba llena de polvo. Intenté descifrar algunos de los comentarios, pero no pude. No tenía ganas de llorar, aunque sabía (y sé) que acababa de morir la última persona a la que, más allá de mis padres, le debía el estar aquí. Mi madre entró a mi cuarto, una hora después, mientras yo intentaba dormirme. Me gritó entre llanto, y me recriminó mi escapada. Me dijo que yo, su hijo, era una mierda.

Me puse a pensar: ¿alguna vez fui una buena persona? Cuando era niño jamás escuché a nadie congratularme por mi conducta: mi vida

estaba basada en cercos y castigos: “David, respeta a los mayores”. “David, no le pegues a tu hermana”. “David, ya no estés robándole la comida al pobre de Ortega”. Me acuerdo perfecto. Todo era lo que no debía hacer, porque, quizá, todo lo que hacía estaba mal y debía aprender el camino de la bondad. Nací siendo malo y durante años intentaron hacerme bueno, enseñarme a distinguir lo correcto de lo incorrecto. Lo hicieron mis abuelos y mis padres, mis tíos y mis profesores. Nací y crecí rompiendo reglas, como todos. Y como todos, fui castigado por no cumplir expectativas. Hubo un momento, cerca de los 23 años, donde me asumí (por algo que hice) como lo que soy, sin pensar en términos de bondad y maldad. El daño estaba hecho y yo jamás cambiaría. Ahora llevo años siendo el mismo, no me cabe duda. Y el que soy no pudo hacerle cara a la muerte y eso es precisamente lo que detestó mi madre. Se detestó a sí misma, también, porque yo soy su culpa. Estoy aquí por ella, porque su vida habría estado incompleta sin hijos y decidió tenerme. Porque no bastó casarse con mi padre y tener tres coches en el garage. No bastó la casa en San Ángel, ni la boda con trescientos invitados. Había que tener hijos: para hacer pequeñas copias calca de ellos mismos, para tener la misma vida que sus padres tuvieron. Hoy había muerto el último de ellos y su hijo había huido al enfrentarse al último cadáver. El hecho es, entonces, que no aprendí nada. Todos los castigos y todos los acotamientos no me sirvieron. Soy el arquetipo perfecto del ser humano y aunque la frase me halaga, no puedo evitar sentirme como algo común y corriente.

Ahora, solo en mi nueva recámara, me doy cuenta. No soy el peor de los hombres, simplemente soy uno de ellos. La muerte de mi abuelo me hizo reconocerme. Por fin puedo pensar en algo que mandarle a través del gigantesco abismo que nos separa: lo tengo frente a mí y sé que no pude decirle nada porque fue como yo. Sé que soy su producto y que, como él, jamás podré levantarme del fango en el que ambos nacimos. Sé que él, como yo, tampoco aprendió las lecciones. Sé que estamos igual de extraviados. Le agradezco eso. Y nada más.

A QUIEN CORRESPONDA

De entre los árboles del Pedregal brincábamos todos nosotros. Nos veíamos felices, nuestros rostros estaban cubiertos por una neblina pertinaz que nos manipulaba como títeres. Íbamos brincando edificios con un aire de urgencia, como si en verdad tuviéramos algún lugar al que llegar. El aire a nuestro alrededor se volvía denso: del suelo se hacía otro suelo y del cielo salían nubes, expulsadas por unos labios negros y presurosos. Nuestro cuerpo se volvía tinta e íbamos pintando (como aquellos aviones que veíamos de niños) el cielo con nuestras piruetas. Caíamos en el pavimento, cruzando la densa espuma del viento. Nuestros pies golpeaban la superficie como plomo sobre arena. Quedaban nuestras huellas y después se disipaban entre riachuelos que, en mi imaginación, sabían amargos como la cáscara de un limón. Caminábamos en busca de algo —no sé de qué— y, de repente, la calle se abría: el asfalto se hacía líquido y nos arrojaba a un mar azul y cristalino. Nadábamos batallando la asfixia entre las burbujas. Yo estaba buscando a alguien que no conozco y tú también. Todos lo hacían. Al final nos quedábamos solos, flotando, como peces sin aletas: llenos de aire, pero inútiles y absurdos. Nadie intentaba nadar y yo me desesperaba. Intentaba acercarme a ustedes, pero se alejaban cada vez que me veían venir. Oí, en algún momento, a mi madre reírse y observé el pasillo largo de mi casa. Vi el sol como no lo había visto desde que tenía once años: era blanco y cegador, como un alfiler de luz. Y volví a ese momento: ahora, el agua era oscura y ustedes eran tan sólo destellos opacos entre la enormidad de la nada. Las sombras se dilataban. A lo lejos, vi un pequeño hueco, como un cañón luminoso. Me decía que era mi vida. Me acerqué y observé las manos grises y cadavéricas

(porque así las quise ver) de alguien: iban recortando mi vida, haciéndola pedazos y trizas, y tú estabas ahí: estaba mi padre jugando golf, y mi madre sentada en mi sala; estaba mi hermano subiendo a mi litera, llorando porque su pelota favorita se quedó atascada entre las espinas de los piracantos; estaba mi primer beso y la primera vez que manejé un coche: y todos esos momentos caían, víctimas de una enorme daga que los cortaba en dos, desparramando sangre y vísceras y saliva y vómito y humo, humo blanco y pasivo. Me gritaba. Aullaba. Era cada instante —menos en el que ahora te escribo— siendo degollado. Ustedes seguían atrás, flotando, inertes. Sus rostros iban desapareciendo, esfumándose. Sonó un teléfono (mi celular) y un limpiacoches me aventó un líquido espumoso en el parabrisas, pero yo me seguí imaginando eso: todo con un aire perentorio, necesario. Me metí al cañón y floté entre mariposas atascadas en luces neón. Me postré en sus alas, pero no volaban: se mantenían estáticas y extraviadas, llorando (nadie las escucha llorar, concluí, porque son muy pequeñas). Vi toda mi vida —te juro— pasar por las alas de aquel insecto imaginario: probé, de nuevo, el sabor de aquella entrepierna; sentí mi semen entre las manos de mi primera novia, lo sentí —viscoso, vivo— como electricidad entre nuestros dedos. Y la mano cortó el recuerdo. Me vi en la primera vez que me sentí tan ajeno que no quise llorar, ni reír, ni hablar, ni caminar, ni dormir; sólo quise inventar una nueva palabra y ponerle un nuevo nombre a esta pinche sensación. Y la mano cortó el recuerdo. Sentí la piel de mi abuelo, cada arruga en su frente, cada doblez en su cuello. Y la mano cortó el recuerdo. Ustedes ya no estaban, se habían esfumado, en aquel mar que ahora sólo era una mancha negra e interminable. Tan cercana que me dio miedo. Quise escapar pero no pude. El sol reventó en una ventana de algún edificio y me deslumbró por un segundo y con la ceguera sentí el escozor de lo perdido. Vi a mi padre junto a mí. Vi a mi familia junta y jodida y feliz. Vi todo lo que pudimos ser y no somos. Empecé a llorar, como niño chiquito, en un semáforo de Revolución. Desde los coches me observaban, intrigados. Me sentí, extrañamente, libre. Liberado. Sentí mi vida atada a mi muslo, como una enorme pulsera de recuerdos colgantes y raídos, pérdidas que penden en los labios del olvido. Las sentí quemarme como el frío quema: no te das cuenta de que duele hasta que lo tienes demasiado tiempo entre tus manos. El semáforo se puso en verde y salí expulsado del cañón de luz, del mar, del pavimento hundido, de los veinte suelos, de tu extravío y el mío, de mis recuerdos, de aquella mano gris: salí arrojado a mi realidad: donde todos los días son lo mismo aunque no lo sean. Donde hay millones de calles cerca y tanta gente tan lejana. Donde estoy mudo, sordo, ciego, manco y cojo y, sin embargo, veo, escucho, hablo, camino y siento. Donde beso a la muerte, como una perra en brama, que tirita

entre las vías, con el vientre al descubierto, lo más íntimo expuesto, y aun así la beso, la abrazo, la acaricio, la amo como amamos a lo inevitable: como la pérdida de la virginidad: con temor a eyacular muy pronto, con temor a quedarnos demasiado tiempo dentro de ese túnel inhóspito y ajeno, capullo constante, de donde nace todo y donde todo vuelve a crearse y vuelve a ser: se reconstruye, fluye y se inmola. Al final de mi fantasía, debo decirte, acabo haciéndole el amor a aquella mano que me quitó todos mis instantes pasados (como seguro me quitará éste). Tiene las piernas abiertas (su vagina derrama sal y ceniza) pero le pido que se pare y me vea a los ojos. Sus cejas se arquean, como dos montañas que levantan todo el suelo que las rodea. Le exijo que me roce y me bese: quiero sentir las nalgas, los senos, la cadera del infierno. Quiero ver cómo se mueve, cómo baila la distancia, conmigo dentro. Quiero verla verme: quiero escuchar cómo sudan sus poros, cómo exhala cada uno de mis recuerdos. Quiero ver flotar a mi padre en este encuentro, a mi madre, mi sala, todas las películas que he visto, la escuela a la que fui, mis sueños derramados, mi esperanza pisoteada, quiero ver a cada una de las mujeres a las que he desnudado y besado, quiero escuchar sus pensamientos, quiero oír que me odian y me detestan y me aman y me desean, quiero ver las puertas de mi cuarto cerradas, quiero verme en blanco, verme a colores, verme en negro, verme sentado, parado, volando, bañándome, bañándome las heridas, lamiéndolas como un perro lame su propio vómito: algo que es suyo, aunque lo quiera esquivar (hasta que se lo trague la tierra). Quiero ver a esa mano gris bañarse en mi semen, convertirse en un ser traslúcido, lleno de vida. ¡Qué me regrese el mar y el pavimento, la misa en domingo, la tierra y las calles con rumbo! ¡Que me traiga de vuelta sus rostros (el tuyo, el de todos)! ¡Qué diga mi nombre, para que no se le olvide y para que a mí tampoco se me olvide! ¡Qué me dé de nuevo el balón de futbol y me traiga una alfombra en la que estar descalzo! Sin embargo, siento que me deja con las ganas. Me veo en el espejo retrovisor. Me pinto ojeras y traigo cargando, creo, un gigantesco jarrón con mi estómago y mi corazón adentro. Me veo más viejo. Estoy seguro de que me estoy quedando calvo y de que algún día, en un futuro, no podré ir al baño sin ayuda de alguien. Me imagino a mi mujer (sea cual sea, allá afuera) limpiándome las nalgas. Me imagino temblando en mi propia cama, solo, desprotegido, inútil. Me imagino meando sangre con las manos llenas de crema, para que no se me sequen, para que no se me hagan polvo y algún día, cerca de mi urna, pueda acordarme de lo que se sentía tocarme, sentirme, ver mi cuello erguido frente al espejo, mi piel que se ajusta a los músculos; escuchar el teléfono sonar y oír tu voz del otro lado; oler comida en la casa y ver a mi madre cocinando. Todo eso se irá, me dice la mano, entre dientes que chocan entre sí, como una parvada de cuervos de cemento, que se deshacen,

desperdigando pequeñas migajas negras en el piso. Pero falta mucho para eso. Estoy seguro. Falta mucho para el humo y la pérdida, para el deceso y la vergüenza, para la anestesia y la calma perpetua, para la vida que se aferra a la coladera. ¿Tú crees que falta mucho? ¿Faltará mucho para que las páginas de mi libro se despeguen, se desgajen, se desparramen como líquido en la acera? No me hagas caso, ya. No me hagas caso. Entro a mi casa y el estupor del silencio me invade como una mortaja prematura a la que quiero desamarrar con los dientes. Le quiero gritar que estoy vivo y que por cada momento muerto hay muchos que me quedan por vivir estando parado aquí, con dos manos que se mueven, con dos pupilas que se dilatan, con dos pies que caminan. Pero me habla y no se calla. La ciudad se va apagando. Cada farol se desvanece y acabo estando solo, en un páramo que reconozco. ¡Debería estar habitado pero está repleto de abandono! Grito. Grito todos sus nombres. Lentamente salen del mar, sin pescuezo, ni manos, ni pies, ni ojos. Sus gargantas emiten sonidos rabiosos y enfermizos. Es el barullo de la costumbre, me dices. Pero no te creo. Es mi vida, te respondo, con la lengua atascada en el paladar, saboreando el aroma de lo incierto. No te queda tanto tiempo.

No te queda tanto tiempo.

Agradecimientos

A Daniel Sada, mi maestro y amigo, por aquellas pláticas en la calle de Tula y por abrirme las puertas de su taller de novela. A Álvaro Enrigue, por sus honestas (y a veces implacables) anotaciones sobre mi texto y por impulsarme a mandarlo a dictamen. A Ricardo Cayuela y Julio Patán por leer mi primer intento de novela y a Ana García Bergua por hacerme ver las fallas de dicho intento. A José Rubén Escalante, por empujarme a escribir el primer cuento de estos cuervos. A los habitantes de la calle Fuentes en Madrid que, sin saberlo, presenciaron el comienzo de este proyecto. Finalmente, a mis padres, por soportar la tortura de aquellos recitales nocturnos de mi poesía adolescente. Gracias por aplaudírmelos. Si no me hubieran mentido, jamás habría seguido escribiendo.

Acerca del autor

Daniel Krauze (México, D.F. 1982) estudió la carrera de Comunicación en la Universidad Iberoamericana y la maestría en Dramatic Writing en la Universidad de Nueva York (NYU). Es autor de Cuervos (Planeta, 2007) y Fiebre (Planeta, 2010).

Actualmente es coeditor del sitio de Internet de *Letras Libres.*

Diseño de portada: Everardo Monteagudo
Fotografía del autor: Nicolás Conti y Christian Norton

© 2007, Daniel Krauze

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial BOOKET M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: julio de 2007
Primera edición en esta presentación en booket: mayo de 2012
ISBN: 978-607-07-1159-6

Primera edición en formato epub: agosto de 2019
ISBN: 978-607-07-6138-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE